

CON EL ENEMIGO ADENTRO



SRA. SOTTO

CON
EL ENEMIGO
ADENTRO

Sra. Sotto

OceanofPDF.com

Índice

Síntesis

ALGUNOS MESES ANTES...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[ALGUNOS MESES DESPUÉS...](#)

[Otras novelas de Sra. Sotto](#)

OceanofPDF.com

Síntesis

Cuando la teniente Scott aceptó la misión, no tenía ni idea del giro que daría su vida. La orden inicial era infiltrarse en la organización más grande de los últimos tiempos dedicada a la trata de blancas y otros delitos, para desmantelarla desde adentro; pero no contaba con hallar el amor en el lugar más inesperado. Juliana Conde, quien fungía en su lista de objetivos y además era la hija de su peor enemigo, resultó ser más importante en su vida que su carrera y la lealtad que juró a su país el día que se hizo policía; así como ella resultó ser la persona por la cual la poderosa heredera decide cambiar su destino, aun sabiendo que no sería tan fácil. En medio de un marcado conflicto de intereses, de una cruda lucha entre la ley y el crimen, surge una intensa historia de amor que une sus caminos para siempre, volviéndolos uno.

OceanofPDF.com

ALGUNOS MESES ANTES...

—¿Segura que quiere hacer esto, teniente Scott?

—Sí, capitán... Estamos muy cerca de conseguirlo y el único modo es este; desde adentro.

—Su vida está en juego, teniente, una vez dentro, habrá situaciones en que correrá por su cuenta y riesgo; no siempre podremos protegerle.

—Está claro, mi capitán.

—Correcto, mañana es el día...

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Carolina despertó con la frente sudada y un brazo adormecido, dado que otra de las muchachas que viajaban con ella se había quedado rendida prácticamente sobre su hombro.

—Ey... ¡Ey!... Lorena, despierta, despierta.

—¿Qué sucede? —despertó sobresaltada la que casi estaba encima de ella.

—Está por amanecer, ese tipo dijo que al amanecer tocaríamos tierra, finalmente; no aguanto más este encierro y este vaivén me tiene el estómago revuelto.

Media docena de chicas en la oscura bodega de un barco pesquero llevaban más de cuarenta y ocho horas sin ver la luz del sol.

—Tengo miedo, Carol... me quiero regresar a casa, por Dios —se lamentó la de nombre Lorena mientras se abrazaba las rodillas y se mecía sobre sí misma—. Esto no es lo que quería, no es lo que me prometieron —dos lágrimas se desprendieron de sus ojos verdes.

—Por... confiadas, estamos aquí —Carolina se pasó una mano por el cabello castaño oscuro, tratando de peinarlo un poco con sus propios dedos.

—Yo solo quería un dinero extra para la universidad; por eso accedí a tomarme esas malditas fotos y entrar al supuesto *casting* —no dejaba de llorar—. Jamás pensé que terminaría así.

Una chica que recién despertaba clavó sus ojos marrones en los de Lorena. —Ah, ya basta de lágrimas, Lorena; tan inocente no eres... ¿Me dirás que nunca pensaste que esto podría suceder? ¿No lees diarios o qué? —preguntó, al parecer ya resignada a su suerte.

—Ya basta de discutir entre nosotras, no es el modo en que saldremos de esto —dijo Carolina y se alzó para asomarse por la escotilla.

La de ojos marrones siguió a Carolina con la mirada. —Mejor hacernos ya a la idea de lo que realmente sucederá y dejen de darle vueltas, que en el fondo todas sabemos que si estamos así, en este lugar de polizontes, es porque viajamos ilegal; y porque nos han vendido como *putas*, o en el peor

de los casos, nos llevarán a algún salón clandestino para sacarnos los órganos...

—¡Shshsh... viene alguien! —avisó Carolina y todas volvieron a hacerse las dormidas.

—¡Arriba, de pie! —gritó el hombre fornido mientras abría la puerta de par en par—. En una hora atracaremos en tierra firme, levántense y vayan por un baño, y se me ponen esto —espetó y tiró una bolsa de plástico que contenía algo de ropa—. ¡Pero es ya, holgazanas! ¡¿No querían trabajar?! Pues ya casi —soltó una estruendosa carcajada—. Andando, bajaré en media hora por ustedes.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Y mientras en alta mar sucedía una verdadera pesadilla para aquellas pobres desafortunadas, otros, muy privilegiados, se reunían en la mesa para tomar el desayuno caliente y bien servido en una residencia lujosa y rodeados de todas las comodidades del mundo.

—Buenos días, papá —saludó la chica que vestía muy elegante, cruzando detrás del puesto principal en la mesa y ocupando luego uno a la derecha.

—Buen día, cariño —el sujeto sonrió—. Muy arreglada, ¿vas a salir?

—¿Lo olvidaste? Hoy cierro el negocio de los *Spa*... Me reuniré temprano con el vendedor, la verdad no sé cómo cambió idea repentinamente; pero ayer te comenté que me llamó en la tarde, aceptando el precio.

—Oh, es que mi hija es muy buena en los negocios —afirmó Lucio Conde, desbordando orgullo por todos los poros—. Habrá comprendido que es una buena oportunidad.

—Mj... puede ser, igual para nosotros sí que es una estupenda oportunidad; podremos *blanquear* varios millones —dijo la chica de cabello muy largo y negro como azabache mientras se sirvió un café—. ¿Y tú qué harás hoy?

—Pasaré al casino y luego tengo que recibir... algunas entregas que me llegan hoy; nada importante, cariño.

—Te acompañaría; pero ya vez que hoy estaré liada. De hecho; me voy —se disculpó la chica y se puso de pie terminando el café ya fuera de la mesa, soltó la tasa y, de paso junto a su padre, le besó la mejilla—. Nos vemos más tarde, papá. Buen día.

—¡Juliana, hija! —la llamó él, haciéndola detener un instante—. Cuídate mucho, ¿vale?

—Siempre —respondió ella con una sonrisa en sus labios muy rojos, le lanzó un beso al aire y desapareció del comedor.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Carolina observaba atentamente las demás chicas, quienes al igual que ella, siguiendo las órdenes de sus secuestradores, se lavaban torpemente algunas partes del cuerpo usando una esponja, todas alrededor de algunos recipientes con agua limpia que había en el suelo de aquella asquerosa y maloliente embarcación. Todas tenían los ojos rojos y el rostro mojado por las lágrimas.

Respiró hondo y cerró fuerte los párpados, alejando de sus oídos los sollozos de aquellas pobres almas condenadas a vivir una de las peores pesadillas que una mujer pudiera tener. Deseaba tocar tierra firme de una bendita vez. Necesitaba respirar aire limpio y sentir la dulce y cálida caricia de los rayos del sol en su piel... Deseaba despertar ya de esa maldita pesadilla; pero desgraciadamente sabía muy bien que aquello era solo el inicio y que aún no había visto lo peor.

Abrió los ojos de golpe cuando escuchó la puerta abrirse de nuevo. Esta vez entraron dos tipos y las chicas se apresuraron en lo que estaban haciendo. Ella tomó una de las toallas limpias y secó sus partes mojadas. Caminó hasta el centro, donde estaba la bolsa de plástico que contenía ropas limpias y aferró lo primero que halló. Un vestidito negro de tirantes muy sutiles.

—Ya nuestros hombres nos esperan en el puerto. Está todo listo para cuando atraquemos —comentó en voz baja uno de los tipos que se habían quedado cerca de la puerta; pero que observaban con recelo la preciada *carga* que traían.

El otro encendió un cigarrillo. —Ya estoy loco por llegar, no aguanto más esta peste a marisco.

Carolina desvió su atención y la centró en una de las chicas que tenía un aire bastante sospechoso. La vio escurrirse sigilosamente hasta una esquina con los ojos apuntados en algo parecido a una lanza, era una especie de arpón no muy grande.

—Mierda —murmuró, presintiendo lo peor y visualizando en su mente un terrible escenario.

Miró hacia los tipos de mal aspecto que continuaban conversando distraídos, entonces deslizó de nuevo su mirada hacia la chica de pelo rojizo y muy corto y la vio aferrar con manos temblorosas el viejo arpón. Se precipitó hacia la pelirroja – que al parecer tenía instinto suicida – con la buena intención de persuadirla y evitar un irreparable daño; mas antes que pudiera siquiera rozarla con un dedo, la chica asustada y poseída por una buena dosis de adrenalina, arremetió contra los hombres mientras profería lo que pareció un rugido de batalla...

El estruendo de un disparo logró arrancarle un grito aterrador a cada una de las presentes, y la pelirroja cayó al suelo con un hoyo entre ceja y ceja. El arpón oxidado rodó de su mano hasta los pies del tipo que sujetaba el arma humeante y el ambiente de la pequeña habitación fue contaminado por el olor a pólvora y sangre.

—¡Ya dejen de gritar, carajo! —ordenó el sujeto armado, apuntado ahora la pistola contra las demás—. Creo que tendrán que lavarse de nuevo...

Algunas gotas de sangre habían ido a parar encima de algunas chicas, sobre todo encima de Carolina, quien se hallaba a pocos pasos del cadáver...

—Maldita sea —musitó el que fumaba, quien también había ya extraído su arma—. Esa puta casi me mata —tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con el pie.

—Ey tú...

Carolina desvió la mirada del cadáver que yacía casi a sus pies y la deslizó hacia los secuestradores.

—Ayúdalo a mover el cuerpo —ordenó.

Los ojos de la chica centraron el arma que tenía apuntándole.

—¿Eres sorda o qué? —el tipo movió la pistola, llamando su atención—. Ayúdalo a llevar el cuerpo al exterior, lo tiraremos al mar y los tiburones se encargarán de desaparecerlo. ¡Andando! —le gritó autoritario.

Ella no contestó, miró hacia las demás que lloriqueaban abrazadas las unas a las otras y se dispuso a acatar la orden; no tenía otra alternativa. Con mucho trabajo subieron el cadáver por la estrecha escalerilla y se dirigieron hasta la proa del barco.

«*Perdón, Dios mío*», pidió en silencio la chica mientras ayudaba a lanzar al agua el cuerpo de aquella pobre desdichada como si fuera un fardo. Era demasiado, aun siendo una mujer fuerte que había vivido tanto; no pudo contener la inesperada náusea y terminó apoyada a la barandilla, vomitando el asco que sintió.

—¡Ah, ya! ¡Ya que no es para tanto! —exclamó el sujeto al que había ayudado mientras la jaló de un brazo—. Mejor métete con las demás y aséate nuevamente, ponte otra cosa, no puedes llegar así toda sucia a tierra.

Carolina lo miró sin alzar la cabeza, conteniendo las ganas de escupir en su cara. Se volteó para regresar y fue justo en ese momento que recibió una fuerte nalgada.

—Y qué lástima... esa ropa se te ve... *mmmm* muy bien —rezongó el tipejo y soltó una carcajada.

Capítulo 2

Lucio Conde era uno de los hombres más adinerados de la región. Se comentaba que sus cuentas crecían a diario y se sospechaba de la ilegalidad de su fortuna; aunque nunca se le había podido comprobar nada chueco. Era un tipo bastante aislado socialmente, incluso para muchos negocios; era su hija Juliana quien se ocupaba de concertar y cerrar tratos... Confiaba en ella como en sí mismo.

Lo apodaban “el Conde”. Viudo desde el nacimiento de su única hija, jamás hubo de volver a casarse. Se encargó siempre de darle lo mejor, era su única familia, la mandó a estudiar administración de empresas y economía en las mejores universidades, donde la joven resaltó por su talento innato para estos menesteres y debutó una vez graduada frente a una de las mayores empresas de su padre; ganándose aun más su confianza y admiración. Él se jactaba y enorgullecía frente a sus socios de cada trato que ella cerraba... siempre sacando ventaja.

Esa mañana, la heredera del imperio Conde se reunió con una compañía extranjera que manejaba una línea de spas en el territorio, a punto de quiebra.

—Me alegró mucho que me llamaran en la tarde de ayer y, para ser sincera; no me sorprendió, pese a la negativa a vender del día anterior —espetó la chica con cierta petulancia mientras bebió un sorbo de su cóctel.

—Muy segura de sí misma por lo que veo —contestó uno de los sujetos reunidos a la mesa con una mirada incómoda.

Ella sonrió, hizo un gesto majestuoso con una mano y con la otra tomó y usó en sus labios rojos la servilleta. —No lo puedo negar... así soy.

La autosuficiencia y altanería de aquella mujer incomodaba; sin embargo, la frialdad de sus ojos y su manera de hablar, eran determinantes para los negocios.

—Solo... conteste algo...

—Usted dirá —ella le prestó toda su atención.

—¿Por qué les interesa comprar una línea de spas que prácticamente ya no resultan rentables y generan más gastos que dividendos?

Juliana lo miró muy seria, luego sonrió y frunció el ceño. —Porque tenemos el dinero, los contactos y el prestigio en el mercado para convertirla nuevamente en rentable... la capacidad y sagacidad para sacar el negocio del lodo en que lo dejaron caer por ineptitud; perdonen mi franqueza... Y en tercer lugar; porque Lucio Conde, mi padre, así lo decidió.

—Demasiado insolente para ser una mujer tan joven —se quejó uno de ellos, soltando con brusquedad su servilleta sobre la mesa.

—Oh, disculpe, señor Whuan, no es mi intención ofenderle —ella ofreció unas disculpas llenas de falsedad y luego tomó unos documentos del portafolios que traía. Se puso de pie y los colocó sobre la mesa—. Es mi nueva oferta, teniendo en cuenta la negativa inicial de parte de ustedes y que el valor de esos inmuebles decae por día... me temo que deben aceptar o terminarán perdiendo todo. Ahora con permiso. ¡Ah! Y, por favor —se colocó las gafas oscuras—, a pesar de ser una mujer... joven e insolente; tengo muchos asuntos que atender; así que les ruego: llámenme solo si es para proceder a la firma del contrato de venta, sino... no me hagan perder más tiempo. Con permiso —dijo tajantemente y abandonó la mesa. «¡Ridículos viejos! Firmarán... los tengo. Terminarán rogando por esa firma del trato pronto».

Juliana Conde abandonó el lugar sin mirar atrás y con una seriedad que producía bastante sugestión. Salió del edificio, divisando su auto al otro lado de calle, y el chofer al verla aparecer junto a uno de sus guardaespaldas se precipitó de inmediato a abrirle la puerta trasera del vehículo. Antes de abordarlo su teléfono celular vibró en su mano y sonrió al leer el mensaje que le entró: «*Han firmado*».

—¿Hacia dónde, señorita Conde? —preguntó el chofer luego de cerrarle la puerta y ocupar su puesto en el volante.

Ella miró su reloj por unos instantes. —A casa, debo ir por unos documentos que olvidé.



Ya Carolina se había limpiado la sangre que salpicó en su cara cuando aquel animal le disparó a aquella chica inocente que lo único que deseaba era salvarse. Aún sentía náuseas y unos terribles impulsos de hacer justicia.

Pensaba en todas aquellas mujeres que como la pelirroja habían terminado como alimento para peces; pero la verdad era que eso – *la muerte* – no era lo peor. Lo peor era lo que les aguardaba en la tierra firme.

—¡Ya es hora, muchachas! —gritó uno de los tipos, abriendo la puerta y haciéndolas sobresaltar—. Pónganse esto —les lanzó unas pequeñas bolsas de tela oscura, que usarían en sus cabezas para cubrir sus ojos.

Las chicas, paradas en fila una al lado de la otra, obedecieron la orden sin chistar, quedando completamente a oscuras. Sintieron la nave detenerse, lo que les causó un ligero mareo.

Carolina sintió una mano callosa y sudada aferrar su brazo de manera muy brusca.

—¡Andando! —ordenó el tipo, halándola—. Atenta a las escaleras, *belleza*.

La condujeron escaleras arriba hasta el exterior y la hicieron avanzar un poco más hasta hacerla descender de la nave. Alguien más la sujetó al mismo tiempo que el otro la soltaba. La guiaron hasta el interior de lo que ella imaginó fuese un almacén, tenía solo la certeza que se trataba un lugar amplio y con techo. Veía solo sombras, por lo cual podía solamente imaginar lo que sucedía a su alrededor. Poco a poco escuchó llegar a las demás muchachas y fueron colocadas en fila una al lado de la otra. Estaba atenta a las voces que sentía y a las sombras que veía moverse en torno a ella. Contó unos cinco o seis tipos en aquel lugar, sin contar los que venían en el barco que eran cuatro, y un vehículo de dimensiones medianas, seguramente era un furgón que usarían para transportarlas a la desconocida destinación...

—¡¿Qué rayos significa esto?! —un hombre con voz muy ronca y autoritaria se quejó acercándose—. Eran seis, yo cuento solamente cinco. ¡¿Qué coño sucedió?!

—Tuvimos un pequeño... problema con una de ellas —inició a explicar uno de los tipos que venían en el barco—. Se rebeló y tuve que...

No terminó de hablar, pues un disparo se escapó de la pistola del que al parecer estaba al frente de aquel grupo de criminales y fue a parar directamente en el lado izquierdo de su pecho, apagándole de inmediato la vida.

—Espero que sirva de escarmiento; el patrón no perdona los errores. Invirtió una fortuna en esta *carga* y ustedes debían solo cuidarla y traerla segura. Dañarla o perderla... se paga con la vida.

Los demás tipos guardaban silencio. Lógicamente estaban en presencia de alguien poderoso; pero no era la cabeza.

—¿Entendido, maldita sea?! —gritó el de la voz ronca.

—¡Sí, señor! —afirmaron casi al unísono los secuaces.

—Ahora lleven la mercancía al miniván y encárguense de limpiar este desastre —ordenó, obviamente refiriéndose al cadáver aún caliente del tipo que asesinó a sangre fría pocos segundos antes.

Carolina estuvo atenta a cada sonido, a cada pequeño detalle; pero no tenía idea de a qué lugar exacto habían llegado. Les mantuvieron la cabeza cubierta y las subieron a un vehículo amplio donde anduvieron en marcha por más de una hora, hasta adentrarse en lo que parecía zona urbana por la cantidad de tráfico que se escuchaba, las paradas seguramente en los semáforos y el bullicio característico de las urbes.

Finalmente, el vehículo se detuvo luego de hacer unos cuantos giros en varias entrecalles. Se escuchó una puerta de hierro chirrear al abrirse y la marcha se reanudó lentamente hacia el interior de algún sitio. Las chicas estaban tan asustadas con todo lo que recientemente habían visto, que prácticamente no habían pronunciado palabra durante todo el camino.

—Pueden descubrirse el rostro, *ladies*. ¡Y vamos, al suelo que no tengo todo el día!

Obedecieron sin replicar y descendieron del miniván parpadeando mientras sus ojos se acostumbraban a la luz del sol.

Carolina recorrió el lugar de inmediato con la vista... Estaban en el patio trasero de lo que parecía una residencia enorme, y vieron acercarse una mujer de unos cincuenta años vestida elegante; aunque una vez cerca el olor repugnante de su perfume delataba que no era más que un disfraz de buena clase.

—¿Cinco? —preguntó la mujer, paseándose frente a ellas mientras uno de los tipos armados las hacía colocar en fila.

—Uno de los idiotas del barco perdió una —respondió el de la voz ronca que todas recordaban bien.

—¡Espero hayas actuado conforme a las reglas, Ricardo! Al patrón no le gustan estos problemas en las entregas, sabes que no perdona la ineptitud.

—No tienes que enseñarme a hacer mi trabajo, Felina... conozco las reglas, ya el culpable está muerto.

—Muy bien... el patrón debe venir hoy y no quiero problemas.

Luego esa mujer a la que llamaban Felina y que destilaba autoridad por doquier, se acercó a una de las muchachas y la observó con detenimiento, la tomó de las caderas y la volteó; así con todas, incluida Carolina.

—Ahora me marchó, tengo que pasar por otros negocios aún —dijo el tal Ricardo.

—Ok, ok, yo aquí me encargo de... instalar a las niñas —dijo Felina y sonrió—. Deben estar agotadas del largo viaje, les vendrá bien una ducha y un par de horas de sueño. Esta noche las quiero impecables.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

El auto de Juliana Conde se adentró en un aparcamiento subterráneo casi a la puesta del sol. El sitio, escrupulosamente elegido para lo que parecía ser un encuentro de negocios, estaba desolado, solamente algunos autos vacíos aparcados. El vehículo se detuvo en el centro, justo frente a otro auto de cristales oscuros de donde descendieron cuatro rubios corpulentos y de admirable estatura.

Juliana descendió acompañada por sus dos “sombras”, eran dos tipos de talla enorme que no la perdían nunca de vista. La mirada de ella cayó en la valija plateada que sujetaba fuerte uno de los cuatro sujetos.

—Una... *chica* —el rubio que sujetaba la maleta pareció muy sorprendido de hallarse enfrente a una mujer y tal vez hasta un poco ofendido.

Los otros tres se rieron cómplices del comentario, mientras Juliana, muy seria, se acercaba a ellos junto a sus hombres armados y prontos a defender a la patrona con sus propias vidas; para eso les pagaba una buena y envidiable suma de dinero.

—La valija, por favor —ella esbozó una sonrisa, deteniéndose a dos metros de ellos y mirando el tipo a su derecha, quien fue de inmediato por la valija plateada para entregarla a su patrona—. Ábrela —ordenó sin dejar de ver a los cuatro rubios que parecían devorarla con la vista.

—¿Eres la *puta* del Conde? —la pregunta que hizo el rubio que antes sujetaba la valija fue bastante ofensiva. Y lo fue más el comentario fuera de lugar que dijo en ruso y que hizo reír solamente a sus secuaces.

Al parecer era la primera vez que aquellos sujetos hacían negocios con el Conde ya que no conocían a su heredera y mano derecha.

Ella sonrió en silencio y miró de reojo el tipo a su izquierda, negándole levemente con la cabeza al verlo posicionar el dedo en el gatillo de su pistola.

—Entonces, ¿todo bien? —preguntó el rubio al frente de aquel grupillo, impaciente.

Juliana miró al tipo que controlaba el contenido de la famosa valija y este sacudió negativamente la cabeza. Deslizó de nuevo la mirada hacia el

ruso. —No es lo que habíamos acordado.

El tipejo se puso muy serio. —Lo que falta lo tendrán en un par de días... no tuvimos tiempo...

Unos disparos de los cuales no se supo la proveniencia interrumpieron al rubio ruso a la vez que sus tres hombres cayeron al suelo sin vida, con una bala que les había atravesado el cráneo de lado a lado.

—¿Qué cojones...? —el rubio aferró su pistola y los guardaespaldas de la chica lo siguieron en la acción.

—No creo que te convenga —dijo Juliana muy tranquila e indiferente ante el que tenía apuntándole—. Morirías antes de apretar el gatillo.

El ruso vio las lucecitas rojas provenientes de todas direcciones que danzaban en su pecho y no tuvo más remedio – y la verdad era la cosa más inteligente que podía hacer – que bajar el arma.

La heredera Conde sonrió bastante complacida mientras se le acercó con pasos lentos; pero firmes. —Te doy veinticuatro horas para darme lo que me debes, ¿entendido?

El tipo asintió, sintiendo escalofríos ante la mirada helada de aquella mujer. —Sí... tendrás el dinero que falta...

—Y el diez por ciento de intereses —terminó de decir ella y se dispuso a marcharse; pero se detuvo porque en su cabeza aún estaba rondando el comentario en ruso que hizo el sujeto poco antes, haciendo reír a sus secuaces que ahora estaban muertos—. Ah... —sonrió mientras lo agarró fuerte de los testículos, sorprendiéndolo y causándole un dolor inigualable. Lo miró a los ojos y le dijo algo en ruso a lo cual él asintió repetidamente.



Carolina abrió los ojos de golpe al escuchar fuertes toques en la puerta del cuarto en donde la llevaron al llegar a ese horrible lugar. Luego de tomar una ducha caliente se había quedado rendida. Se frotó los ojos y tomó un profundo respiro, dándose coraje para enfrentar lo que fuera que tuviera que enfrentar en ese lugar. Sabía perfectamente que sería una experiencia bastante desagradable, por decir lo menos.

Saltó de la cama cuando la puerta se abrió de par en par y entró la misma mujer que le había indicado el que sería su cuarto de ahora en

adelante.

—¡Arriba, es hora de la cena y luego tienen que arreglarse para trabajar!

Siguió a la de nombre Felina fuera de la habitación hasta el pasillo donde ya estaban las demás chicas que viajaban con ella en aquel barco pesquero. Divisó al otro extremo del pasillo dos tipos armados hasta los dientes. Aquello parecía una prisión, estaban constantemente vigiladas por enormes sujetos armados.

Las condujeron escaleras abajo hasta una habitación que usaban como comedor. Durante el trayecto desde los dormitorios hasta ahí, Carolina había contado más de diez hombres, por lo cual dedujo que escapar de aquel lugar era, sin duda alguna, una misión suicida.

—¿Carol? —la de nombre Lorena se colocó detrás de ella en la fila para tomar la bandeja donde ya estaba servida la cena—. ¿Tienes idea de lo que hacen en este lugar?

Carolina tomó su bandeja y caminó hasta la única enorme mesa que había en el centro. —Creo que lo descubriremos pronto —dijo, sentándose y mirando con el rabillo del ojo a la tal Felina que hablaba en voz baja con uno de los tipos armados.

—Tengo miedo, Carol —comentó Lorena, bajando la cabeza y dejando escapar algunas lágrimas.

—Has lo que te digan sin objetar y no te harán daño —le aconsejó Carolina mientras deslizaba disimuladamente la vista por el lugar, contando las puertas y escuchando las risillas de unas chicas en uno de los corredores.

—Es un buen consejo —afirmó la chica de cabello corto que recién llegaba y se sentó al lado de Carolina; pero su mirada centró a Lorena que estaba enfrente—. Si te comportas de manera “agradable” y obedeces las órdenes no tendrás ningún problema y hasta puede que te ganes un tratamiento “especial”.

Aquello seguía pareciéndole una prisión a Carolina, quien llevó la mirada hacia la desconocida. —¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Lo suficiente como para darme cuenta que no eres como las demás —le susurró muy bajito—. No veo miedo en tus ojos.

Carolina quedó en silencio, sosteniéndole la mirada.

La de cabello corto sonrió. —¡Felina! —se puso de pie, llamando la atención de la que parecía ser la jefa en aquel lugar—. La quiero a ella —dijo, señalando a Carolina.

Felina asintió. —Bien, cuando termine la cena explícale todo —luego desvió rápido su atención para volver a la plática con el tipo.

La de pelo corto se inclinó un poco hacia Carolina y le sonrió. —Me darás las gracias después. Termina de cenar y luego, cuando vomites la bebida que te estás tomando —le dijo, señalando con la vista el vaso que Carolina sujetaba—, di a uno de los guardias que te lleve adonde Lucy; esa soy yo —y tras estas palabras se marchó.

Carolina la siguió con la vista hasta verla desaparecer por una de las puertas y luego soltó rápido el vaso de jugo que había casi terminado. —Mierda —musitó, dándose cuenta, gracias al consejo que le había dado la tal Lucy, que aquella bebida contenía una dosis de alguna droga.

Después de la cena fueron nuevamente conducidas a sus respectivas alcobas. En cuanto Carolina atravesó el umbral de su cuarto corrió al pequeño baño y se dejó caer de rodillas al suelo frente al sanitario. Sin pensarlo dos veces, introdujo su dedo medio hasta su garganta, induciéndose el vómito.

Se levantó aún con la náusea y el sabor ácido en su boca. Se enjuagó un par de veces la boca y luego el rostro, y por unos instantes sus ojos permanecieron fijos en el espejo, observando atentamente su propio reflejo. Estaba pálida y sus ojos habían perdido un poco de brillo. Respiró profundo, enderezando la espalda...

Capítulo 4

Lucy abrió inmediatamente su puerta al escuchar un par de toques no muy insistentes. —Adelante —sonrió, haciéndose a un lado para dejar entrar a la chica nueva—. ¿Cómo te puedo llamar?

—Carolina —respondió a secas, escrutando cada rincón de aquella habitación muy pintoresca para su gusto y más amplia que la que le habían asignado a ella.

—Ponte cómoda, Carolina —tomó una cajetilla de cigarros y le ofreció uno a su invitada.

Carolina aceptó. Tomó una bocanada de humo, viendo como la otra abría la única ventana del cuarto y encendía también un cigarrillo. —¿Cuál será mi función aquí? —preguntó, quedándose de pie.

—¿Cuál crees que será? —Lucy no la miró, su vista estaba perdida en algún lugar del entorno exterior.

Un hermoso y bien cuidado jardín, con enormes árboles de diferentes especies, bordeaba casi todo el perímetro de la enorme residencia en la que se hallaban. Era un lugar hermoso e inquietante a la vez.

—¿Estás aquí por... *voluntad*? —Carolina exhaló una nube de humo mientras examinaba con atención aquella mujer que tendría unos treintaicinco años, o tal vez menos.

Lucy se rio y esta vez sí la dignó de una mirada. —Ninguna ha llegado en este infausto lugar por voluntad propia. Al igual que tú, de una manera u otra, todas hemos sido engañadas... pero te aseguro que con el tiempo una se acostumbra, no existe más remedio que acostumbrarse, resignarse... Algunas, como yo; apelamos a nuestro instinto de *conservación*.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —continuó con aquel interrogatorio sin poder controlar su sagaz espíritu *policial*.

—Cinco años... casi seis —Lucy suspiró.

—¡¿Seis años?! —Carolina bajó la mirada y algunas lágrimas se asomaron en sus ojos; pero las controló mandándolas al lugar de donde habían venido—. No logro siquiera imaginar cómo...

—He conocido muchas chicas como tú, Carolina —la interrumpió—, con un espíritu rebelde, indomable... fuerte... también llamado estupidez, y la estupidez conduce a la muerte. A una muerte segura. Si quieres sobrevivir en este sitio, Carolina, lo único que te puede salvar es la *sumisión* —caminó hasta el ropero y tomó un minúsculo vestido de falsa piel negra y se lo lanzó—. Ponte esto... y esto, creo que son de tu número —le lanzó también ropa interior de encaje y un par de tacones muy altos y brillantes—. ¿Sabes... bailar?

—Yo... —Carolina observaba aquella prenda de falsa piel, cuestionándose cuál era la parte delantera y cuál la trasera, y por qué demonios tenía tantos huecos.

—Iniciarás a atender las mesas, luego ya veremos —Lucy también escogió sus vestimentas para esa noche y una peluca rubia—. Mantén un perfil bajo por el momento, no hables con nadie, si te dicen algo no contestes y —se volvió a mirarla—, suceda lo que suceda; soporta y sonríe.

«*Suceda lo que suceda; soporta y sonríe*». Aquellas duras palabras se habían quedado haciendo eco en su cabeza mientras continuaba estudiando la prenda de ropa; si es que podía llamársele así.

—Oh, yo no sé si pued...

—Ya puedes ir a tu habitación a arreglarte. Te estaré esperando en el bar dentro de media hora. Ya es casi el momento de abrir —respondió Lucy, conduciéndola hasta la puerta—. Ese traje se te verá estupendo —le guiñó un ojo y luego que la dejó fuera cerró la puerta en su cara.



Cuando Juliana Conde llegó a su casa, después de un agotador día de negocios y transacciones, soltó su bolsa en el acogedor diván y se quitó los zapatos. Recogió su cabello muy en alto y caminó hasta el mueble en la esquina de la sala en donde había buena variedad de licores.

—¿Cómo ha ido tu día, cielo? —preguntó Lucio mientras aparecía acomodándose los botones de su elegante saco.

—Bien... agotador; pero bien —respondió la chica mientras se servía un trago—. ¿Gustas acompañarme un trago?

—No, cariño, esta noche no cenaré en casa; voy a la Villa de Felina.

—Jm... —rezongó Juliana con cierto recelo—. No sé por qué, hoy no es el día de recoger las comisiones, además, de eso me encargo yo.

—Quiero checar de cerca que todo marche bien —él le dedicó una sonrisa—. Y la verdad... necesito distraerme.

—Ya, no quiero saber más —ella alzó su trago y lo bebió de un sorbo—. Cuídate mucho y me llamas si es necesario; no podemos fiarnos de los rusos... nos deben.

—No se atreverían a meterse conmigo, descansa tranquila —respondió él antes de salir, dejándola sola.

Cuando bebió su trago, la chica fue hasta un equipo de música y presionó el *play*. Sonrió mientras bajaba el volumen a un tono agradablemente personal y movió con gracia la cabeza a la vez que fue por otro trago que no bebió; lo colocó en la mesita junto al diván y se recostó, cerrando los ojos.

Cualquiera que la viera, pensaría que era una mujer normal; pero hasta fuera de su vocabulario estaba la palabra “normal”. Juliana Conde era una chica joven que desde muy temprano vivió la vida como una mujer adulta; siempre tutelada por su padre y preparándose en los mejores colegios con el único fin de ser una auténtica heredera, merecedora del respeto que imponía su apellido y con las agallas para, aun siendo mujer, convertirse en la cabeza del imperio cuando inevitablemente faltara Lucio. Creció sin conocer a su madre, esta falleció al darle la vida, y no tenía más familia que su padre y una tía en otro país. Nunca tuvo relaciones serias; aunque no era secreto para ella la pretensión de varios hombres de convertirla en su esposa, sin embargo, jamás le había interesado el asunto y consideraba a cada uno de ellos un tórpido fracaso.

Pensando en los negocios y planeando el siguiente día, sin darse cuenta se quedó dormida, ya en paz; ya a salvo de esa personalidad fuerte que había creado para mostrarle a todos y defenderse en un mundo donde una mujer debía trabajar duro para ganarse un lugar... ya tranquila sin temor en una casa que era una fortaleza rodeada de guardias... ya satisfecha de sus inversiones... pero tan vacía.

 **CON EL ENEMIGO**
ADENTRO 

El tono alto de la música y la media luz era algo a lo que debían acostumbrarse Carolina y las chicas que llegaron con ella en la mañana a aquel lugar de diversión nocturna. Carol y otras dos chicas, hacían de meseras esa noche, moviéndose entre tanto público masculino y con aquella poca ropa se sentían desnudas, vulnerables. Desde una esquina, Lucy observaba el movimiento de clientes en ausencia de Felina; algo importante al parecer la había alejado del salón esa noche.

«*Tengo que hallar el modo de comunicarme con el capitán... necesito dar mi ubicación y recibir instrucciones...*» Carolina iba tan entretenida en sus pensamientos que tropezó y la charola que llevaba cayó al suelo, causando un ruido estridente. Por suerte no cayó encima de ningún cliente en alguna mesa, y ella se agachó de inmediato a limpiar el desorden.

—Perdón... perdón... qué torpeza —se disculpó y comenzó a recoger su desastre, justo cuando sintió una mano torpe manosearle el trasero.

—Estoy seguro que si te sentaras encima de mí te iría mejor que sirviendo mesas, muñeca —dijo el atrevido que la tocaba sin ningún reparo, haciéndola ponerse de pie de inmediato y quitándole con brusquedad su mano.

—Lo siento por importunarles en su mesa, no sucederá más —se excusó ella, llenándose de control para no romperle los dedos en ese preciso instante.

Creyó que se libraría alejándose; pero un fuerte agarre en su muñeca la hizo detenerse.

—Creo que no me entendiste, o fui yo quien no me expresé bien: Quiero que me acompañes a la mesa; *sentada en mis piernas* —dijo el sujeto y la haló con fuerza mientras se ponía de pie para recibirla en sus brazos.

Todo pasó de repente. Como una descarga su sentido de autodefensa reaccionó y en segundos tenía al tipo doblado sobre la mesa mientras le torcía un brazo y le estrujaba la cara contra la superficie.

—No debiste hacer eso, linda —lo escuchó amenazante y sintió el “click” del seguro de un arma a sus espaldas, evidentemente era la seguridad del sujeto o algún guardia de la casa.

—¿Qué sucede aquí? —reconoció la voz de Lucy que acudió de inmediato y soltó al sujeto—. Calmémonos, señores... es un malentendido.

Perdone, míster Walker; la chica es nueva, no termina de comprender exactamente en qué consiste su trabajo.

—¡Un par de horas con esta zorra y la enseño a respetar! —rugió el tipo enfurecido, alisándose el cabello.

—¿Qué pasa míster? Es usted un caballero, además; conoce las reglas... no se maltratan las chicas. Lo ocurrido fue... un malentendido, como le dije —Lucy le sonrió al tipo, frotándole un brazo y luego lo fulminó con la mirada—. Le enviaré la mejor de nuestras chicas, con un pase gratis a la habitación por dos horas... correrá por cuenta de la casa, todo para que perdone este incidente. Yo me encargaré que sea bien atendido. ¿Qué me dice?

El sujeto de pelo entrecano resopló y le lanzó una mirada de rencor a Carolina, luego asintió con la cabeza y regresó a su puesto, mientras Lucy casi la arrastró hasta los corredores.

—¿Estás loca o quieres morirte esta noche?!

—Lo siento, no sé qué me pasó... yo... sentí que estaba en peligro con esas manos sujetándome en mi contra y perdí la cabeza. No sucederá más. Lo siento.

—Desde que te vi tuve mis sospechas —Lucy le habló, acercándose más a ella y cerciorándose que nadie podría escuchar—. Ahora estoy segura... no eres una chica común; no estás aquí como nosotras.

Carolina controló su expresión, quedando calma. —¿A qué te refieres?

—Lo sabes a qué. Solo te diré algo; no eres la primera que llega con el mismo objetivo. Quien te envió te lo debió decir, que jamás ninguna antes que tú regresó... he visto antes con otras lo que podría sucederte si te descubren; así que, si quieres hacer la diferencia, aprende a “soportar”.

Carolina sacudió la cabeza, negando. —No sé de qué me hablas.

—Solo te diré algo más; agradece que Felina está ocupada esta noche en algo muy importante, porque si hubiera sido ella y no yo quien está en el salón esta noche... te mueres, niña.

Luego le dio la espalda y se alejó.

—Mierda —murmuró Carolina, apretando la mandíbula, comprendiendo que había cometido un error y no se lo podía permitir.

Capítulo 5

Para Carolina los días pasaban lentos y en las madrugadas, cuando finalmente “el trabajo” terminaba y se encerraba en su alcoba, se le hacía imposible contener algunas lágrimas. En poco más de una semana había visto demasiadas escenas traumatizantes y ella era de carne y hueso, por lo cual terminaba acurrucada en aquel lecho entre sollozos, como la mayoría de las chicas que se hallaban en aquella situación contra su voluntad.

En esos días no había tenido problemas y mantenía un perfil bastante bajo y, no obstante su nivel de tolerancia fuera par a cero, iniciaba a controlar su instinto comportándose como una chica “sumisa” y servicial; pero era una tarea terriblemente difícil dado su carácter rebelde. Aún no hallaba un modo de comunicación y eso la desesperaba, y en algunas ocasiones, mientras sollozaba junto a su almohada, se cuestionaba seriamente si era fuerte lo suficiente como para resistir *meses* en aquel sitio de malvivientes...

Frente al espejo, se terminaba de maquillar para iniciar un nuevo día – noche – de “trabajo”. Ya era el décimo día en aquel asqueroso sitio. Llevaba más de una semana como esclava e iniciaba a sentir el cansancio y la depresión. Respiró profundo y terminó de pintarse los labios de rojo fuego. No le quedaba bien ese color; pero hacía juego con el traje de encaje que llevaba puesto esa noche.

Un guardia la acompañó hasta el local a media luz donde la música era estridente y el olor repugnante a perfume y tabaco contaminaba todo el ambiente. Su mirada se deslizó hasta la cima de unas escaleras donde había una puerta que se mantenía siempre cerrada. Había escuchado a algunas chicas decir que aquella puerta conducía al ala donde se hallaba el despacho de Felina, quien controlaba todo en aquella *Villa* y quien de seguro tenía una computadora o un teléfono que ella podría usar para comunicarse con su capitán. Necesitaba encontrar un modo para entrar en aquel despacho; pero había guardias en todas partes...

—Ey, nena, ¿nos traes tres whiskies? —un sujeto sentado con otros dos, alrededor de una mesa redonda donde una chica bailaba semidesnuda en el centro de esta, llamó su atención.

Ella forzó una sonrisa y asintió, trayéndoles el pedido de inmediato y obteniendo como recompensa por su buena labor un apretón en el trasero. —¡Ey...! —se enmudeció de inmediato, mordiéndose la lengua y tomando un profundo respiro, recordando siempre las famosas palabras de Lucy: «*suceda lo que suceda, soporta y sonríe*».

—¿Qué? —uno de los sujetos se levantó de su silla.

—Nada —ella sonrió, mordiéndose el labio inferior con aire inocente—. Le deseo una estupenda noche.

El tipo miró a sus amigos y luego de nuevo a ella. —Ven aquí.

Ella miró a todas partes y se aclaró la voz. —Hum... no quiero proble...

—¡Que vengas aquí he dicho! —el tipo bebió de un sorbo su trago. Ya estaba ebrio y se notaba—. ¿Sabes quién soy yo?

—N-no —ella mintió, sabía perfectamente quien era él.

Javier Oteros, acusado en el 2010 por tráfico de estupefacientes y homicidio culposo, desgraciadamente las acusas cayeron antes del juicio, seguramente porque pagó unos cuantos millones para que cancelaran las pruebas que lo incriminaban... Era un maldito traficante de drogas.

—Soy Javier Oteros y esta noche se me apetece que bailes para mí y mis amigos —miró a la chica encima de la mesa que continuaba a bailar como si nada—. ¡Bájate! —le ordenó en voz alta, llamando la atención de Lucy que se acercó de inmediato.

—¿Qué sucede? —preguntó sonriendo como siempre la de cabello corto; pero esa noche llevaba una peluca dorada que hacía juego con su mini vestido de lentejuelas.

—Quiero verla bailar para mí —él también sonrió.

La mirada de Carolina se deslizó hacia las escaleras donde la puerta estaba abierta y los ojos de Felina la observaban atentamente desde la cima, luego volvió a mirar a Lucy, sacudiendo la cabeza casi imperceptiblemente.

—Perdone usted; pero yo no...

—Carol —espetó Lucy, hablándole en un tono de voz fuerte—, sube a la mesa, cariño —le sonrió, enmascarando su petición que era casi una súplica.

La atención de los tipos de la mesa estaba toda en ella, y de pronto halló frente a sí un par de ojos que destilaban fuego, clavados en ella como si quisieran calcinarla por completo; Felina.

—¿Qué demonios está sucediendo aquí? —preguntó la patrona, poniendo con fuerza la copa que traía sobre la mesa.

—Es solo un pequeño mal... —intentó suavizar la situación Lucy; mas era tarde ya, la mecha para Carolina estaba ardiendo y la pólvora a punto de estallar.

—¡Sucedee que esta *gata* se niega a bailar en mi mesa! —exclamó el tipo, muy borracho y tal vez hasta drogado—. Y ya me conoces, Felina... no soy hombre que acepte un no por respuesta, además de ser uno de tus mejores clientes.

—Mj... tienes razón, Oteros, te ofrezco una disculpa por parte de la casa y... te ofrezco un “*aderezo*”, para que olvides este feo incidente; un “*trouble-dance*” —dijo Felina y sonrió retorcida, a la vez que tomaba la punta de lo que parecía un cinturón y desenrolló un látigo de alrededor de su cintura, entregándoselo al tipo—. ¡Muchachos! —gritó y de inmediato tres de sus hombres empuñaron sus armas en contra de Carolina.

—Felina, no hagas esto —dijo Lucy; pero fue en vano.

—Sube a la dichosa mesa, niña. ¡Ahora! —le ordenó la jefa a Carolina mientras el tal Javier siseó en el aire el látigo y golpeó sagazmente la mesa, con una sonrisa retorcida en los labios—. Es eso... o una bala en esa cabecita evidentemente estúpida —la encañonó ella también.

«Rayos»... Se lamentó Carolina mirando a su alrededor. No le quedaba de otra que obedecer y afrontar las consecuencias de haberse cruzado con un tipo como Javier Oteros, quien no dudaría en fuetearla como a un animal y disfrutaría con cada ápice de dolor. Se cuestionó cómo Felina podía actuar así; cómo una mujer era capaz de sugerir que lastimaran a otra, y sintió asco... un asco más grande que el miedo que sentía. Se dispuso a subir cuando Felina la detuvo, agarrándola fuerte del brazo.

—¡Espera! —sonrió, con esa cara que reflejaba la ocurrencia de alguna idea aún más macabra—. Muchachos, traigan *el collar*...

—¡¿Qué?! —exclamó Lucy, exorbitando los ojos—. Felina, no... es demasiado, piénsalo, pasarán días en que estará inutilizable esta chica, no hay que llegar a tanto.

—Tú te callas, si es que no quieres hacerle dúo a este baile.

En segundos apareció uno de los enormes guardias del antro, arrastrando una cadena con un collar canino atado a un extremo. Carolina también exorbitó los ojos, comprendiendo que si antes su situación era grave, ahora era crítica.

—¡Eso! —bramó Oteros visiblemente excitado, seguramente dopado hasta la médula con alguno de sus estupefacientes.

El resto de los clientes que ya se habían aglomerado alrededor de la mesa iniciaron a chiflar y a gritar férvidos que subiera ya. Dos de los tipos de Felina sujetaron a Carolina que no se resistió esta vez, mientras Felina iniciaba a ponerle la correa al cuello.

—Ahora vas a aprender a obedecer a la primera, niña... vas a sentir en carne propia lo que sucede cuando no sigues las reglas de obediencia...

El bullicio de los presentes y los ánimos caldeados cedieron cuando un disparo interno al aire sembró la desesperación entre todos, haciéndolos agacharse por instinto de supervivencia y sintiéndose indefensos ya que, siguiendo las reglas de la casa, debían entregar sus armas en la entrada. Felina reconoció de inmediato la proveniencia del disparo y sus ojos se clavaron en los de Juliana Conde, que estaba parada frente a la oficina con el arma en la mano aún en dirección a la mesa.

—¡Este fue al vacío... el próximo va al que intente continuar con este circo! —afirmó la heredera Conde, fulminando a Felina con la mirada.

—Juliana, cielo —la jefa de casa sonrió—, sigue en lo tuyo, querida, aquí no más estamos... imponiendo disciplina; y es un juego, solo un baile. Enciérrate que esa puerta es a prueba de todo, incluido el ruido, querida... Qué clase de jefa soy si no impongo respeto y castigo al que cometa faltas...

—Creo que no me estás entendiendo... dije que se terminó, y aquí la patrona... ¡soy yo! —se impuso Juliana y disparó a una de las lámparas de una esquina del salón dando en el blanco—. Quiero que despejen la mesa y continúen a la buena lo que sea que hacían antes de todo esto... tampoco me gusta que me desobedezcan... Y tú, Felina, sube de inmediato —luego sus ojos encontraron por primera vez los de Carolina—. Tú vienes también, muchacha —luego dio la vuelta y entró a la oficina, dejando la puerta abierta.

Felina dio una palmada al aire, tratando de recuperar el control de todo, como solía hacer. —¡Arriba, a divertirse, señores! Tragos libres en cada mesa, niñas, esta ronda la pone la casa —luego se acercó a Carolina antes de tomar las escaleras—. No creas que olvidaré tu actitud, niña... Ahora sígueme, y cuidadito con lo que sale de esa boquita; porque te queda claro que soy muy capaz de arrancarte la lengua con mis uñas —la empujó a un lado y subió, seguida por la chica...

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Una vez en el despacho de la hija de El Conde, Carolina se quedó de pie en una esquina mientras Felina tomó asiento en el cómodo diván de piel negro y Juliana cerraba un file de documentos.

—Ponte de pie —ordenó la patrona calmadamente mientras rodaba su silla giratoria y miraba directamente la mujer en el diván.

—¿Cómo? —preguntó Felina y su actitud prepotente se borró como su sonrisa odiosa.

—Me escuchaste; de pie... No estás aquí de invitada. Déjame aclararte algo: el hecho de que mi padre te permita ciertos... “privilegios”, no te convierte en nada especial; sigues siendo una empleada y mientras yo esté en este sitio, te comportarás como tal.

La cara de Felina se puso roja y sus ojos destilaban veneno; pero estaba consciente que debía callar. —Claro que sí... *patrona* —respondió casi escupiendo las palabras mientras se ponía de pie.

—Ahora sí, es tu turno de explicar qué fue eso ahí afuera —Juliana estaba seria, demasiado seria; y si los ojos de Felina parecían poder incendiar, los de ella eran fríos al punto de helar la sangre.

—Pues... lo que ha visto, solo un juego, para distraer un cliente incómodo con la actitud de esta... chica.

—¿Te parecería un juego que te exponga vulnerable entre salvajes para que te fueten como a un animal? Siendo tú una mujer... ¿cómo puedes hacerle esto a otra?

Carolina escuchaba en silencio, con las manos entrelazadas tras la espalda y la vista en aquella extraña de quien había escuchado mucho; pero a quien jamás había visto porque en los reportes policiales no existían fotos suyas, y que hoy; literalmente, le había salvado el pellejo.

—Era solo un juego... *patrona* —se justificó Felina de mala gana sin sonar mínimamente arrepentida—. Pero descuide; si la nueva política de los patrones es tener mano blanda para las indisciplinas, moderaré mis actos.

Juliana sonrió y se puso de pie lentamente, fue hasta ella e incrustó su mirada en aquellos ojos. —¿En verdad crees que tengo mano blanda con las indisciplinas?

Felina agachó la cabeza y negó. —No quise decir eso... disculpe.

—No quiero volver a presenciar algo similar, ni saber que ha sucedido algo así; no vuelvas a pasar por alto que, pese a cualquier cosa, trabajas con mujeres que muchas veces van contra sus deseos porque no conocen otra manera de ganarse la vida... así como imagino que tú llegaste hasta aquí —luego dio un paso atrás—. Ahora márchate, no quiero verte.

Felina fulminó una vez más a Carolina con la mirada y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Carolina se aclaró la voz. —Con permiso... puedo... ¿puedo marcharme yo también?

—No tan rápido —respondió Juliana y regresó a su poltrona de cuero curtido—. ¿Cómo te llamas?

—Carolina.

La patrona buscó entre unos papeles y finalmente halló un documento con aquel nombre. Lo abrió y luego redactó algo en la computadora que imprimió de inmediato y se lo colocó delante a la chica.

—Fírmalo —ordenó, entrecruzando los dedos y fulminándola con la mirada.

—¿Qué es?

—Un anexo a tu contrato de trabajo, donde se amplían tus cuotas mensuales a pagar por concepto de alimentación y hospedaje, lo descontaremos directo de tu salario; estuviste metida en ese circo allá abajo y es una indisciplina grave.

«¿Salario? ¿Cuotas a pagar?»... ¿De qué demonios estaba hablando? Carolina no comprendía nada; pero sabía que era mejor callar. Aunque Juliana Conde estuviera evidentemente enfrentada contra la bruja de Felina, era una de ellos, y no cualquiera, nada más y nada menos que la heredera de aquel imperio podrido.

—¿Es un castigo?

—Exacto, un poco menos... salvaje que el que pretendían darte. Trabajarás otro turno, durante el día, para encargarte de la limpieza y condicionamiento de la casa.

—Pero...

—Ya puedes irte —terminó la patrona y, sin dirigirle más la atención, se centró nuevamente en su ordenador mientras le señaló la puerta.

«¡Qué arrogante!» Se quejó Carolina para sus adentro; pero supo que por esa noche ya era suficiente de meterse en problemas, así que acató la orden y abandonó el despacho.

★ CON EL ENEMIGO ★ ADENTRO ★

Carolina no lograba conciliar el sueño pensando en lo sucedido algunas horas antes. Pensó en Juliana Conde, precisamente en su comportamiento; había mostrado *piedad* hacia ella, algo que parecía increíble. Si no hubiera sido por su aparición inesperada y bastante oportuna, a esas horas estuviera sufriendo las penas del infierno con el “castigo” que habían decidido para ella. Como si fuera un animal. Pensó en las palabras que la heredera Conde dirigió a Felina, palabras que demostraban que detrás de aquella barrera de puro hielo se hallaba una persona, *humana*. ¿Acaso la *condesita* no sabía de verdad nada acerca de cómo las mujeres llegaban a ese sitio?

Cerró los ojos cuando finalmente sintió que el sueño la vencía; pero un fuerte ruido proveniente de la habitación de al lado la hizo saltar fuera de la cama, alarmada.

—¿Lorena? —dio unos golpes en la pared que separaba el cuarto de Lorena del suyo—. ¿Todo bien ahí? ¿Lorena? —volvió a golpear la pared un par de veces sin recibir respuesta—. ¡Maldición, Lorena, responde!

Salió corriendo de su habitación y fue hasta la de chica, hallando la puerta cerrada desde el interior.

—¡¿Lorena?! —inició a gritar, golpeando la puerta y llamando la atención no solo de las chicas que alojaban en las habitaciones cercanas, sino también la de dos guardias que aparecieron de inmediato—. ¡Abre esta maldita puerta!

—Ey, ¿qué rayos sucede? Vuelve de inmediato a tu cuarto —ordenó uno de los tipos, tomándola por un brazo con brusquedad.

Carolina se zafó del agarre con la misma brusquedad y lo enfrentó ante la vista de las demás que miraban en silencio desde sus respectivas puertas. —Algo le sucedió, por favor, abran esta puerta.

—Vuelve a tu...

—¡Abran esta maldita puerta, carajo! —rugió la chica presa de la desesperación.

Ambos guardias intercambiaron miradas.

—Ok, hazte a un lado —dijo uno de ellos finalmente y, cuando Carolina se hizo a un lado, abrió la puerta de una patada.

En el centro de la habitación se hallaba Lorena tirada en el suelo, aparentemente sin conocimiento, y cerca de ella se encontraban algunas pastillas que seguramente se le habían resbalado de las manos al caer.

—¿Lorena?! —Carolina se arrodilló junto a la chica e instintivamente la abofeteó un par de veces—. ¡Abre los ojos! ¡Reacciona, maldita sea! —se levantó y la tomó por los brazos, arrastrándola hasta el baño—. ¡Ayúdenme! —gritó a los dos tipos que permanecían inmóviles—. ¡Rápido!

La llevaron hasta el baño y una vez allí, Carolina le abrió la boca y le introdujo dos dedos hasta la garganta, y no los extrajo hasta que la sintió finalmente reaccionar. La chica vomitó toda la porquería que había ingerido.

—Así, bota todo —Carolina la sujetaba del cabello—. Ya pasó —forzó una sonrisa cuando la chica la miró con aquellos ojos verdes—. Ahora te darás un buen baño y quedarás como nueva.

—Carol... yo... —la chica estalló en un llanto incontrolable.

—Ey... —Carolina la miró, sujetándola por los hombros y fue entonces que vio los dos moretones en su rostro, uno alrededor de su ojo y otro en la frente—. Todo estará bien —mintió, en ese lugar nada estaba bien y solo Dios sabía cuándo lograría detener todo aquello, ni ella misma estaba segura que lo lograría.

Capítulo 7

Carolina salió del cuarto de Lorena. Había esperado que se durmiera después de atentar contra su vida. Se dirigió a la habitación de Lucy y, justo cuando estaba por tocar a su puerta, esta se abrió y se halló delante una de las guardias que se acomodaba el cinturón y llevaba una sonrisa bastante satisfecha. Él no dijo nada, dejó de sonreír de inmediato y desapareció por el pasillo.

Lucy se sorprendió al verla entrar como una furia. —Carol, ¿qué haces aquí? No es hora...

—Tienes que ayudarme —Carolina cerró la puerta y sus ojos se incrustaron en los de la otra.

—No... no... —Lucy sacudió la cabeza mientras se colocaba una túnica.

—¿No estás cansada? ¿No estás harta de ser tratada como un objeto sexual? ¡Te han robado seis años de tu vida, maldición! ¡Miles de mujeres han muerto por manos de estos hijos de puta y alguien tiene que detenerlos de una maldita vez!

Lucy la interrumpió. —¿Y tú piensas de verdad que ese *alguien* serás tú? —soltó una risita histérica—. Cuanto eres ingenua... Tú morirás, muchacha. Si sigues con la loca idea de poder salvarnos... morirás. ¡No tienes idea de cuantas antes que tú lo han intentado! —respiró profundo—. Yo sé lo que sucederá, Carolina, los de allá afuera terminarán olvidándose de ti. Estas personas son muy potentes, tienen ojos y orejas en todas partes, te descubrirán... te descubrirán y te matarán...

—Necesito que me ayudes a entrar al despacho de Felina —dijo Carolina, interrumpiéndola.

—¿Qué no me escuchas, muchacha? —Lucy alzó las manos desesperada—. Lo que quieres hacer es un suicidio. Mejor inicia a resignarte a la idea...

—Tengo que acceder a esa computadora... y necesito tu ayuda —Carolina la miró a los ojos—. Por favor, Lucy... necesito tu ayuda.

—Tú estás loca... ¡muy loca! —dijo la mujer de cabello corto y luego de varios segundos en los cuales los ojos de Carolina parecían los de un

cachorrito perdido, asintió—. Está bien... te ayudaré y sé que me arrepentiré de eso.

Carolina esbozó una sonrisa. —Gracias.

—No me agradezcas nada, muchacha... al ayudarte me estoy poniendo yo misma la soga al cuello —dijo y se encendió un cigarrillo—. Ya veré cómo hacer para que entres en ese despacho.

—Gracias —volvió a decir Carolina.

—Sigo pensando que estás loca —dijo Lucy, haciendo sonreír una vez más a la chica—. Y más loca estoy yo ayudándote —murmuró, sacudiendo la cabeza.

—Otra cosa... —la chica se puso seria de nuevo—. ¿Qué me dices de la tal Juliana Conde?

—Que si no llega a aparecer a estas horas no estuvieras aquí.

—Mj —Carolina bajó la mirada, materializando la imagen de la chica en su mente—. Me habló de salario y de cuotas... y hasta le llamó la atención a Felina por cómo trata a las mujeres aquí... Ella no sabe nada de cómo están verdaderamente las cosas en este sitio. Está a lo oscuro de todo esto —tomó respiro—. Tal vez...

—Juliana Conde es la copia exacta de su padre, es su mano derecha. La he visto muy pocas veces en realidad; pero he escuchado que es una hija de puta al igual que su padre —Lucy quedó por unos instantes mirando a la chica que permanecía con la vista al suelo—. Fue un milagro que ella apareciera justo en aquel momento, Juliana no atraviesa jamás esa puerta y mucho menos en horario de trabajo... pero bueno, no puede negarse que no hubo mejor momento para que emergiera su pedacito de corazón sano; muy a mi pesar acepto que estoy sorprendida con su actitud.

—La verdad es que... si no hubiera aparecido de esa forma justo en ese instante... yo no sé qué hubiera sucedido...

—Bueno, tampoco es para tanto eh; es una perra como todos ellos, es parte de la gente que esclaviza y maltrata... un simple gesto no borrará las lágrimas y las muertes de varias mujeres dentro de esta *prisión*.

—Pero tú misma has dicho que nunca se le ve... Habló de esto como un trabajo, me mostró mi contrato... Quizás sí esté a ciegas...

Lucy sonrió. —Olvidalo, niña; recuerda que con mentiras todas firmamos contratos que luego resultan ser esos... no podría estar ajena a

todo, es quien maneja las finanzas, y es hija del diablo, ¿o crees que una mansa paloma podría poner a Felina en su sitio?

—Sí... tienes razón —contestó Carolina, sacudiendo la cabeza.

—Mejor regresa a tu cuarto y descansa cuanto puedas... ahorita enviarán por ti seguramente para que comiences la limpieza.

—¡Rayos!

—Yo pensaré en cómo ayudarte en tu misión suicida... Debo estar loca.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Los días transcurrieron lentamente, sin que Carolina pudiera hallar el modo de comunicarse con su gente. Si todo seguía así, si no conseguía pasar su ubicación, estaría condenada a ser una más de aquellas chicas, sometida y sumisa... su vida y su carrera terminarían entre las paredes de aquella prisión.

Una semana después de estar haciendo de mesera en las noches y limpiando mugre en el día, Lucy le consiguió una oportunidad de cambiar su castigo. Si pasaba a bailar para los clientes ganaría más y podría pagar antes “la multa” por su insubordinación; ciertamente no podía continuar trabajando dos turnos, las horas que le restaban libres eran muy pocas y a ese paso terminaría enfermando, así que accedió.

—¿Lista? —preguntó Lucy, mirándola a través del espejo mientras ella terminaba de colocarse un labial.

—No lo sé; pero si es el modo para dejar de recoger condones sucios y trapear el suelo, pues toca.

—Así se habla —Lucy sonrió y le apretó un hombro.

—Ey... ¿no has hecho nada con lo que te pedí? Necesito acceder a esa oficina...

—Calmada... he escuchado que Felina estará unos días fuera, será nuestra oportunidad.

—¿Cuándo se va? —los ojos castaños de la chica se iluminaron.

—Mañana creo, hallaremos el modo, sin esa bruja cerca será más fácil que te cueles ahí... ¡Ahora dale! Ya acabamos de abrir, está la música.

Cuando entraron al salón, Carolina sintió de inmediato el mismo hedor a alcohol que detestaba tanto, así como el bullicio y los ojos libidinosos de los clientes encima de sí. Llevaba un traje de lentejuelas rojas que cubría muy poco de su cuerpo, y una máscara alrededor de sus ojos. Haló una silla y trepó a una mesa casi al centro del local, a la vez que la música se detuvo e inició otra un poco más... extravagante. Comenzó a moverse sin mirar a un punto exacto, cadenciosa, intentando ignorar los chiflidos y la sensación de tener tantos ojos encima de ella, devorándola; y tras unos pocos minutos, una fuerte atracción la hizo voltear a mirar a la cima.

La puerta casi siempre cerrada estaba abierta; y en lo alto, aquellos ojos que parecían de hielo la observaban. Juliana estaba imperturbable, fumaba un cigarrillo mientras toda su atención estaba sobre aquella mesa... y en cierto momento, sobre los ojos de la bailarina de la máscara, emanando poder y control, como de costumbre.

Cuando la música terminó, Carolina bajó de la mesa de inmediato y fue por un trago a la barra en donde esperaba Lucy.

—¡Estuviste fantástica! Subirás de nuevo, se te da bien, y no me negarás que es mejor que caminar de mesa a mesa soportando clientes propasados cada noche.

Pero Carolina no le estaba prestando atención, no dejaba de mirar hacia el palco ahora vacío y la puerta cerrada en la cima. —La hija del Conde está aquí, le he visto —dijo, mirando aún hacia arriba.

—¿Y qué? No tiene nada de raro, es más; si Felina estará fuera, lo más seguro es que ande por aquí más a menudo.

—Será imposible acceder a esa dichosa oficina con ella aquí si como tú has dicho no sale de ella para nada.

—Por la mañana no viene casi nunca —la mirada de Lucy se deslizó por el lugar hasta hallar en una esquina los ojos de uno de los guardias—. Además, contaremos con la ayuda de alguien de la seguridad.

Carolina la miró un tanto sorprendida. —¿Alguien de la seguridad?

—Jonas...

Los ojos de Carolina se volvieron interrogantes.

—El chico que viste salir de mi habitación el otro día... ¿recuerdas? —dijo Lucy.

—Mj —asistió la chica más seria que de costumbre.

—No me juzgues...

—No estoy aquí para juzgar a nadie, Lucy... solo pienso que...

Lucy la interrumpió de inmediato. —No te preocupes, él no es como los demás... y nos cubrirá si yo se lo pido. Confía en mí.

Carolina volvió a asentir, esta vez un poco titubeante. No confiaba en nadie; pero la verdad era que no tenía otra opción.

—Ahora vuelve al palco, cariño, acaba de entrar Felina y no queremos problemas con ella, ¿cierto? —dijo Lucy, señalando la mesa ya ocupada por un par de clientes que pedían de beber a una de las chicas, y si no tenían su *entretenimiento* de inmediato iniciarían a desesperarse.

Carolina resopló con mala cara. Se inclinó y se quitó los zapatos y la máscara también.

—¿Qué haces? —Lucy la miró, exorbitándole los ojos.

—Tengo un calor horrible y estos zancos me están masacrando los pies y, además, no quiero salir de aquí con un pie roto —respondió la chica y se deslizó hacia su puesto de “trabajo” con pies descalzos mientras se recogía el cabello en una cola alta, usando un elástico que llevaba alrededor de la muñeca.

Subió finalmente encima de aquella mesa sin mirar a los dos tipos que sonrieron al verla llegar, e ignoró sus comentarios asquerosos. Despejó su mente y se dejó llevar por el ritmo de la música, olvidándose de todo y de todos... Sus caderas se movían como las olas del mar en una danza bastante cautivadora, logrando capturar una vez más la atención, no solo de los clientes que la miraban como si fuese un platillo exquisito, sino también la de la *patrona* Juliana Conde, que allí, en la cima de aquellas escaleras, con una copa en la mano, la observaba con aquella mirada y aquella postura que destilaban autoridad y autosuficiencia a más no poder.

Capítulo 8

Juliana arribó a la residencia Conde casi a las dos de la madrugada. Al parecer había perdido la noción del tiempo en la Villa, nunca permanecía allí por mucho tiempo, al máximo un par de horas, el trabajo que ejercía allí no le ocupaba más que eso... ni ella misma sabía qué era lo que la hizo permanecer más de lo necesario en ese sitio que no era para nada de su agrado.

Entró en su alcoba y sintió la urgente necesidad de un baño tibio y relajante. Necesitaba quitarse de encima ese desagradable hedor a perfume barato y tabaco, mezclados además con alcohol...

Llenó la tina de agua y entró en esta, sintiendo una agradable sensación cuando el agua tibia acarició su cuerpo desnudo. Oh, sí que lo estaba necesitando. Inició a preparar mentalmente una lista de las cosas que debía hacer al día siguiente, o bueno, ese mismo día ya que dentro de pocas horas amanecería. Era una persona muy organizada, casi se le podía llamar *maniaca del control*.

Acomodó la cabeza en el borde, cansada... Estaba exhausta. Cerró los ojos, sintiendo los párpados pesados, cuando de repente e inexplicablemente su mente fue invadida por la imagen de la chica que, por algún motivo que hasta ella misma desconocía, no había perdido de vista por toda la noche... Abrió los ojos de golpe como si despertara de una pesadilla cuando sintió una de sus manos deslizarse furtiva por su vientre en busca de refugio entre sus piernas. Se alzó como empujada por un resorte con la respiración agitada, intentando dominar un fuerte impulso que amenazaba con apoderarse de ella... pero no existía nada que ella no pudiera controlar.

Despertó temprano en la mañana como de costumbre. Las pocas horas de sueño no le impidieron abandonar el lecho para comenzar un nuevo día. Al bajar las escales rumbo al comedor, vio uno de los empleados trajar un par de maletas fuera.

—Buenos días, papá —saludó ella, entrando en la habitación y dirigiéndose a su puesto en la mesa.

—Buen día, tesoro —él sonrió cuando ella le besó la mejilla antes de sentarse. Ella era sin duda la luz de sus ojos.

—Estos días de vacaciones te harán bien... necesitas un descanso —comentó ella, vertiéndose una taza de café bien fuerte.

—No son vacaciones, tesoro... viajo por cuestiones de trabajo —puntualizó él, guiñándole un ojo.

—Ah, es lo mismo.

Él sonrió. —¿Verás al señor Yasikov esta mañana?

—Mj —asintió ella, posando la taza encima de la mesa—. A las nueve y media en el hipódromo... pero antes debo pasar por la Villa, anoche olvidé mi teléfono celular allá... no sé dónde tenía la cabeza —murmuró, alzando las manos.

Él la miró. —¿Algo te inquieta, hija? —preguntó al verla con la mirada baja y aquel aire sombrío como si algo la perturbara.

Ella reaccionó de inmediato. —Absolutamente no, ¿cómo crees? —sonrió y se puso de pie—. Ahora me voy que es tarde. Te deseo buen viaje, papá —lo volvió a besar en la mejilla y se marchó.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Carolina despertó de sobresalto al escuchar unos leves toques en su puerta, y luego la vocecita de Lucy que le pedía abrir. Saltó fuera de la cama de inmediato y corrió hacia la puerta.

—Vamos, Felina acaba de marcharse —la informó Lucy que iba vestida enteramente de negro como los ladrones en las películas.

Carol la miró de pies a cabeza; pero no le dijo nada, aunque vestida de esa manera llamaría de seguro la atención...

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Escurridizas, se dirigieron hacia el salón donde trabajaban por las noches. Era tan diferente sin la música estridente y las luces fluorescentes, sin aquel bullicio y sin la presencia de aquellos animales malintencionados con que debían lidiar todos los días.

—No tenemos mucho tiempo, Carol —Lucy llamó la atención de la chica que se había quedado observando aquel lugar inmenso—. Haz lo que debas hacer; pero rápido, por favor. Si nos sorprenden aquí, no nos salvará nadie...

—Lo sé —la interrumpió Carolina, evitando que dijera lo que ambas sabían sucedería si las sorprendían en aquel lugar—. Solo te pido una cosa; si escuchas a alguien llegar o si no me ves aparecer dentro de diez minutos al máximo, te regresarás a tu cuarto. No quiero que te suceda nada por mi culpa... ¿entendido?

Lucy le sonrió y asintió con la cabeza. —Ahora ve, no perdamos más tiempo... Yo estaré aquí vigilando la puerta, además, Jonas está de guardia y le pedí que entretuviera a sus colegas y los mantuviera lejos de aquí por un rato. Estaré rezando para que todo salga bien, por Dios —estaba temblando.

Carolina tomó un profundo respiro y subió finalmente aquellas escaleras, adentrándose en el pasillo que alojaba la oficina de la patrona. Su mirada centró una puerta al otro extremo donde terminaba el corredor. Tragó saliva y avanzó, deteniéndose frente a una puerta a su derecha, era la del despacho.

—Mierda —se quejó al constatar que estaba cerrada; mas no se sorprendió, en realidad lo imaginaba. Imposible que no reforzaran la seguridad en un sitio así.

Volvió a mirar hacia la puerta del fondo y luego a la cerradura, mientras llevaba una mano a su cabeza y tomaba un par de horquillas que había tomado antes de emprender aquella misión, intuyendo que las necesitaría.

Logró abrir fácilmente la cerradura con las benditas horquillas y allí, encima del escritorio, divisó la computadora que para ella en ese momento era como haber encontrado el *Santo Grial*; lo que podría ser su pase de salida de aquel sitio, si lograba descubrir datos importantes.

Se sentó en el *trono* de la patrona y prendió el aparato. Cuando tuvo finalmente acceso a internet entró en su correo electrónico personal y tecleó el mensaje donde informaba a sus superiores que estaba dentro de la boca del lobo y daba algunos detalles del sitio, todo aquello que había percibido durante el trayecto del puerto hasta ahí, no sabía exactamente donde se

hallaba la Villa; pero tenía un par de sospechas y esperaba vivamente que fuera una de esas.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Una vez que Carolina envió el email a su gente y dio una veloz ojeada a algunos documentos que estaban encima del escritorio, apagó el aparato y salió de allí inmediatamente; pero, para su desgracia, antes que lograra llegar a la puerta que conducía al salón, una voz femenina y autoritaria la inmovilizó en el lugar...

—¿Tú qué haces aquí?

Carolina reconoció de inmediato la voz de Juliana y quiso que la tierra se la tragara en ese preciso instante. —Yo... la verdad es que... —dijo, girándose lentamente mientras dirigió una última mirada a Lucy que se hallaba oculta entre unas cortinas del salón.

—Entra —ordenó la patrona mientras abría la puerta del despacho.

—No; pero no es necesario que yo...

—Detesto tratar asuntos en los pasillos —dijo Juliana, fulminándola y a la otra chica no le quedó de otra que obedecer.

Sintió cada vello de su cuerpo responder cuando la puerta se cerró de un golpe. Se quedó de pie frente al escritorio como la primera vez que estuvo ahí, solo que en esta ocasión la jefa no estaba en la poltrona. La vio abrir una gaveta y tomar un celular, luego se dirigió nuevamente a ella.

—Ahora sí... me dirás que hacías aquí arriba y precisamente... en este despacho —espetó, fulminándola con la mirada una vez más, aquella mirada fría que a Carolina continuaba pareciéndole todo lo contrario.

—Yo... la estaba buscando, supe que Felina no estaba y supuse que estaría usted y... pues vine a... —sin saber cómo, la primera idea que cruzó por su mente atravesó el umbral de sus labios—. Quería verla porque me parece excesiva la suma que anexó a mi contrato y quiero solicitarle su reducción.

—Oh —Juliana sonrió y sacudió la cabeza—. ¿Es en serio?

Carolina se aclaró la voz y prosiguió, no podía dar marcha atrás ahora. —Absolutamente sí... lo considero abusivo; ya hasta tuve que cambiar de tareas para poder ganar un poco más...

—Sí, ya lo sé que ahora haces “table-dance”... te he visto.

A la mente de Carolina regresaron el par de ocasiones en que la vio mostrándole toda su atención; fija en ella, atenta, imperturbable, como al acecho.

—Trabajo que para nada es de mi agrado; pero me veo obligada a hacer para poder pagar esas... cuotas.

—No me pareciera que fuera de tu desagrado... te ves... *cómoda* —Juliana no desviaba la mirada de la chica que tenía en frente.

—No es para nada *cómodo* trepar a exhibirse en una mesa en medio de ojos lujuriosos fijos en una, créame.

Juliana metió el celular en el bolsillo de su chaqueta y sacudió la cabeza. —Lo siento; pero... el anexo es legal, has firmado, y no voy a bajarle un céntimo —dijo con aquella prepotencia característica suya.

—¡Oh! Pero es inhumano, usted debe comprender, ¿qué clase de mujer es usted? Tal vez sí sea eso que comentan por ahí... —comenzó a decir Carolina cuando, sin darse cuenta, tenía un agarre fuerte en la muñeca y aquellos ojos de acero en los suyos. Tal vez debió solo callar y marcharse de allí lo antes posible; pero no sabía tener la boca cerrada.

—¿Y qué es lo que dicen por ahí? ¿Mh?

—O-olvídelo... no es importante, igual... ya no insistiré con el contrato, déjelo así, mejor me voy y...

—¿Qué piensas tú?

De repente Carol sintió aquella mirada hurgando en sus ojos como si pudiera verle el alma. —¿Cómo dice?

—Me escuchaste... quiero saber, ¿qué es lo que piensas tú de mí? La verdad.

Agente o no, Carolina era una mujer que no acostumbraba a dar rodeos, y le gustaba decir siempre lo que pensaba, así viviera metiéndose en problemas por ello.

—Pues me resulta demasiado prepotente, usa y abusa del poder que le da ser hija de quien es y no le importa más que imponerse pasando por encima de lo que sea; aunque sean personas, donde me incluyo, además de tener esa forma de mirar como si fuera superior y...

De repente no pudo hablar más, un beso inesperado cayó en sus labios dejándola tan sorprendida que tardó algunos segundos en reaccionar.

—¿Qué hace?! —exclamó luego de separarse violentamente y descargar una fuerte cachetada sobre el rostro de Juliana que solo quedó mirándola, sin entender ni creer aún lo que acababa de ocurrir—. ¡Está loca!

La patrona dio un paso atrás; pero era incapaz de pedir perdón, aun cuando quiso que se la tragara la tierra y regresar el tiempo un minuto antes... No entendía qué estaba sucediendo con ella; pero estar cerca de aquella chica lograba perturbarla. ¡Le había pegado! Sonrió para sus adentros mientras su cara parecía de mármol, inmutable... y lo que fuera que esa chica despertara en ella tomó el control, haciéndola olvidar de todo lo demás.

—Te puedes ir ahora... si entiendes que es lo que deseas —dijo la patrona con el pecho agitado y la mirada oscura, más seria e indescifrable que de costumbre—, o te puedes quedar y me ayudas a saber si de verdad estoy loca.

Carolina no tuvo tiempo para pensar, vaciló un par de segundos y miró a la puerta; pero no dio un paso, y para cuando regresó la mirada adonde Juliana, esta volvió a besarla, un poco más atrevida esta vez, un poco más intenso... y en esta ocasión no la empujó con el mismo ímpetu lejos de sí. Se despegó luego de unos segundos que parecieron más largos y alzó una mano nuevamente, solo que esta vez la patrona la sujetó antes de que volviera a pegarle.

—No tientes más al diablo, muchacha —dijo Juliana en tono amenazante mientras intentaba recuperar el aliento, luego la haló con brusquedad y fue nuevamente por sus labios, sin hallar esta vez resistencia.

Sin saber cómo, ni si fue una o la otra, solo escucharon caer al suelo varias cosas y de repente Carolina estaba sentada encima del buró, rodeando la cintura de la otra chica con las piernas mientras se besaban violentamente. Algunos botones de la blusa de la heredera Conde saltaron al vacío cuando la agente la abrió desesperadamente y comenzó a dibujarle besos ardientes en el busto semidesnudo, lo cual le provocó un gemido que ahogó al deslizar una de sus traviesas manos entre sus muslos y notar la humedad en las bragas de la chica.

Juliana aferró el vestido y lo alzó, sacándoselo por completo, y regresó por aquellos labios que recibían los suyos con el mismo ardor. —Te deseo —murmuró junto al oído de Carol, jugando con la lengua alrededor de su

oreja y cubriéndole el cuello de besos y pequeños mordiscos, luego la tomó del cabello y deslizó la punta de su dedo por la humedad de aquel sexo que palpitaba a la par del suyo.

—Mmmmm... —gimió la agente, aferrándose a su espalda con las uñas mientras le mordió un hombro para ahogar el rugido de placer que luchaba por escaparse de su interior.

Fue justo en ese instante que un toque inesperado en la puerta las hizo detenerse.

—¿Quién rayos es?! —rugió Juliana mientras observaba como la otra chica descendía del buró e iniciaba a ponerse el vestido a toda prisa.

—Jonas, patrona... debo consultarle algo importante.

—Mierda —se quejó Juliana con los ojos fijos en Carol que se pasaba torpemente las manos por el cabello desordenado y no atinaba a decir nada—. Un momento —sus palabras fueron dirigidas al chico que aguardaba detrás de la puerta.

Carolina abrió la boca para decir algo; pero creyó que lo mejor era callar y tal vez hacer todo lo posible y hasta lo imposible para olvidar aquel *malentendido*, porque eso, lo que acababa de suceder ahí entre ellas, fue sin sombra de duda un terrible *malentendido*. Bajó la cabeza y se precipitó hacia la puerta, tropezando con Jonas al salir; pero ni disculpas pidió, siguió su camino, deseando con todas sus fuerzas que se la tragara la tierra en aquel preciso instante.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Juliana tomó un profundo respiro mientras en sus labios se dibujó una rara sonrisa e involuntariamente se los humedeció con la punta de la lengua, sintiendo en ellos el sabor de los de la otra.

—¿Patrona? —Jonas no se atrevió a atravesar el umbral.

—¿Qué demonios quieres? —y de nuevo Juliana adoptó aquella expresión autoritaria y déspota.

El chico avanzó de un paso y se aclaró la voz viéndola de espaldas. —Hum... yo...

—Escucha, Jonas —lo interrumpió de inmediato; pero sin darle el frente ya que se percató de los botones faltantes en su chaqueta y hasta

estaba un poco desgarrada y muy estrujada—. Ahora tengo prisa, hablaremos de lo que sea esta noche... Ahora vuelve a tu puesto de trabajo y pon a dos chicos a vigilar esta área.

—Sí patrona —el chico desapareció de inmediato.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Carolina caminaba de prisa, en silencio y con la mirada gacha, no sabía qué diablos le había sucedido en aquel maldito despacho con la hija del hombre al cual deseaba tanto borrar de la faz de la tierra. No comprendía por qué había sucumbido a la tentación de besarla, de tocarla, de *sentirla*... No entendía cómo había sido posible para ella perder el control de sí misma de esa manera, era una mujer bastante profesional y con un admirable autocontrol. No era una chiquilla de la secundaria con las hormonas alocadas. Ese lugar la estaba haciendo enloquecer, no había otra explicación para su inmaduro e imperdonable comportamiento.

—¿Que sucedió? ¿Qué te inventaste para evitar un proyectil entre ceja y ceja? Dios... temí por tu vida, muchacha —Lucy, en puros temblores, la asedió de preguntas al verla entrar en el cuarto.

—No sucedió nada —respondió la chica, cerrando la puerta.

—Juliana te...

—Ya te dije que no sucedió absolutamente nada, Lucy —su voz sonó bastante alterada; mas rápido la suavizó porque ciertamente Lucy no se merecía que descargara con ella su mal humor—. Me inventé un mar de mentiras... que estaba ahí para platicarle acerca del famoso “contrato”. Sigo pensando que está a lo oscuro de lo que sucede aquí...

—¿Y te creyó? —Lucy no sabía controlar su nerviosismo, prendió un cigarrillo.

—Bueno, estoy viva, así que creo que se lo creyó —no lograba arrancar de su memoria lo vivido en aquel despacho—. Dame uno —también necesitaba un cigarrillo y una ducha bien fría, y tal vez un fuerte golpe en la cabeza que le provocara una amnesia permanente...

Lucy le entregó un cigarro ya encendido. —¿Al menos lograste acceder a la computadora?

Carol asintió. —Sí... ahora no me queda nada más que esperar —exhaló una bocanada de humo y luego apagó el cigarrillo casi intacto en el cenicero encima de la mesita de noche al lado de su cama—. Ahora necesito descansar, no he dormido nada y estoy exhausta.

Lucy también apagó el cigarrillo. —Nos vemos más tarde —dijo y se deslizó hacia la puerta.

—¿Lucy? —Carol la hizo detener y voltear la mirada—. Gracias... gracias por todo, por arriesgar tu vida...

Lucy esbozó una media sonrisa. —Yo también deseo tanto que ese hijo de puta pague por todo el daño que ha causado y que continúa causando —y tras estas palabras se marchó.

Cuando Carolina vio la puerta cerrarse se dejó caer de espaldas en el lecho. Cerró fuerte los ojos; pero sabía que le sería imposible conciliar el sueño si su mente continuaba siendo presa de aquel recuerdo de ella misma devorando los labios de aquella mujer, sus manos tocándola, su cuerpo —aunque hubiera sido por un breve momento — deseándola. No dejaba de pensar en lo que hubiera sucedido si no las hubieran interrumpido en aquel momento. Necesitaba una ducha para quitarse de encima el perfume de aquella chica... un perfume extremadamente delicioso y adictivo... Necesitaba absolutamente borrar de su cuerpo cada huella de aquel momento... un momento bastante intenso, por decir lo menos.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Juliana llegó al hipódromo a las diez de la mañana. Tenía previsto llegar antes porque detestaba las impuntualidades; pero luego de abandonar la Villa tuvo que pasar nuevamente a casa por un cambio de ropa después del *incidente* en su despacho; algo que no dejaba de dar vueltas en su cabeza y de lo cual debía desprenderse de momento porque estaba a punto de encontrarse con Mijail Yasikov, el hijo de la cabeza de la organización rusa con la cual mantenían negocios los Conde. Hacía algún tiempo venía diciéndole a su padre que no se fiaba de los rusos, y finalmente habían acordado cerrar tratos.

Llevaba un sobretodo gris colocado sobre sus hombros y un hermoso vestido negro que acentuaba sus curvas. En cuanto uno de sus hombres descendió y checó el perímetro en cuestión de segundos, le abrió la puerta y ella descendió del vehículo magnánima como siempre... Sabía que se estaba metiendo a la boca del lobo; el hipódromo era propiedad de los rusos y ya no habían las mejores relaciones entre ellos; sin embargo, accedió a encontrarse ahí porque la reunión sería durante una famosa carrera. Yasikov

no pondría en riesgo su negocio a plena luz del día. Si no hubiera accedido, mostraría temor, y una mujer que llevara a cabo ciertos negocios no podía permitirse verse débil jamás.

Avanzó con paso firme hasta el ascensor desde donde uno de los empleados se encargó de guiarla, seguida por sus dos guardias.

Cuando el ascensor se detuvo, el chico alto y fornido de cabeza rapada alzó una mano. —Ellos deben esperar aquí, el señor Yasikov la espera solo a usted, no podrán acompañarla.

Sus escoltas dieron un paso al frente, colocando instintivamente las manos en sus armas; pero ella los detuvo.

—Muy bien —dijo ella al cabo de unos segundos—, llévame con tu jefe y terminemos con esto —luego se volteó hacia sus muchachos—. Ustedes esperen junto al ascensor —les dirigió una mirada cómplice y siguió al ruso por un pasillo con amplias ventanas de cristal que daban a la pista en donde corrían los caballos, hasta llegar a una puerta al final que el chico tocó tres veces y de inmediato se abrió. Luego él se hizo a un lado, indicándole entrar y cerró, quedándose fuera.

—Siempre un placer reunirme contigo, Juliana —dijo el hijo del famoso mafioso ruso que controlaba gran parte del crimen en la ciudad, mientras se ponía de pie para ofrecerle la mano.

—Me sorprendió mucho que no acudiera tu padre, el trato lo iniciamos con él.

—Ha viajado a la gran patria rusa —contestó el tipo con aquel acento muy suyo y sonrió—. Y en cambio yo estoy... encantado de que vinieras tú. Pero siéntate, querida, estamos solos —dijo, acercándose para ayudarla con el capote; mas ella rehusó su ayuda.

—Estoy bien así, gracias —respondió y se sentó en la poltrona, colocándose la prenda sobre las piernas.

—¿Gustas algo de beber? He mandado traer vodka; pero una llamada y traerán lo que gustes —dijo Mijail, tomando la botella que había en la pequeña mesita entre los dos y sirviendo un trago.

—No, gracias... buen provecho. No bebo cuando trabajo, prefiero que vayamos directo al grano; cerraremos negocios con ustedes y trazaremos los límites de los territorios en que operaremos ambos para no tener problemas.

El tipo casi se atora con el trago que había bebido por la risa incontenible que le sucedió al escucharla. —¿Límites? ¿Pretenden vedarnos algunos territorios? Mala jugada, princesa Conde... Es imposible, no admitimos prohibiciones de movimiento dentro de “nuestro” territorio.

—Es un trato justo... ustedes operarán en una zona... nosotros en otra, sin competencia ni enfrentamientos innecesarios. Piénsalo.

—No hay nada qué pensar, la respuesta es no... y mejor reconsideren porque aún tengo clavada la espinita de los hombres que perdí en el aparcadero, mi otro muchacho me contó que te portaste *muy* mal —dijo el ruso mientras sacudía la cabeza negativamente—. No son modales para una *ladie*, menos para una que creció en cuna de oro y se cree astuta; pero no es más que una niña tonta que se mete en mi propio terreno a intentar poner condiciones.

Juliana sonrió y lo miró a los ojos, mientras tomó el vaso que él dejara sobre la mesa y terminó el trago. —Hubiera preferido que viniera tu padre... por el rumbo que está tomando esta plática, creo que no nos vemos a entender.

—Pues mala para ti, esta es mi casa, son mis reglas, ¡y me importa poco iniciar la guerra que mi padre se ha cohibido de empezar, tal vez por viejo! —exclamó él mientras echaba mano a su arma; pero para cuando la tuvo ya tenía una pistola con silenciador apuntándole por encima de la mesa.

La chica sonrió. —Tranquilo “camarada”... no vine por esto; pero no voy a permitir que un drogadicto de mierda ponga en tela de juicio mi competencia.

—¡Eres una maldita perra, Juliana!

—Tal vez... tal vez; pero me sobra cerebro para saber que no dispararías contra mí aquí ahora... así que no intentes intimidar a nadie y guarda tu arma, no seas ridículo —ella se puso de pie sin dejar de apuntarle—. Saldré y no harás absolutamente nada o tus establos vuelan y tu padre te matará por hacerlo perder millones en sus caballos... Tranquilito —guardó el arma lentamente y en su lugar tomó lo que evidentemente era un detonador.

—Maldita perra —casi escupió cada palabra el ruso y luego dijo un comentario en su lengua natal, evidentemente ofensivo.

—Descuida, si no aceptaste el trato de paz es tu rollo... pero los negocios aquí terminan —respondió Juliana, caminando hacia la puerta—. Salúdame al viejo Yasikov... y cuídate... ya no estamos en el mismo barco.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Carolina abrió los ojos de golpe y tenía el pecho agitado. Al parecer acababa de tener un sueño bastante inquieto que la hizo reaccionar y sentarse en la cama como impulsada por un resorte. Se llevó las manos a la cabeza y miró la hora... Había dormido por casi todo el día, su estómago comenzaba a reclamarle. Se dirigió al cuarto de baño por una ducha rápida para apresurarse y llegar a la mesa pronto, faltaban menos de dos horas para abrir el lugar y necesitaba alimentarse.

El salón abrió a la hora habitual. En cuanto ella entró, su mirada se dirigió involuntariamente hacia el palco en lo alto, a la puerta del despacho que permanecía cerrada; pero *ella* estaba ahí, lo intuía... lo sentía.

Subió a la mesa en cuanto comenzó su rutina. Su cuerpo se movía para el deleite de los presentes; pero su mente y su vista estaban en otra parte... sin embargo, terminó su música y bajó directo a la barra de muy mal humor, no comprendía exactamente por qué.

Observó uno de los guardias tomar luego las escaleras y lo vio adentrarse en el despacho, luego lo vio salirse y cerrar nuevamente. No entendía qué la molestaba más; si bailar para los presentes, o no hallar aquellos ojos que había sorprendido observándola desde lo alto en más de una ocasión.

—¿Qué debo hacer para estar a solas contigo y disfrutar de tus servicios, muñeca? —espetó de repente el sujeto que no vio llegar mientras metía un billete en su escote.

—¡Ey! ¿Qué te pasa? Estás confundido, yo solo soy una bailarina, las muchachas que buscas están en...

—“Cuando la noche cae, todos somos iguales” —pronunció el tipo viéndola a los ojos mientras a la mente de Carolina afloraron las indicaciones de su capitán antes de comenzar la misión.

Era uno de ellos, finalmente, no estaba sola; habían enviado otro agente. Lo miró a los ojos y él afirmó lentamente, moviendo la cabeza.

—Hum... acompáñame... pasaremos un rato... agradable —dijo con una sonrisa coqueta y lo tomó de la corbata, halándolo detrás de ella.

Lucy la vio tomar rumbo a una de las habitaciones privadas del salón y quedó boquiabierta, sabía perfectamente que Carol hacía hasta lo imposible para evitar ser invitada a un baile privado ya que en esos casos el cliente siempre requería la total desnudez de la bailarina...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

También alguien más se sorprendió y se molestó mucho al ver lo que sucedía con Carolina a través del ordenador en su despacho. Era toda la noche que no le quitaba los ojos de encima a aquella maldita pantalla... precisamente a la videocámara que daba justo a esa mesa del centro, tal parecía que estuviera embrujada.

—¡Mierda! —exclamó Juliana y lanzó su vaso contra la pared como poseída por el demonio, viendo a Carolina entrar en uno de los cuartos privados, donde obviamente no habían videocámaras.

No sabía exactamente porqué aquello la molestara tanto y la hiciera perder el control de sí misma. No sabía por qué aquella chica lograra desestabilizarla con tanta facilidad, al punto de desear irrumpir en aquel cuarto y prohibirle bailar para aquel sujeto y para cualquier otro... Desde lo sucedido en su despacho un par de días atrás, aquella chica no había abandonado su cabeza ni por un segundo. Había hecho todo lo posible por no prestarle atención; pero era como un maldito imán...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Carolina barrió el lugar no muy amplio con la vista, cerciorándose que no hubiera videocámaras al acecho.

—Me sorprende que me hayan encontrado así de rápido... me sorprende y me alivia la verdad —dijo, volviéndose hacia el tipo que se había quedado parado junto al diván redondo que se hallaba alrededor de un palco igualmente redondo con un tubo grueso de hierro en el centro, usado naturalmente para la *pole-dance*...

—No fue difícil gracias a sus instrucciones, teniente Scott... Fue bastante detallada; aunque dijo que la transportaron a este sitio con la cabeza tapada.

—Mj —asintió ella, recordando aquel desagradable día.

—¿Está usted bien? —él la miró con atención, sabiendo que no era para nada fácil encontrarse en un lugar como ese.

—Dame del tú —ella le sonrió y se sentó en el diván, apoyando los codos sobre las rodillas y cubriéndose por unos instantes el rostro—. Estoy... bien... loca por...

—El capitán y todos los del departamento estamos muy orgullosos de su labor, teniente Scott.

Ella se levantó y lo miró a los ojos. —Estarán orgullosos de mí solo cuando tenga al Conde agarrado de los cojones y acabe con su red de tráfico de personas. Ese maldito viejo es demasiado astuto. Tuve la oportunidad de darle una ojeada a algunos documentos de las finanzas de este sitio y su nombre no aparece en ninguno. Nunca le he visto por acá, le he preguntado a las demás y tampoco le han visto... Es como un maldito fantasma ese desgraciado.

—¿Y su hija? —preguntó el agente, mirándola detenidamente.

La teniente permaneció unos segundos en silencio, luego se aclaró la voz. —No creo que ella esté al corriente del tráfico y esclavitud de mujeres...

—Se le ha visto junto al hijo de Yasikov hace un par de días y, según nuestro informador; se han declarado guerra.

Carol suspiró cansada. —Puede jugar a nuestro favor. Tal vez se maten entre sí y nos ahorran el trabajo —comentó sarcástica, haciendo reír al tipo; pero ella permaneció muy seria. Lo miró—. Espero tener algo la próxima vez que nos encontremos, trataré de entrar nuevamente en las oficinas.

Él sacó de su bolsillo un celular, queriéndoselo entregar; mas la chica sacudió negativamente la cabeza.

—No... nos revisan antes de entrar en nuestras alcobas, no puedo correr el riesgo, sigamos encontrándonos cada tres días —dijo ella, haciendo que guardara el celular—. Ahora sal de aquí y muestra una cara *satisfecha*, agente.

Él le sonrió y asintió. —Tenga mucho cuidado, teniente —y tras estas palabras, salió de aquel cuartico a media luz.

Carolina esperó un par de minutos y salió también. Antes de regresar a su puesto de trabajo, pasó a la barra por un trago bien fuerte... lo estaba

necesitando para continuar esa noche. No veía la hora de acabar de una vez con todo eso; pero tenía que ser paciente y terminar su misión. Su misión era demasiado importante, estaba en juego la vida de muchas mujeres. Tenía que estar concentrada al cien por ciento, no se podía permitir ningún error... No podía fallar.

OceanofPDF.com

Capítulo 12

El local inició a vaciarse poco a poco hasta que finalmente el último cliente se marchó y la música paró de sonar, lo que fue un alivio para los oídos y los pies de Carolina. Estaba exhausta, loca por un baño y la cama. Mientras descendía del pequeño palco, escuchó a Lucy dar las buenas noches a algunas chicas que se encaminaban hacia los dormitorios seguidas por un par de guardias.

—Ey, tú... —alguien llamó la atención de la chica que iba rumbo a la puerta.

Ella se giró y sus ojos se clavaron en el guardia que descendía las escaleras, dirigiéndose hacia ella. —¿Qué sucede? —preguntó ya con el ceño fruncido.

Lucy se acercó también. —¿Hay algún problema?

—Sí... La patrona ha recibido algunas quejas esta noche por el comportamiento poco profesional de la aquí presente —dijo el guardia.

—¿Qué?! ¿Cuáles quejas? Yo... —Carolina miró hacia Lucy que al igual que ella no sabía de qué demonios estaba hablando.

—Tú no te entrometas —dijo el guardia, mirando a Lucy antes que esta hablara a favor de la chica—. Algunos clientes se fueron insatisfechos...

—¡No es cierto! —Carolina miró hacia las escaleras y sin poder controlarse se dirigió hacia estas a la velocidad de la luz.

—¡Carol, no! —gritó Lucy; pero la otra pareció no escucharla, mientras el guardia la seguía escaleras arriba, logrando aferrarla de un brazo justo en la cima.

—¡Suéltame, animal! ¡Solo quiero exigir mis derechos! —se debatía ella, intentando quitarse aquel forzado de encima.

—¡Vas a hacer el turno de limpieza porque es la orden! ¡Aunque tenga que llevarte a rastras a la cocina!

—¡A ver, prueba a ver, idiota! —exclamó la chica, sacudiendo el brazo.

—¡Una buena madrina es lo que necesitas por respondona! —vociferó el tipo, alzando la mano; pero en ese momento la voz de su patrona lo hizo quedar petrificado en el lugar.

—¡Si te atreves a poner una mano encima de una de ellas de este modo... me aseguraré que tengas una extremidad de menos! —espetó Juliana parada en la puerta mirándolos a ambos con el ceño fruncido.

—Patrona... perdón —dijo el guardia dando un paso atrás, soltando el brazo de Carolina que lo miraba endemoniada—. Esta mujer es... muy rebelde, me temo que la magnitud de su castigo no está a la altura de su ímpetu.

—Eso lo decido yo. Vete.

—Sí, patrona —contestó el guardia y agachó la cabeza mientras tomaba las escaleras y desaparecía de inmediato de la vista de Juliana Conde.

Carolina lo siguió con la vista hasta que llegó al salón y se perdió por uno de los corredores, luego se giró hacia Juliana, se aclaró la voz y alzó la cabeza, y entonces se dio cuenta que lo mejor hubiera sido “soportar y sonreír”. ¿Qué demonios pretendía reclamar?

—¿Qué es todo este alboroto delante de mi puerta? Y algo más... sabes que les está prohibido subir sin ser llamadas —dijo la jefa en tono de regaño.

—Lo siento; pero es que ese... guardia, pretendía que me pusiera a limpiar luego de estar bailando toda la noche con estos zapatos que me traen muerta; es inhumano.

Ahí todo era inhumano.

—Él cumplía órdenes... también tú debías hacerlo en vez de formar este alboroto a las cuatro de la mañana —Juliana la miraba fijamente a los ojos.

—¡Sí, claro! ¡Lo dice usted que se va a casa a una cama caliente y no debe dar explicaciones de horarios ni nada! —Carolina debía absolutamente aprender a mantener la boca cerrada; pero ni modo, las palabras salían de su boca antes que siquiera las pensara.

Juliana miró a todas partes disimuladamente y dio un paso adelante. —Baja la voz, hay quienes sí duermen y estás haciendo un berrinche rebelde que te deja ver como una chiquilla...

—¡Ah, le parezco una chiquilla cuando peleo por mis derechos; pero no para hacer lo que hago y hacerles ganar dinero!... ¡No, s-suélteme!

¡¿Qué hace?! —protestó mientras la otra le tomaba fuerte de un brazo y la obligaba a entrar al despacho.

—Cállate de una maldita vez.

Pero Carolina no entendía razón. —¡No puede hacer esto! ¡Suélteme!

Cuando Juliana cerró la puerta la soltó, se pasó las manos por la cabeza acomodándose el cabello y luego la encaró. —No puedes continuar a hacer esto... no puedes subir aquí cuando te plazca y armar una pataleta; ¡¿qué demonios crees?!

—¡Y usted no puede tratarme como a un animal! Tengo derechos y los defenderé siempre —respondió Carolina, dando un paso adelante con una mano en la cintura y la otra gesticulando en el aire.

Seguía hablando de derechos, como si en ese lugar alguna de ellas tuviera algún derecho; mas era lo único que se le ocurrió.

De repente Juliana sintió ganas de reír; aquella mujer que apenas conocía hacía muy poco había osado darle una cachetada, y ahora la tenía enfrente hablándole sin el temor con que lo hacían los demás... Eso la divertía; pero se contuvo. Sin contar el hecho de que también tenía el poder de hacerle perder el control de sí misma.

—Tengo que reconocer que tienes *ovarios* —dijo Juliana, viéndola con los ojos entrecerrados mientras se frotaba la cara.

Justo en ese instante el recuerdo de la cachetada llegó a la mente de Carolina y su corazón se disparó con fuerza. Aquella mujer no dejaba de mirarla como a una presa y muy en sus adentros, sí comenzaba a sentirse la caza... Sus ojos se detuvieron en el escote de aquel vestido negro y recordó cuando prácticamente le arrancó la camisa haciéndole saltar los botones, deseosa de su piel. Sacudió la cabeza y dio un paso hacia la puerta.

—¡¿Adónde vas?! —exclamó la hija del hombre culpable de que ella estuviera en esa casa, pasando tantas miserias y viviendo malos ratos.

—A mi habitación, yo... Disculpe por todo este escándalo, prometo que no daré más problemas, yo... —calló cuando vio a Juliana retirarse el sobretodo de los hombros y tragó en seco.

—No quiero que dejes de dar problemas —dijo la heredera Conde acercándose, hasta llevarla contra la puerta, muy cerca de sí—. Y no quiero que te vayas —apoyó una mano en la madera y otra en la cintura de aquella mujer que la enloquecía—. ¿Qué demonios quieres tú? ¿Ah?

Todo aquel ímpetu y su misión, así como todo lo demás, desapareció de la cabeza de Carolina en un segundo. La tenía tan cerca que bastó mover unos centímetros velozmente sus manos para aferrarla de las caderas y halarla hacia sí con fuerza, mientras su boca atrapó aquella en la que pensaba a cada instante... recordando sus primeros besos.

Las manos de Juliana se enredaron entre su cabello y la voracidad de aquel beso la volvió loca, *muy* loca, más loca de lo que ya estaba por aquella mujer. Dando tumbos llegaron hasta el diván en donde Carolina la empujó bruscamente, acrecentando la excitación de ambas mientras trepó a horcajadas sobre ella y continuó a besarla sin detenerse.

Repentinamente Juliana la tomó del cabello, separándola de su boca. La miró a los ojos y se estremeció al ver el grado de lujuria en ellos; y con el pecho agitado dio una orden:

—Sácate la ropa —dijo y la agente se puso de pie de inmediato, mientras aquella a la que todos llamaban *patrona*, temblaba de deseo al observarla e igualmente de veloz se despojaba de sus prendas.

Se miraron a los ojos un instante... las separaban pocos centímetros; Juliana sentada en el diván y Carol de pie.

—¡Ahora ven aquí! —ordenó la heredera del imperio Conde y la haló nuevamente, haciéndola sentar encima de sí para apoderarse de sus senos. Se perdió entre ellos, su lengua jugó a recorrerlos como si quisiera calmar una sed muy grande en su pecho—. Te deseo —susurró en su oído, llevando una mano entre sus piernas para sentir palpar su sexo.

—Yo también... te deseo —Carolina no supo cómo fue que aquellas palabras salieron de su boca... pero era la verdad. La deseaba como demente.

Juliana se giró y la chica que antes estaba sobre ella cayó al diván, mirándola con impaciencia... hasta que la haló, reclamando sus besos.

—Sh, sh... —negó Juliana mientras le metía dos dedos en su boca y jugaba con su lengua. Tomó una de sus piernas y se la colocó en un hombro, mientras inició a besarla; húmedo, lento y caliente, sin dejar de verla a los ojos, luego sus dedos abandonaron la boca para deslizarse furtivos desde sus labios hasta su vientre... su ombligo... su sexo...

—Mmmmmmmmm... —gimió Carolina, arqueándose hacia arriba cuando uno de esos dedos entró un poco en ella a la vez que de la garganta

de la otra salió un sonido animal al sentirla muy mojada.

La apretó con fuerza, reclamándole cuando retiró su mano; pero Juliana inició a besarle el muslo que sostenía en alto mientras le colocaba la pierna en el respaldo del sofá

—¡Oh, Dios! —murmuró la agente, sintiendo que no podía estar más deseosa, y aquellos besos sobre su pelvis mientras la otra se acomodaba la tenían muy loca.

Carolina hubiera jurado que la tierra se detuvo cuando sintió la punta de aquella lengua intrusa entrar en su sexo; contrajo cada uno de sus músculos y la aferró del cabello, empujando contra su cara cada vez más desesperada... Luego sintió un cosquilleo apoderarse de sus piernas y tembló al abandonarse a un intenso orgasmo que le empapó la cara a “su patrona”.

—Quiero... —dijo Carol, tomando a Juliana de los hombros y halándola hacia arriba, sin recuperarse de tal estampida de adrenalina—. Quiero de ti —y en un abrir y cerrar de ojos la tumbó de espaldas y fue a calmar la sed que sentía, sed de su sexo, de su olor a deseo, allá en lo más íntimo del cuerpo de una mujer.

Esta vez fue Juliana quien gimió como animal herido al contacto de su boca entre sus piernas... Su clítoris hinchado de ganas respondió a cada embate de aquella lengua y aquellos labios, hasta que inconscientemente clavó sus uñas en la piel del diván mientras se sacudía de placer y sonreía a ojos cerrados.

—Me vuelves loca —dijo la patrona, sacándola de entre sus piernas y llevándola entre sus brazos, mientras sus senos se unían en un roce excitante y sensual al vaivén de besos violentos.

Capítulo 13

Carolina abrió los ojos lentamente y quedó inmóvil al ver los brazos que la rodeaban y que permanecía desnuda en aquel diván oscuro. Quizás llevaba pocos minutos dormida; pero a ella le pareció una eternidad en el paraíso. No se atrevía a moverse porque no sabía cómo actuar ni qué decir cuando se miraran las dos de frente; ella y la mujer a la que se suponía debía inculpar y meter con su padre a la cárcel... y que ahora estaba ahí, desnuda tras su espalda. Sentía la agradable calidez de su cuerpo...

Un beso en su hombro y unos dedos que jugaban en su pelo la hicieron sonreír, luego poco a poco se liberó del abrazo y se puso de pie.

—¿Qué hora es? —preguntó la agente en voz muy baja sin mirarla mientras recogía del suelo sus ropas e iniciaba a vestirse ante la mirada seria de Juliana.

—Las siete... ¿por qué? —respondió Juliana y lanzó otra pregunta ante la cual solo recibió silencio. La vio acomodarse el cabello con los dedos como pudo y luego salió escurridiza del despacho, sin decirle nada y sin siquiera verle a la cara.

Juliana se sentó y se cubrió el rostro con ambas manos. Una sonrisa de extraño significado para ella se apoderó de sus labios, luego los rozó con la punta de sus dedos sintiendo el sabor de aquella chica impregnados en ellos, en sus dedos... en toda su piel. ¿Qué diablos significaba aquella sensación que sentía en su estómago? ¿Y por qué demonios ahora sentía un vacío dentro de sí si minutos antes se sentía tan... completa? Nunca antes se había sentido así. Volvió a mirar a la puerta y algo extremadamente raro sucedió en sus ojos; se humedecieron... Se levantó de súbito y se frotó los ojos, buscando luego sus vestimentas y su teléfono.

—¡Mierda! —exclamó cuando al encender el aparato se dio cuenta de las veinte llamadas a las cuales no respondió. Marcó el mismo número y llevó el celular a su oído mientras torpemente, usando una sola mano, inició a vestirse—. ¿Qué sucede?... ¡¿Qué?! —exclamó exorbitando los ojos—. ¿Mi padre está bien?... Llego enseguida.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Carolina entró en su habitación como una furia. No comprendía qué diablos le pasó por la cabeza en aquel momento; ¿cómo pudo hacer lo que hizo? ¿Cómo pudo permitir que sus deseos tomaran el control de sí? ¿En qué demonios estaba pensando? Había perdido completamente la cabeza, no había otra explicación. Ella estaba ahí por un motivo, no podía permitirse perder de vista el objetivo. Estaba en juego la vida de muchas personas, y ella era la única que podía salvarlas, estaba ahí para salvarlas. Tenía que concentrarse en la misión y solamente en la misión, y la misión era clara como el agua; capturar a los Conde y a todos sus secuaces y detener de una vez todos sus actos criminales, limpiar el mundo de esos malnacidos que traficaban mujeres, las esclavizaban, usaban sus cuerpos como objetos sexuales para aumentar sus cuentas bancarias, las vendían y las maltrataban como si fueran animales...

—¡Maldición! —rugió enfurecida consigo misma mientras tiraba al suelo todo lo que había en la cómoda.

Apretó el borde de madera con sus puños y alzó la mirada, clavándola en su reflejo. Estaba temblando y sentía miedo, miedo a no poder dominar aquello que sentía cuando estaba cerca de aquella mujer, ni ella misma sabía explicarlo, era una especie de *atracción magnética*. Solo sabía que cuando la tenía enfrente olvidaba hasta su propio nombre. Y cuando sus ojos caían sobre los suyos sentía sus piernas aflojarse, y cuando sus manos la tocaban sentía un hormigueo recorrerle toda la piel, y cuando sus labios la besaban sentía que el tiempo se detenía para ellas...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Juliana descendió del auto de prisa y corrió hacia la puerta de entrada de la fortaleza Conde. Subió las escaleras y fue corriendo a la habitación de su padre, hallándolo tendido en el lecho con un hombro vendado.

—¡¿Papá?! —exclamó la chica, acercándose a la cama—. ¿Qué demonios sucedió? —esta vez sus palabras fueron dirigidas hacia Felina y los dos gorilas que se encontraban de pie, cerca de la ventana.

—Los rusos han iniciado la guerra, mandaron un sicario —dijo el viejo, llamando la atención de su hija que miraba a Felina y a los dos tipos como si quisiera fulminarlos.

Ella caminó hacia los tipos. —¿Cómo coño permitieron que mi padre saliera herido? ¡Son una partida de incompetentes! ¡Les pagamos para que protejan su vida a costa de las suyas propias! ¡Esto no...!

—Juliana —el patrón alzó un poco la voz para lograr que ella lo escuchara—. Estoy bien, el proyectil me atravesó el hombro...

—¡Un par centímetros más abajo y ahora estuvieras muerto! ¡Maldición! —los ojos de la chica destilaban fuego. Tomó un profundo respiro—. Esto no se quedará así. Si esos mugrientos quieren la guerra; pues la guerra tendrán.

El viejo se quejó cuando intentó acomodarse en la almohada. —No quiero que hagas nada, Juliana... de hecho, no quiero que salgas de esta casa por el momento. Ya he mandado a duplicar la guardia... y los chicos se están encargando de traerme la cabeza de ese gusano.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? —ella sacudió la cabeza en total desacuerdo—. ¡Te traeré yo misma la cabeza de ese hijo de puta! —y tras esta promesa la chica se dispuso a abandonar la habitación; pero la voz ronca y autoritaria de su padre la detuvo.

—¡No harás nada, Julia! —la llamó con el nombre de su madre, nunca lo hacía, solo en las pocas ocasiones que le llamaba la atención.

Ella se volteó lentamente. —¡Papá... sabes perfectamente que puedo encargarme de este asunto y terminarlo en un chasquido de dedos! Yo y mis hombres...

—¡Harás lo que yo te diga, carajo! —el viejo se volvió a quejar; pero ignoró el dolor y se puso de pie.

—Papá...

—Te quedarás tranquilita, Juliana —le dijo con la voz más calmada, caminando hacia ella—. Eres mi única hija... eres mi tesoro más preciado y eso, por desgracia, hace de ti el blanco perfecto. Te usarán para destruirme porque saben que si algo llegara a sucederte yo...

—Papá —ella lo miró a los ojos, aquellos ojos que estaban húmedos y desbordaban amor por ella—, ya... no te esfuerces —respondió mientras lo guiaba de regreso a la cama—. Solo para que estés tranquilo, ok... me

quedaré unos días y trabajaré desde casa. Ahora recuéstate, quiero que descanses.

Cuando lo condujo nuevamente hasta el lecho, se pasó las manos por la cabeza y caminó hasta la ventana, divisando desde ahí los hombres cuidadosamente colocados para proteger la residencia.

Luego se dirigió a Felina. —Tú regresa a la Villa, las cosas no están como para andar descuidando ningún punto... Contrata otro puñado de hombres porque los necesitamos; esos desgraciados nos atacarán de nuevo y no estaremos desprevenidos.

—Pero tu padre necesita que...

—Necesita recuperarse y yo me aseguraré que lo haga, y a ti te necesita más cuidando de ese negocio; créeme.

Felina solo miró hacia su amante que permaneció en silencio, sin entrometerse. —Por supuesto... saldré para allá de inmediato y me encargaré de la seguridad del sitio, no se preocupe.

—Ok —contestó Juliana, luego fue y le besó la mejilla a su padre—. Yo iré a mi habitación por un baño y luego iré a trabajar desde el despacho en el ordenador. Citaré una junta con los jefes de guardias para después de almuerzo.

—Oh, hija, ¿no piensas descansar un rato? Acabas de llegar, ni has pasado la noche en casa...

—No lo necesito, papá, no te preocupes; necesito el control de la situación... solo así podré descansar luego.

Capítulo 14

Transcurrieron un par de días que en la Villa no se supo nada de los patrones. Felina llevaba las riendas del negocio a su antojo; pero ciertamente estaba haciendo un buen trabajo con la seguridad y, ocupada en eso, tenía muy poco tiempo para enseñarse con las chicas.

Ya se cumplía el tercer día desde que a Carolina la contactara su gente mediante otro agente, así que tal como acordaran, esa noche tendría *baile privado*. Se encontraron en el mismo cuarto de la primera vez y, como entonces, la chica revisó de inmediato la ausencia de cámaras.

—¡El sitio está limpio!

—Perfecto... ¿Cómo está, teniente Scott? —preguntó el tipo, extendiéndole la mano.

—Loca por terminar lo que vine a hacer, no tiene idea de lo que es este encierro ni las cosas que he visto en este sitio.

—Me imagino; pero ya está por terminar.

Los ojos de Carolina se iluminaron. —¿Qué está sucediendo? Hace un par de días noto más guardias que de costumbre, y Juliana... la mano derecha del Conde no se ha asomado por acá, lo cual es extraño.

—El viejo ha sufrido un atentado.

—¡Los rusos!

—Exacto, los Conde están manteniendo un perfil bajo mientras Lucio se recupera de una herida que sufrió; pero se viene algo grande... algo que debemos aprovechar para dismantelar por completo esta red, así cortamos todas las cabezas de un tajo.

Carolina lo miró a los ojos interrogante. —¿A qué te refieres?

—Sabemos de muy buena fuente, que los Conde están organizando un contraataque; pero que además golpearán a los rusos cerrándoles todas las puertas de todos los proveedores... los sacarán de las calles literalmente, y para ello crearán una alianza muy fuerte los capos de aquí.

—¿Se unirán para sacar del juego definitivamente a Yasikov?

—Sí... Al parecer le debe muchas a todos... para ello, dentro de algunos días, se realizará una reunión muy importante con todos estos criminales, liderada por los Conde y la cual se efectuará...

—¿¡Aquí!?

—Exacto, nuestro informante asegura que este será el punto de encuentro, solo no tiene acceso a la fecha... y eso, manda el capitán que lo averigüe usted, teniente. Armaremos un operativo impecable y caerán todos, y será ese su último día en este sitio.

A la teniente se le iluminaron los ojos. —No veo la hora.

—Debe ser en cuanto termine de recuperarse Lucio Conde, atenta, teniente, debe averiguar la fecha de esa reunión como sea... y finalmente terminará su misión...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Cuando Carolina salió de aquel privado, tenía todos los motivos para alegrarse, su operación sería un éxito y su sacrificio daría el resultado esperado; sin embargo, algo que no podía explicarse la preocupaba.

Terminó su último baile en la madrugada y al cerrar el salón se dirigió a su habitación como cada una de las demás. Soltó los tacones que le tenían los pies adoloridos y se sentó frente al espejo de su tocador a retirarse el maquillaje cuando unos toques leves a su puerta la hicieron sobresaltar. Caminó hasta ella y aferró el picaporte.

—¿Quién es? —preguntó inquieta, a esa hora nadie solía llamar a su puerta a menos que estuviera en líos y hacía rato no se metía en ninguno.

—Juliana... Juliana Conde.

No contestó, hubo un silencio de varios segundos y finalmente la puerta se abrió. Juliana entró de inmediato y cerró a sus espaldas, quedándose cerca de la entrada.

—¿Ha visto qué hora es? Mi horario terminó hace varios minutos y muero por un descanso. ¿Qué la trae hasta aquí? —preguntó Carolina en tono hostil mientras lanzaba bruscamente la servilleta sucia de maquillaje a la basura.

—Disculpa, lo sé que es tarde; pero yo...

—No dé más vueltas y sea breve, esta noche tuve un privado y estoy exhausta —dijo Carolina, frunciendo el ceño con aire indiferente.

El rostro de Juliana cambió... pero no era esa actitud fría y superior que mostraba siempre, denotaba otra cosa, algo que era inusual verle y sacudió la cabeza mientras se volteó violentamente hacia la puerta.

—Disculpa, no debí venir.

—¡Espera! —exclamó la otra chica y se abalanzó tomándola de un mano antes de que abriera la puerta—. Disculpa tú... mi aspereza... no te vayas sin decirme a que viniste.

—Yo... tal vez no debería estar aquí; pero... *necesitaba verte* —dijo la patrona, alzando la cabeza y mostrando el rostro, algo macerado por la falta de descanso y la preocupación dibujada en el par de bolsas enrojecidas debajo de sus párpados.

Algunos fuertes latidos golpearon impetuosos el pecho de la agente. —¿Necesitabas... verme? —lo preguntó como si fuera algo imposible de creer.

Juliana solo asintió, quedando en silencio, perdida en aquellos ojos que aún cansados eran los más hermosos en los cuales se había reflejado.

Pese a la voz de la razón que le gritaba fuerte en su cabeza «*déjala ir*», pese a la infinidad de motivos que existían por los cuales debía dejarla ir, motivos que evidenciaban que entre ellas no podía existir absolutamente nada, Carolina no se resistió a aquello de lo cual no tenía explicación; pero que se hacía paso en su interior indómito, irrefrenable... era algo más que simple *atracción*...

El agarre que sujetaba la mano de Juliana cedió un poco, dando espacio a una caricia que se deslizó por todo su brazo, por su hombro hasta llegar a su rostro y sentir la suavidad y calidez de aquellos dedos en su piel. Su mirada se detuvo a contemplar aquellos labios entreabiertos que parecían llamarla a gritos; pero no se movió de un centímetro aun sintiendo que cada fibra de su cuerpo necesitaba saciar la sed en el oasis de aquella boca. Se estremeció al sentir aquellos dedos deslizarse hasta su cuello erizándole la piel y luego hundirse en su cabello... e instintivamente cerró los ojos cuando aquellos labios dulces rosaron los suyos en un beso suave, en un beso que logró calmar la tormenta en su interior. Sus manos resbalaron por las curvas de su cuerpo hasta sus caderas, atrayéndola hacia sí, necesitando sentirla muy junto a ella...

Carolina no estaba pensando en nada más que en la mujer que tenía en frente y en el incontenible deseo de entregarse por completo a lo que estaba sintiendo. Poco a poco, sin prisa, entre besos suaves, lentos, tiernos y húmedos la fue despojando de cada una de las prendas a la vez que la otra hacía lo mismo con ella. La envolvió en un abrazo fuerte y muy confortante; al igual que Juliana, ella también estaba sintiendo esa misteriosa necesidad de sentirla muy cerca de sí. Se separó un poco, apoyando su frente en la de la otra, y respiró profundo mientras la tomó de una mano y luego la haló dócilmente, conduciéndola hasta la cama.

Sus cuerpos desnudos y entrelazados parecían querer fundirse en un solo cuerpo encima de aquel lecho, que sería testigo del inolvidable momento en el cual ambas se entregaron completamente la una a la otra. Las caricias y los besos se hacían cada vez más intensos, más ávidos...

La espalda de Juliana impactó contra el colchón. Cerró los ojos y gimió, sintiendo aquellos labios húmedos y calientes en su cuello, muy cerca de su oído, y luego los sintió de nuevo en su boca y resbalar por su barbilla hasta detenerse en su pecho. Cada caricia, cada beso en su piel le provocaba sensaciones nuevas que despertaba los lugares más recónditos de su ser. Tembló cuando sintió el roce cálido y húmedo de la lengua de Carol dibujar círculos alrededor de sus pezones y, poco a poco, fue bajando por su vientre hasta su ombligo mientras buscaba acomodo entre sus piernas.

Carolina posó besos suaves en la pelvis de aquella mujer, besos calientes... sus labios resbalaban entre aquellos otros saboreando la dulzura de aquel sexo sin prisa, sin apuro... lamiendo suavemente, sintiéndola estremecerse de placer, deseando prolongar hasta el infinito aquel delicioso momento...

Juliana haló a Carolina y la llevó encima de sí hasta tener acceso a sus labios. La besó y la envolvió entre sus brazos con urgencia y se quedaron allí por unos instantes, tranquilas, mientras sus corazones latían al unísono y buscaban el modo de controlar sus respiraciones... Deslizó luego sus manos por la espalda de la agente, haciéndole erizar cada vello de su cuerpo... posó un beso en su hombro y luego otro en su cuello...

Se miraron a los ojos y sus labios se atraieron una vez más como imanes. Rodaron por la cama y, sin saber cómo, Carolina quedó de espaldas a la heredera, quien se humedeció los labios mientras deslizaba la punta de los dedos por la superficie de su piel, recorriendo cada centímetro que

tuviera a su alcance mientras posaba pequeños besos en su cuello, haciéndola vibrar... Fue Calorina quien le tomó la mano y la llevó hasta su propia pelvis y amabas gimieron al unísono; Carolina al sentir aquel deseado contacto y Juliana al sentir su sexo caliente, húmedo y palpitante... Inició a acariciarla suave, lento. Sus dedos resbalaban entre aquellos labios, intensificando cada vez más la caricia hasta sentirla estremecerse y entregarse por completo al trepidante orgasmo que la llevó a gritar de puro placer.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

El timbre tedioso del celular despertó a Juliana, que se había quedado rendida entre los brazos de Carol con la cabeza en su pecho. Abrió los ojos de golpe y al ver que aún la chica dormía se escabulló del lecho, luego de contemplarla un segundo y besarla en el hombro suavemente.

Tomó el celular y entró al cuarto de baño, dejando la puerta entreabierta para verla cuando despertara si lo hacía. —Papá... —dijo Juliana—. Ya lo sé; pero necesitaba salir, estaba enloqueciendo encerrada en casa... Un sitio seguro, no te preocupes...

No se percató cuando Carol despertó, ni que desde la cama podía escuchar toda su conversación.

—Esa fecha me parece estupenda; tres días bastan para organizar la seguridad al máximo y poder reunirnos sin problemas, me urge terminar esta situación... Ok, no te preocupes, dentro de poco estaré en casa y desde ahí me comunico con todos para confirmarles el día... También te quiero, cuídate; nos vemos pronto.

Cuando cortó la llamada y se giró, vio a Carolina revolviéndose en la cama mientras estiraba los brazos. La contempló por un momento y se quedó inmóvil. Se sentía... no sabía exactamente como describirlo si hubiera tenido que hacerlo; solo podría haber dicho que jamás se había sentido igual.

—Buenos días —dijo, acercándose a la cama mientras de camino recogía del suelo sus ropas—. ¿Has... dormido bien? —preguntó y se inclinó para besarle la frente.

—Mj... —asintió Carolina, sonriendo un poco atontada ante aquella nueva personalidad de Juliana que no conocía—. Buenos días para ti también.

—Tengo... tengo que irme ya... —dijo la “patrona” mientras iniciaba a meterse en la ropa—. Pero es temprano aún, así que podrás continuar con el sueño —sonrió, sin esa frialdad con que lo hacía siempre ni usaba el tono de voz que todos conocían; a Carol más bien le recordaba el mismo tono

que usó en la madrugada cuando metida en su cama se olvidaban del resto del mundo.

—Sí, es... temprano, aún quedan un par de horas para que comience el ajetreo aquí —contestó la chica y sonrió. Sin saber exactamente el por qué, estaba nerviosa... un poco apenada.

Juliana terminó de vestirse y caminó hasta el baño, se echó un poco de agua en el rostro y se acomodó un poco el cabello usando una liga que encontró entre las cosas de la chica. Carol solo la observaba... se veía tan distinta... y tan hermosa...

Cuando Juliana terminó de verse al espejo volteó a mirarla, sus labios dibujaron una casi imperceptible sonrisa y se dirigió al lecho, sentándose en el borde mientras le acariciaba el cabello a la chica aún desnuda bajo las sábanas.

—Espero que tengas un buen día... yo... regresaré, en cuanto pueda. Hay un asunto que me tendrá muy liada un par de días; pero... pensaré siempre en ti —dijo y la miró con aquel brillo inusual en los ojos mientras le tomaba una mano para besarla.

—¿Problemas? —preguntó Carol.

—No, nada que no pueda resolver; y nada por lo que debas preocuparte... Ya me voy —Juliana se agachó un poco y la besó en los labios, tan agradable, tan intenso a pesar de lo breve, que el corazón de ambas se disparó—. Hum... —se aclaró la voz luego y se puso de pie, colgándose su bolsa al hombro—. Cuídate y no te metas en líos con Felina... ya veremos luego cómo hacer con ella para que no te moleste.

¿Cómo hacer para que no la moleste?... ¿Acaso Juliana se estaba *responsabilizando* de algún modo por ella? ¿Acaso no era solo *sexo* lo que las unía de vez en cuando? Mil cosas pasaban por la cabeza de Carolina. Sentía que estaba llevando un juego doble que no era justo para nadie, que no debió siquiera comenzar; pero no había cómo dar marcha atrás, y menos se sentía capaz de hacerlo ahora que viera aquella Juliana diferente con ella a la que todos conocían... Se sintió muy mal; sin embargo, le sonrió cuando la vio dirigirle la mirada por última vez antes de marcharse y una punzada de preocupación se alojó en su pecho.

—¡Juliana! —exclamó antes de que abriera la puerta—. Cuídate mucho —dijo y le sonrió.

—Mj —asintió la heredera Conde con una sonrisa y finalmente abandonó la habitación, dejándola con esa sensación extraña de angustia que le arrancó dos lágrimas mientras cerraba fuerte los ojos.

¿Qué diablos tenía en esa cabeza? ¿Por qué rayos no lograba concentrarse en lo que la había llevado hasta ahí? Nunca le pasó por la mente que se enredaría de esa manera, si lo hubiera sabido se habría mantenido bien lejos de aquella mujer, y no comprendía aún qué era lo que tenía que le hacía perder la razón, haciéndole olvidar quien era y por qué estaba ahí. Se enjugó las lágrimas que la hacían ver vulnerable y hasta se sentía perdida. Respiró profundo y se acurrucó bajo las sábanas, cerrando los ojos y repitiéndose que lo más importante era la misión, lo más importante era salvar todas esas mujeres que sufrían por causa de esos animales...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Esa misma noche, Carolina volvió a encontrarse con un agente. Poco antes del encuentro había platicado con Lucy, quien le confirmó que dentro de tres días se tendría una importante reunión en el lugar, se lo había dicho Jonas entre las sábanas, no muy diferente del modo en el cual ella había obtenido también esa información, y eso la hacía sentir bastante mal y sabía cuál era la causa, solo que no quería admitirlo y mucho menos aceptarlo.

La teniente entró en el cuarto privado seguida por el agente que se fingía ebrio y extremadamente excitado de aquella mujer.

—El encuentro se tendrá el viernes en la noche —dijo ella luego de cerciorarse que el lugar fuera seguro.

—Bien —el tipo la vio sentarse y bajar la cabeza, cubriéndose el rostro con ambas manos y apoyando los codos en las rodillas—. Ya todo está por terminar, Karolyn...

Ella levantó la cabeza, lo miró y le sonrió. —Eran meses que no escuchaba mi verdadero nombre...

—Carolina es un nombre muy bonito y se parece mucho al tuyo... además que era el nombre de tu abuela materna...

La teniente sonrió de nuevo; pero luego volvió a bajar la cabeza.

Él se sentó a su lado y le tomó una mano. —Karolyn, dentro de poco saldrás de este infierno.

—Mj —asintió ella y luego lo miró, cambiando expresión—. Estoy muy contenta de verte, Adrian.

—Pensé que desearías ver un rostro conocido... y, además —él sonrió—, quería decirte que dentro de unos meses serás... tía.

Ella lo abrazó de repente ya que él era su mejor amigo, casi como un hermano. —¡Eso me pone muy feliz! —luego dejó de abrazarlo y volvió a bajar la cabeza.

—¿Qué sucede, Karolyn? Te conozco muy bien y sé por cierto que algo te atormenta y no es la misión...

Una lágrima estaba por abandonar los ojos de la chica; pero ella se apresuró a enjugarla. —No es nada... quiero solo que todo esto termine de una maldita vez.

El chico se puso de pie. —Pues eso sucederá dentro de poco, y regresarás a retomar la rutina aburrida y solitaria de tu vida.

Ella se rio y se levantó también. —Lo espero ansiosa... y mi vida no es para nada aburrida —lo volvió a abrazar.

—Nos vemos pronto, teniente Scott —sonrió mientras ella seguía abrazándolo—. Mañana enviarán otro agente con las instrucciones y con *algo* para ti.

—No —la chica sacudió negativamente la cabeza—, no puedo entrar nada en este lugar, nos revisan antes de retirarnos a las habitaciones... sería un suicidio —luego suspiró y lo vio a los ojos—. Tal vez... tal vez puedo hallar el modo... Di al agente que deje el *paquete* escondido en algún lugar fuera... fuera de la cerca... Ya veré como rayos hacer... —su mirada viajó al suelo algo sombría.

—Resiste un poco más, ya casi lo logramos y será gracias a ti... Te ganarás una medalla por esto.

Ella sonrió. —Ahora ve y salúdame a Sara —lo besó en la mejilla y luego lo vio abandonar el cuarto.

Capítulo 16

Juliana había pasado todo el día y gran parte de la noche encerrada en el despacho arreglándolo todo para el día siguiente, donde se reuniría con los *capos*. Sería ella quien llevaría a la grande mesa el *prestigioso* apellido Conde ya que el viejo no se hallaba en condiciones de abandonar la cama; en las últimas horas su salud se había agravado por la imprevista infección de la herida. Así que le tocaba a ella tomar las riendas de la situación y estaba preparada para eso; Juliana Conde había pasado toda su vida preparándose para convertirse un día en la cabeza de esa familia...

Casi a la una de la madrugada abandonó finalmente el despacho y, antes de ir a su alcoba, fue a ver su padre. Entró muy atenta y silenciosa para no despertarlo. Se le acercó y le dio un beso en la frente. Amaba a su padre y daría la vida por él sin pensarlo dos veces. Él la había criado prácticamente solo y nunca le hizo faltar nada, sobre todo nunca le hizo faltar el amor paterno...

—Ey, tesoro... ¿qué hora es? —el viejo abrió los ojos cuando ella estaba por abandonar la habitación.

—Papá... es muy tarde —respondió ella en voz baja, regresando de nuevo adonde su padre—. Pasé solo a saludarte... ya me voy a la cama.

—Te ves cansada... la reunión de mañana te tiene bajo mucha presión —dijo él, apretándole una mano—. Quizás... no deberías ir, cielo, es una oportunidad perfecta para que la policía haga una redada; si se filtra la información de que estarán todos reunidos mañana...

—Shsh... No se filtrará nada, todo está organizado perfectamente, incluso el “*plan B*” para los imprevistos... No sucederá nada; solo descansa.

—Oh, no vayas tesoro —suplicó Lucio, interrumpido por una tos fea, llevaba algunos días en la cama y eso no le hacía bien a sus pulmones.

Juliana le tomó una mano entre las suyas y la besó. —Ya quiero cerrar ese asunto, por tu seguridad; por la de todos. Las horas de Yasikov están contadas, y eso no lo postergaremos más, confía en mí y descansa. Mañana a esta hora te daré buenas noticias —dijo, tratando de tranquilizarlo y forzó

una sonrisa mientras volvía a besarle la mano—. Ahora me iré a dormir un rato, en cuanto amanezca debo ultimar todo para esa reunión —y sin decir más, abandonó la habitación bajo la mirada preocupada de su padre que la siguió hasta que atravesó la puerta.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

La hora tan esperada llegó. Varios autos estacionados en el enorme patio trasero de la Villa quedaban ocultos a la vista de la calle. Felina estaba encargada de recibir cada uno de los cuatro poderosos invitados y conducirlos al privado principal, condicionado meticulosamente para este tipo de eventos.

Juliana fue la última en llegar, en el auto de su padre. En cuanto entró a la casa caminó de prisa por el corredor que llevaba al enorme salón, ya estaba abierto para el público esa noche; lo cual era fachada para no llamar la atención mientras sucedía el importante encuentro. Sus ojos barrieron el sitio de inmediato, buscaba algo; *alguien*, a quien no halló y se deslizó con pasos apresurados hasta su habitación... Tocó la puerta y de inmediato Carolina abrió, llevándose gran sorpresa.

—H-hola —saludó parada en la puerta entreabierta cerrándole el paso.

—Hola —respondió Juliana, viendo hacia ambos lados del pasillo y se apoderó de sus labios por un instante, un instante bastante intenso, por cierto—. ¿Te sucede algo? Te he buscado en el salón y no estabas. ¿Te sientes mal esta noche?

—No... no, es que... se me quebró un tacón justo antes de iniciar el primer baile así que... vine a cambiarme —dijo, mostrándole los pies desnudos.

Juliana sonrió y la besó otra vez. —Oh, debes tener cuidado —luego le tomó una mano y la sujetó fuerte—. Esta noche tengo algo muy importante que hacer; pero en cuanto termine vengo por ti... Te tengo una sorpresa.

—Una... ¿sorpresa? —preguntó Carol, sintiendo como se le estrujaba el corazón al ver aquellos ojos ilusionados sobre ella.

—Mj... una sorpresa... fuera de aquí. Te gustará —respondió la mujer a la que estaba a punto de apresar junto a su padre y le besó la mejilla—. Ahora me voy, se me hace tarde. Nos veremos... más tarde.

—O-ok.

En cuanto Juliana se alejó, Karolyn cerró la puerta y se llevó ambas manos a la cabeza. En su interior se debatía una lucha intensa que estaba mellándole hasta el alma. Estaba ahí por una razón y había llegado el día de cumplir definitivamente su misión. Tomó la bolsa oscura que escondía bajo su cama y que había obtenido gracia a la ayuda de Lucy y de su amante. Le había prometido a Lucy que, una vez terminada esa historia, pondría una buena palabra para Jonas, les diría a sus superiores que él la había ayudado... No sería una mentira, ya que en verdad el chico se había arriesgado en más de una ocasión para ayudarla.

Abrió la bolsa y sacó unas ropas que comenzó a cambiarse por las que traía de inmediato, se colocó unas botas y tomó el arma que también venía en la bolsa, caminó hasta el espejo y por último se metió en el chaleco con enormes letras grises atravesándole el pecho... “POLICÍA”.

**CON EL ENEMIGO
ADENTRO**

Cuando Juliana llegó a la sala de reuniones, dos puestos a la mesa estaban vacíos; el suyo y el de su padre. Caminó hasta el del centro y todos se miraron contrariados.

—Caballeros, como saben... mi padre está delicado de salud y por obvias razones decidimos que no asistiría esta noche; sin embargo, he quedado a cargo de esta importante junta y ya todos nos conocemos. Espero no haya problemas.

**CON EL ENEMIGO
ADENTRO**

En lo que acontecía la importante junta en aquel local privado y aislado del ruido del salón, las chicas entretenían a los clientes con bebida, música y coqueteo; y una figura sigilosa se deslizaba como una sombra por el corredor que llevaba al patio del fondo. Al llegar a la cocina, Carolina se asomó por una de las ventanas con cuidado y arma en mano, contando unos diez hombres dispersos en el patio y sin poder asegurar que se hallaran otros en los autos. Era la hora de la señal, no podía perder un minuto más.

Presionó el botón del intercomunicador en su oído. —Empieza la fiesta, chicos —dijo y tomó la pistola con silenciador que llevaba, disparando contra la farola del alumbrado en la entrada, causando alarma entre los guardias del patio segundos antes de que un camión de operaciones especiales de la policía irrumpiera a la fuerza, tirando al suelo la enorme puerta de hierro.

Una balacera incontenible inició entre ambas fuerzas hasta que finalmente los agentes lograron irrumpir dentro de la residencia, eliminando a su paso todo el guarura que se interponía. Los clientes salían por donde podían y los gritos y el revuelo de las chicas hacían todo un caos.

—¡Al suelo, todas las chicas al suelo! —gritaba Carolina mientras avanzaba hacia el salón con el arma presta y los cinco sentidos aguzados.

—¡Scott! —gritó entre el bullicio otro agente que se acercó corriendo hasta ella.

—¡Mi capitán! —contestó Karolyn mientras disparaba contra un par de guardias que aparecieron por uno de los pasillos.

—¡Este es su operativo, teniente, vaya por los Conde!

Ella lo miró y frunció el ceño, asintiendo y tragando en seco. —¡Sí, mi capitán!

—¡Atenta, Scott!

Capítulo 17

Karolyn sabía bien en dónde se efectuaría la reunión tan importante, lo había averiguado con ayuda de Lucy, así que tomó el corredor que la guiaba hasta la puerta reforzada como la del despacho de Felina. Al llegar disparó a la cerradura, haciéndola saltar y pateó la puerta, irrumpiendo en el sitio.

—¡Entréguense, policía estatal! —gritó, alcanzando ver a Felina.

La tipa comenzaba a bajar por unas escaleras que debían conducir a algún túnel secreto del cual la agente no tenía previo conocimiento.

—¡Detente! —gritó la teniente y se abalanzó tras una columna para esquivar el disparo de la encargada del lugar; el cual respondió de inmediato, acertando en el cráneo de la implacable meretriz—. ¡Maldición! —rugió, caminando pistola apuntada al frente hacia la entrada de la escalinata subterránea.

Volvió a presionar el intercomunicador en su oído; pero no alcanzó a hablar, un disparo al aire tras de sí la hizo voltear presta a disparar a quien fuera, quedándose momentáneamente paralizada. De pie frente a ella, con los ojos vidriosos y aquella mirada helada e imperturbable con que la conoció; estaba Juliana Conde, apuntándole de igual a igual.

—Agente... —pronunció Juliana y sus labios dibujaron una sonrisa que pareció más una mueca.

—¡Juliana Conde... entrégate y le respetamos la vida! —exclamó la teniente, dominando sus nervios.

—¿Y si no? ¿Me va a disparar? —comenzó a decir la heredera mientras se movía lentamente alrededor de la mesa en el centro sin dejar de apuntarle.

Los ojos de Karolyn no abandonaban aquellos que tenían aquel magnetismo sobre ella desde la primera vez que los vio. —No me obligue... —dijo con un hilillo de voz y las manos le temblaban.

—Pues no le quedará de otra... *agente* —contestó la patrona Conde y disparó nuevamente una bala que pasó silbando junto a su oído.

En ese momento el intercomunicador de Scott sonó y se escuchó la voz del capitán:

«¡Teniente, teniente! ¡Confirme su situación! ¡Repito, confirme su situación! ¡Dos refuerzos van hacia el privado!»

Karolyn movió su pistola y, sin pensarlo dos veces, se disparó en un brazo, rozándolo apenas mientras caminaba bordeando la mesa hasta Juliana Conde que la miraba algo incrédula. La empujó con trabajo mientras se presionaba el brazo que ella misma se había herido.

—¡De prisa, sal de aquí! —ordenó la teniente en voz moderada, señalando con la cabeza hacia las escaleras en el suelo—. ¡Rápido, corre y no te detengas, trataré de que ganes un poco de tiempo!

La otra chica la miró una vez más, la vio sangrando y algo en su mirada se suavizó... ¿Por qué lo estaba haciendo? ¿Por qué la estaba ayudando? Pero no tenía tiempo para martirizarse buscando respuestas a sus preguntas, así que obedeció tras escuchar la cercanía de los demás agentes que venían por ella...

Y cuando los agentes llegaron al sitio, hallaron solamente a la teniente Karolyn Scott sangrando en una esquina.

—¿¡Teniente?! —gritó uno, corriendo hacia ella para socorrerla.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —ella tomó un profundo respiro y se levantó—. ¡Vallan por ella, maldición! —ordenó con la voz firme mientras sus ojos rezaban en silencio, pidiendo que Juliana Conde lograra escapar.



La heredera Conde detuvo su loca carrera en un callejón cuando escuchó las llantas de un auto chirriar a sus espaldas y detenerse luego a pocos pasos de ella. La puerta trasera se abrió y ella abordó de inmediato el vehículo que velozmente retomó la marcha, desapareciendo del lugar.

—¿Adónde diablos vas? —preguntó ella cuando lo vio tomar una vía que no conducía a la residencia Conde.

El que estaba a su lado en el asiento posterior la miró. —Al aeropuerto... El *jet* está listo para sacarla a usted y al patrón del país hasta que las aguas se calmen. Esas son las órdenes.

—Mierda —murmuró ella, cubriéndose el rostro entre las manos y ahogando el grito de rabia que amenazaba con emerger de su interior.

Sentía muchas ganas de gritar. No podía creer que todo el trabajo y esfuerzo de una vida se habían destruido en una noche. No dejaba de darse la culpa... era culpa de su ineptitud y de su poca inteligencia para escoger a las personas. Se había dejado distraer y engatusar por unos lindos ojos. ¿Cómo pudo ser tan estúpida? Y pensar que una parte de ella lo intuía. La vez que sorprendió aquella chica en el área reservada del despacho se le había encendido una alarma en su cabeza, advirtiéndola de que algo no andaba bien con ella; pero no le hizo caso y se dejó llevar por... ni sabía exactamente por qué.

—¡Maldición! —el tipo a su lado volteó la mirada, viendo por el cristal de atrás las luces intermitentes y escuchando el chillido de las sirenas de un par de patrullas a sus espaldas.

El chofer presionó con fuerza el acelerador, volteando a la derecha y tomando una vía más traficada con la esperanza de despistarlos; pero lo único que hizo fue llamar la atención de otro auto de la policía que inició la persecución.

Juliana miró al sujeto a su lado. —Llama al piloto y dile que... que parta de inmediato.

El tipo sacudió la cabeza mientras tomaba su fusil. —No, patrona, ya estamos cerca, lo lograremos...

—¡Haz lo que te ordeno, carajo! ¡Llama y diles que despeguen; pero ya! ¡No llevaré a estos pendejos adonde mi padre! ¡Ahora! —rugió la patrona, empuñando su arma y abriendo la ventanilla.

Juliana comenzó a disparar como loca contra uno de los autos que la seguían y su mirada viajó por unos segundos al cielo, viendo un helicóptero que se unía a la persecución...



Ya habían transcurrido unas cuatro horas desde la irrupción en la Villa donde se hallaban prisioneras y esclavizadas más de cuarenta mujeres. La teniente Scott caminaba por el salón en el cual trabajó por tantos días como *bailarina*. Su mirada se perdió unos segundos en las chicas que estaban

siendo examinadas por los médicos y luego miró hacia algunos de sus colegas que se llevaban esposados a los que habían logrado capturar, y entre estos se hallaban tres de los más grandes *capos* criminales del país, uno había logrado escapar al igual que los Conde, por lo cual, según su capitán, la misión había sido un total desastre...

—¿Cómo cojones es posible que cinco patrullas y un helicóptero hayan perdido de vista el auto?! ¡Maldita sea! —la voz alterada del capitán que hablaba al teléfono llamó la atención de la chica.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, caminando hacia él.

—Juliana Conde logró escapar...

Fueron esas las únicas palabras que ella escuchó, las palabras que tanto deseaba sentir, palabras que le devolvieron el alma al cuerpo. Contuvo una sonrisa que iniciaba a curvar sus labios, fingiéndose furiosa y frustrada al igual que su capitán.

—¿Ahora qué diablos sucede?! —el capitán respondió a su celular—. ¿Qué?! —una extraña sonrisa se apoderó de sus gruesos labios—. ¿Estás seguro que el avión en cuestión era de los Conde? Llegaré enseguida, quiero verlo con mis propios ojos.

—¿Q-qué sucede? —preguntó Karolyn con un hilillo de voz.

—Un avión explotó hace unos veinte minutos y se sospecha que se trate del *jet* privado de los Conde... Saldré para allá de inmediato. Esta noche parece no tener fin —el capitán se dispuso a abandonar el lugar.

Ella lo siguió de inmediato. —Vengo con usted...

—No —él se volvió a mirarla—. Tú ve a medicarte esa herida y luego a descansar, teniente.

—Estoy bien, capitán.

—¡Es una orden, teniente! —la miró directamente a los ojos y suavizó su expresión—. Necesitas un buen descanso, Karolyn. Estoy muy orgullo de ti. Haz hecho un excelente trabajo, teniente...

—Papá —ella le sostuvo la mirada—, estoy bien...

—Ve a casa y llama a tu madre. Son meses que no duerme y obviamente me da la culpa a mí por no haberte hecho desistir de esta misión... dice que soy un monstruo por haber mandado a mi propia hija...

—Es mi trabajo y fui yo quien insistió por esta misión —ella le sonrió y lo abrazó fuerte.

—Ve a medicarte esa herida, teniente —él se zafó del abrazo, le besó la frente y luego se marchó.

Karolyn lo vio marcharse y fue entonces que una lágrima se desprendió de sus ojos, una lágrima que se apresuró en enjugar cuando escuchó tras de sí una voz familiar.

—¿Carol?!

Se volvió de inmediato. —Lorena, ¿cómo estás?

—Feliz de que todo esto haya finalmente terminado, y es gracias a ti —la chica le sonrió y la abrazó fuerte—. Quien diría que eras una agente infiltrada.

La teniente también sonrió. —Mi verdadero nombre es Karolyn Scott... teniente Karolyn Scott.

—Wow —Lucy se les unió, sonriendo—. ¿Teniente? —le sonrió con los ojos aguados—. Gracias... gracias por habernos salvado —y también la abrazó.

Capítulo 18

Casi a las cinco de la madrugada la heredera Conde arribó a uno de sus apartamentos en la ciudad, del cual nadie conocía la existencia. Estalló en lágrimas apenas cerró la puerta tras de sí. El avión donde intentaba escapar su padre había explotado poco antes de emprender el vuelo. Ahora se encontraba prácticamente sola con toda la policía de la ciudad tras sus rastros y los malditos rusos que no perdían oportunidad para atacar, sabía que había sido Yasikov a poner la maldita bomba en el *jet*.

Su mirada recorrió la habitación, posándose en la mesa que se hallaba en el centro escrupulosamente arreglada para una ocasión especial con un mantel rojo, dos platos con el borde dorado a los lados de esta, un hermoso búcaro de cristal con una rosa roja en el centro y un par de velas intactas. Caminó hasta esta y tomó el pequeño cofrecillo negro puesto encima de uno de los dos platos, lo abrió observando el hermoso collar que se hallaba en su interior. Presa de la rabia lo lanzó contra el suelo y luego tiró el mantel destruyéndolo todo... Después se dejó caer de rodillas encima de los destrozos y lloró de rabia, apretando en sus puños el mantel mientras dejó salir un grito, intentando liberar un poco del dolor que estaba sintiendo.



Ya en la calma del hogar paterno, la teniente Scott había logrado tranquilizar a su madre e ir a la que seguía siendo su habitación; aunque ya no viviera ahí. Le dio la excusa de que necesitaba descansar un poco; pero la verdad era que le urgía estar a solas. Habían sucedido demasiadas cosas y necesitaba estar consigo misma.

Se acostó mirando al techo y un par de lágrimas abandonaron sus ojos, aquellos mismos ojos que reconocieron la frialdad en Juliana la última vez que se vieron, tal vez presa de la sorpresa o de la decepción. Jamás olvidaría aquella mirada ni la que vio frente a ella minutos antes del operativo cuando Juliana tocó a su puerta, llena de ilusión y un brillo inusual que podría llamarse... *felicidad*. Se sintió una porquería. Se cubrió

el rostro con el brazo y lloró... lloró hasta que sus párpados se hicieron cada vez más pesados y el sueño la venció...

Despertó cerca del mediodía, reconociendo la voz de su padre en la conversación que se sostenía en la cocina. Se levantó de inmediato y se personó en donde sus padres discutían algo sentados en la mesa.

—Papá... —dijo parada en el umbral y abalanzándose luego hacia él—. ¿Qué sucedió finalmente? ¿Identificaron el avión?... Los tripulantes...

—Murieron todos... El viejo Conde iba en él, eso lo confirmó el operador de vuelos cuando lo entrevistamos; dijo que le consta que el Conde subió y que iba maltrecho con un hombro cubierto, era él. No quedó nadie. La cabeza del imperio Conde está muerta, así que terminó su imperio... Sé que no es como esperábamos que sucediera; pero es algo positivo para esta misión. Así que usted, teniente; recibirá una medalla y un posible ascenso, ya se está discutiendo en el alto mando —dijo orgulloso su padre y se puso de pie para abrazarla—. Felicidades, teniente Scott —le besó la mejilla y le habló al oído—. Estoy muy orgulloso de ti, hija.

Pero aquellas noticias estaban muy lejos de hacerla feliz, todo lo contrario. Karolyn tuvo que hacer un gran esfuerzo porque no se notara su afección.

—¿Cuántos... cuántos cuerpos estaban a bordo? —preguntó con un hilillo de voz, liberándose del abrazo y dominando el nudo en su garganta.

—Seis... Suponemos que el piloto y el copiloto, un par de guardias y el viejo con su hija.

—¡Dios! —exclamó la chica, dándole la espalda mientras se mordió los labios, conteniendo las lágrimas.

—Ya todo terminó, cielo —dijo el capitán, frotándole un hombro—. En cuanto logren identificar los cuerpos pasarán los datos a la prensa, ya puedes descansar. Has hecho un trabajo heroico, te has arriesgado demasiado. Estoy orgulloso... muy orgulloso —continuaba repitiendo.

Sin embargo, en su interior la teniente sentía cómo algo en ella se rompía lenta y dolorosamente mientras más pensaba en que Juliana estaba muerta. Callar aquel dolor, fingiendo ser una agente abnegada y satisfecha de su trabajo cuando en realidad era una mujer llena de culpas, la estaba matando.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Juliana Conde despertó de sobresalto, escapando de la pesadilla que se había apoderado de sus sueños; pero al abrir los ojos y constatar el sitio en el que se hallaba y lo sucedido la noche anterior, se dio cuenta que la maldita pesadilla continuaba también en el mundo real. Se frotó los ojos rojos por el llanto y se levantó, dirigiéndose luego hacia el cuarto de baño. Se quedó viendo su propio reflejo cansado y maltrecho por unos instantes y pensó que esa no era ella, que ella no se dejaba vencer así tan fácil. Ella no era para nada una mujer débil, era fuerte... así que ya era el momento de dejar la lloradera y las lamentaciones, ella era una Conde y como tal tenía que tomar el control de la situación y terminar de una vez con esa historia; los rusos pagarían por la muerte de su padre, y se las haría pagar con la misma moneda.

Salió del baño con aquella mirada fría que la caracterizaba, fue hasta la cocina y prendió la televisión mientras se preparaba el desayuno. Una noticia en particular llamó su atención, se hablaba de lo sucedido en la Villa:

«Un operativo irrumpió en un burdel clandestino esta noche, salvando más de cuarenta mujeres entre los diecisiete y treinta años de edad, las cuales habían sido secuestradas y vendidas como esclavas... Las chicas afirman que sufrieron serios maltratos y que las obligaban a prostituirse. Gracias a la valentía de uno de nuestros agentes de policía que se infiltró en la Villa, fingiendo ser una víctima más del abuso...»

Juliana apagó de inmediato la televisión, sacudiendo negativamente la cabeza. No quería escuchar nada más. —¡Mentiras! —gritó furiosa, con la mirada perdida en algún lugar de la habitación.

No creía a una sola palabra de lo que decían en las noticias, eran puras mentiras. Su padre nunca trafficaría personas y mucho menos para venderlas como objetos sexuales. Era toda una falsedad para enfangar aún más el nombre de su padre. Ella misma había hecho los contratos de trabajo de cada una de aquellas chicas y de seguro ninguna de ellas era menor de edad, y se hallaban ahí por voluntad propia... No era como decían en las noticias... Su padre nunca le escondería algo así, su padre no era un

monstruo como lo describían en aquellos noticiarios... No podía ser verdad. Se rehusaba a creer que su padre fuera capaz de hacer algo así...

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Casi a las cuatro de la tarde Karolyn se presentó en la morgue donde sabía que se hallaban los restos de los tripulantes del avión privado de los Conde. Respiró profundo antes de atravesar aquel umbral...

—¿Teniente Scott?! —la mujer que trabajaba en el caso pareció sorprendida de verla—. Tu pa... el capitán había dicho que tomarías unos días de vacaciones.

—Mj... es él quien quiere que me tome unos días —la chica esbozó una sonrisa cansada mientras sus ojos vagaban por el lugar—. Quería solo saber si ya tienes los resultados.

—Oh... Karolyn, los resultados están; pero...

—Pero aún no tienes el permiso de divulgarlos —dijo la teniente, rodando los ojos mientras se arreglaba el cabestrillo en su brazo herido—. Ya lo sé; tranquila... no le diré a nadie, es solo que... quiero de verdad seguir bien de cerca este caso para ponerle definitivamente punto final, ha sido la más importante misión de mi carrera, por favor.

—Ok, me has convencido, mujer; conste que lo hago por nuestra amistad, y porque confío en tu discreción. Sígueme, te dejaré ver el informe, está en mi escritorio.

Karolyn la siguió hasta su despacho y cuando la forense le entregó los documentos se excusó:

—Ahora disculpa que te deje sola; pero tengo trabajo, ponte cómoda si lo deseas, regresaré en unos minutos.

—Oh, claro, descuida. Ve —respondió la teniente mientras sonreía, ansiosa por echar mano a aquella información.

Colocó el file sobre el escritorio y lo ojeó rápidamente. Aparecía el peritaje de los restos hallados tras el funesto suceso y al llegar a la identificación de la sexta víctima sus ojos se iluminaron y el corazón se disparó dentro de su pecho en una carrera loca. Cerró el file de un golpe y sonrió mientras se cubría la boca con la mano, sofocando sus ganas de

gritar y sintiendo cómo su alma se aliviaba dentro de sí al calor de una esperanza que de inmediato se convirtió en propósito.

«Te voy a encontrar... aunque tenga que mover cada piedra en esta ciudad o fuera de ella; te voy a encontrar, Juliana Conde».

OceanofPDF.com

Capítulo 19

Juliana terminaba de arreglarse frente al espejo y sonrió satisfecha de su nuevo aspecto. Necesitaba salir, y para ello debía pasar desapercibida, sabía que la policía estaría muy pronto tras ella; pero lo que más le preocupaba eran los rusos. Cuando se colocó una gorra y gafas oscuras tomó un arma del cajón de su tocador y la escondió a su espalda, bajo la sudadera, luego caminó hasta la ventana de su quinto piso y recorrió la calle con la vista mientras hacía una llamada desde un celular.

—Soy yo, necesito verte... No, prefiero encontrarte... ¿Conoces el Parque de la libertad?... Perfecto... Media hora. Siéntate a leer el diario y espera por mí.

Seguidamente cortó la llamada y abrió su celular, retiró la SIM y la llevó a su boca, quebrándola y lanzando sus restos por la ventana.

Estaba decidida a reorganizar los hombres que le quedaban e ir por la cabeza de Yasikov. Para ello se había comunicado con Ricardo, uno de los hombres de su difunto padre y con quien sabía que podría contar; aunque no confiara en nadie... El dinero compraba lealtad en el mundo en que se movía y afortunadamente contaba con el suficiente para costear su propósito.

Salió del edificio con una bolsa oscura al hombro y caminó por varias cuadras con la cabeza baja; pero con todos sus sentidos bien aguzados, atenta a todo lo que se movía a su alrededor. Cruzó la calle, adentrándose finalmente en el parque donde había dado cita al tipo, y lo halló sentado en uno de los bancos, fingiendo leer el diario como ella le había dicho. Miró hacia todos lados y se sentó.

—Reúne a todos los hombres que puedas —dijo ella mientras colocó la bolsa entre ambos—. Pronto iremos de cacería.

El tipo abrió un poco la cremallera de la bolsa oscura, viendo en su interior unos cuantos fajos de billetes, haciendo que sus ojos brillaran.

—Quiero ojos encima de nuestra *presa* las veinticuatro horas del día. Quiero que me mantengan informada de cada paso que da ese pendejo, quiero saber absolutamente todos sus movimientos y las personas con quien

se encuentra; cuando cena, cuando duerme... y hasta cuando caga, ¿entendido?

El tipo asintió con una sonrisa. —Sí, patrona.

—Bien. Dentro hay un teléfono, es el que usarás para comunicarte conmigo —y tras estas palabras, Juliana se levantó y se marchó.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Karolyn llegó al departamento de policía, estaba cayendo la noche y sabía que a esa hora no quedaría casi nadie en las oficinas. En la entrada encontró el colega de turno sentado detrás del buró, llenando unos documentos.

—¿Teniente Scott? —él alzó la mirada al sentir su presencia.

—¿Noche tranquila? —preguntó ella con una sonrisa, viendo el poco ajetreo a su alrededor.

—Esperemos —él le devolvió la sonrisa y luego la miró interrogante—. El capitán se marchó hace media hora...

—Sí, lo sé —ella volvió a sonreír—. Vine porque olvidé algunas cosas en la oficina... no sé dónde tengo la cabeza.

El colega se rio viéndola encaminarse hacia el ascensor que llevaba al piso donde se hallaban las oficinas.

Karolyn miró a todos lados, viendo un par de agentes en uno de los burós en el fondo; pero estaban tan concentrados en lo que estaban haciendo que no se dieron cuenta de su presencia, y ella no se hizo notar. Se escurrió dentro la oficina del capitán y la abrió, usando la segunda llave que había tomado prestada en una gaveta del despacho en casa de sus padres. Se sentó en la poltrona y revisó algunos documentos del caso en cuestión y se detuvo en un file donde se hallaban algunas direcciones de las propiedades de los Conde, sea en el país que en el extranjero, casi todas habían sido confiscadas... Se quedó pensativa por un momento y luego sus ojos cayeron en la caja que se hallaba en una esquina y que al parecer nadie la había tocado aún. Se levantó y se arrodilló en el suelo, iniciando a revistar en esta y constatando que eran todos los documentos encontrados en la Villa; contratos falsos, documentos de las finanzas...

—Mierda —se quejó, dándose cuenta que necesitaría un par de días enteros para controlar cada uno de los documentos en esa caja y que seguramente no hallaría nada, ni sabía exactamente qué era lo que estaba buscando.

Puso todo en su lugar y se levantó del suelo, rascándose la cabeza, pensando. Tomó un profundo respiro mientras sus ojos se iluminaron y sus labios esbozaron una media sonrisa. Salió de allí y se marchó de inmediato.

Abordó su auto y manejó por unos veinte minutos hasta el lugar donde habían perdido los rastros del auto oscuro donde la heredera Conde había escapado aquella noche. Descendió del vehículo y miró a su alrededor hasta que sus ojos centraron las videocámaras de un bar enfrente. No le fue difícil obtener la grabación de aquella noche ya que tenía el distintivo de la policía encima... Sabía que, si seguía los pasos de aquel auto, la llevarían muy cerca del escondite de la chica que no salía de sus pensamientos. Y revisaría cada grabación de todas las videocámaras de la ciudad si fuera necesario; pero la tenía que encontrar...



La teniente Scott estuvo días enteros trabajando sobre indicios para dar con Juliana; pero tal parecía que se la hubiera tragado la tierra. Sabía que los rusos también la estarían buscando para rematar ese cabo suelto, además del departamento de policías de la ciudad al cual ella pertenecía, por eso no cabía en su cabeza la idea de darse por vencida... debía ser ella quien llegara a encontrarla antes.

Al cuarto día de búsqueda llegó a un parque y se bajó del auto, estaba frustrada. Temía que no lograra su objetivo o peor aún; que alguien con otras intenciones lo lograra primero. Caminó con las manos a la cintura, mirando a su alrededor hasta que sus ojos se fijaron en el tipo sentado en una banca al otro lado del parque; aquel rostro le resultó familiar, pese a la distancia y las gafas que llevaba el sujeto... algo en él despertó su instinto de policía.

Tomó los pequeños binoculares que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se ocultó un poco antes de enfocarlo...

«Oh... es...», entonces su mente regresó al día en que abandonó junto a las chicas aquel horrendo barco que las transportó hasta el puerto en la

ciudad y un tipo las recogió para llevarlas donde Felina... A duras penas exprimíó su memoria y recordó su nombre; «*Ricardo*».

Tal vez aquello no tenía nada que ver y era una extraña coincidencia hallarlo; pero su instinto le decía que por algo estaba él ahí, así que cuando lo vio observar su reloj sonrió y se ocultó más, al acecho. Un chico con sudadera de gorro y gafas oscuras fue la única persona que vio acercarse, al principio no le pareció extraño; pero al enfocarlos nuevamente con los binoculares y a pesar de que el recién llegado estaba de espaldas, pudo percatarse de que llevaba esmalte de uñas, y no cualquiera; un color que conocía bien... «¡*Mierda! No puede ser... te tengo*».

Aguardó hasta que el tal Ricardo le entregó algo en sus propias manos, algo pequeño que podría ser quizás una USB o algo así. Luego los vio separarse y tomar sentidos opuestos, el tipo hacia una camioneta oscura y el desconocido o *desconocida* se alejó trotando como si se tratara de su rutina diaria. De inmediato la teniente regresó a su auto y lo siguió a una distancia prudente hasta verlo entrar a un edificio bastante común.

Aparcó un poco lejos y corrió hacia la entrada, no lo podía perder. Llegó al ascensor segundos después de que este partiera y se fijó en que se dirigía al quinto piso. Cuando el aparato regresó, presionó la tecla con el número cinco. Su corazón latía rápido en su pecho a cada paso que daba por el corredor cuando salió de aquel ascensor... ¿Cómo adivinar su puerta entre las seis de aquel pasillo?

Al parecer la suerte estaba de su lado... Escuchó una puerta abrirse a sus espaldas y se ocultó, simulando que abría otra, cuando vio de reojo la chica que buscaba llevando la misma sudadera azul que sacaba una bolsa de nylon al pasillo, al parecer con algunos desechos. Era ella, la había encontrado...

Capítulo 20

Juliana abrió el ordenador portátil que tenía sobre la mesa, buscó en sus bolsillos la memoria flash que le entregara Ricardo y cuando se disponía a sentarse un par de toques a su puerta llamaron su atención, poniéndola alerta. Llevó una mano a su espalda y echó garras a la pistola que ahora la acompañaba siempre. Se colocó detrás de la puerta y no percibió sonido alguno, hasta que volvieron a tocar.

Apretó con fuerza el arma y giró lentamente el picaporte. Cuando la puerta se abrió, aferró con fuerza el cuello de la chaqueta de Karolyn y la trajo de un halón brusco, lanzándola contra la pared.

—¿Para quién trabajas?! —exclamó Juliana, dando un paso atrás mientras le apuntaba.

—¡Soy yo! ¡Calma! —gritó de inmediato la teniente, quitándose la gorra que llevaba y alzando las manos—. Vengo sola, lo juro... vine *por ti*.

La expresión en el rostro de Juliana cambió, pese a que continuaba con el ceño fruncido y sin bajar el arma. —No confío en ti —dijo y sonrió sarcásticamente—. No sé qué rayos haces aquí ni cómo me encontraste; pero debo reconocer que estás muy loca.

—Sé que te cuesta confiar; pero debes creerme —dijo Karolyn, llevando una mano lentamente a su espalda.

—¡Quieta! ¡¿Qué haces?! —gritó la heredera Conde y la encañonó más cerca.

—Quiero solo demostrarte que puedes confiar en mí —respondió la teniente, mostrándole su arma y lanzándola luego sobre una poltrona cercana—. No estoy aquí como... policía... estoy aquí porque me *importas*.

Juliana se mantuvo inmóvil y callada por unos instantes, luego explotó en ira. —Digas lo que digas no volveré a fiarme de ti; ¡tú me traicionaste, maldita sea!

—¡Yo estaba haciendo mi trabajo, gracias al cual decenas de mujeres recuperaron sus vidas, lejos de esa esclavitud y esos abusos!

—¡Mentira... mentira! ¡Es mentira todo lo que dices y sale constantemente en la tele! ¡Jamás traficamos personas, jamás permitiría que

trataran así a una mujer! ¡Yo las empleaba, yo les daba sustento!

—¡Tú no eras más que quien se ocupaba de resolver lo más difícil porque siempre te mantuvieron a ciegas! —gritó Karolyn, perdiendo la paciencia y arrebatándole el arma velozmente.

Juliana la miró a los ojos y alzó las manos. —Ok, agente... tú ganaste, me encontraste; aquí me tienes, ya puedes terminar “tu misión”... termina a lo que viniste.

—¡Qué terca que eres, mujer! ¡Que no vine a apresarte! No estoy aquí por ninguna misión ni porque quiera confundirte ni traicionarte...

—Termina ya... estoy vencida, no juegues más conmigo, ya no más mentiras.

—Yo estoy aquí *por ti*; ¡porque yo... me enamoré de ti! —exclamó la teniente, lanzando el arma en la misma poltrona en que antes lanzó la suya y fue por aquella mujer a la que deseaba tanto besar más que nada en el mundo.

Sus labios se encontraron de inmediato y cuando Juliana la estrechó de la cintura, sintió que recuperaba eso que le faltaba desde el día en que dejó de verla.

—Yo *te amo*, Juliana Conde —dijo entre un beso y otro mientras el fuego que las consumía cada vez que estaban cerca comenzaba a crecer, prometiendo arrasarlo con todo lo que las separara.

—Yo te amo a ti —respondió la otra chica, tomándola del cabello para verla a los ojos—. Yo muero de amor por ti —confesó y fue de nuevo por su boca llena de necesidad de sus besos, aquellos besos que ya necesitaba más que al aire para vivir.

La espalda de Karolyn impactó de nuevo contra la pared; pero esta vez no se quejó porque su boca se estaba saciando de los besos de aquella mujer con la cual soñaba cada noche desde la primera vez que sus ojos se encontraron, desde ese día en que Juliana la salvó de ser el objeto de un macabro juego.

—Esto es una locura —murmuró Juliana, sacándole la chaqueta—. Estás corriendo un grave peligro estando aquí conmigo...

—No me importa —respondió la agente, alzando los brazos para que la despojara del pullover ya que iniciaba a sentir mucha calor—. No me importa —repitió, echando la cabeza hacia atrás y jadeando al sentir los

labios húmedos de Juliana acariciar la piel de su cuello—. Lo único que me importa es que te encontré... ¡Yo te quiero a ti y lo demás no me importa! —exclamó, aferrándola de repente por los hombros y girándola velozmente, invirtiendo los roles.

Ahora era Juliana quien se hallaba contra la pared mientras las manos de Karolyn le arrancaban con torpeza y necesidad las ropas de encima, ansiando contacto con su piel... con su piel desnuda. Ninguna de las dos lograba pensar en otra cosa que no fuera aquello que ambas sentían la una por la otra, y que ya le habían dado un nombre; era *amor*. Sus cuerpos se incendiaron de pasión y no deseaban más que poseerse.

Los labios de la teniente fueron posando cálidos besos desde su boca hasta su cuello, luego desde su cuello hasta su pecho. Jugó un poco con los pezones de sus senos, besándolos y sintiéndolos endurecerse por la excitación. Una de sus traviesas manos se deslizó por debajo de sus bragas y la sintió gemir y gimió ella misma al tocar su sexo tremendamente húmedo, *sucio*... Sus dedos resbalaron muy suave entre aquellos labios hinchados hasta hallar la abertura. Hundió un dedo dentro de ella, sintiéndola estremecer mientras le presionaba la pelvis con la palma de la mano. Fue de nuevo por sus labios, moviendo lentamente el dedo en su interior, se los mordió a la vez que extrajo toda su mano y aferró la faja del pantalón deportivo, haciéndoselo deslizar por los mulos y arrodillándose frente a ella.

Juliana abrió un poco las piernas y ahogó un fuerte gemido cuando sintió la lengua de su amante introducirse entre sus pliegues y acariciarle el clítoris; al inicio toques suaves, lentos, delicados... y luego un poco más fuerte ahí donde sabía le encantaba. Su saliva se mezclaba con la humedad de su sexo, expandiéndola por todas partes, acrecentando el placer. Sentía que en cualquier momento el alma se le escaparía del cuerpo. Hundió una mano en su cabello, sintiendo en todo su cuerpo los primeros espasmos del orgasmo que se acercaba cada vez más y que amenazaba con dejarla completamente vacía...

Karolyn sonrió satisfecha cuando la sintió convulsionar y jadear salvajemente, y fue entonces que la otra la tiró del pelo, halándola hacia arriba en busca de sus labios.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Un par de horas después, reposaban satisfechas una en brazos de la otra sobre la cama. Karolyn sonrió cuando sintió los labios en su frente y el agarre de aquel abrazo que la envolvía hacerse más estrecho. Fue en ese momento que dio gracias al cielo por conocer aquella nueva sensación que no había encontrado antes y juró que no la perdería jamás.

—¿En qué piensas? —preguntó Juliana, acariciándole el rostro suavemente con las yemas dedos.

—Puedes estar segura de que todo lo que ocupa mi cabeza está aquí, muy cerquita —respondió la teniente y sonrió, dándole luego un beso fugaz pero intenso en los labios.

—¿Qué sucederá ahora?... Esto es una locura.

—Puede ser; pero he pasado mi vida deseando sentir algo que me haga capaz de cometer locuras —respondió Karolyn y le tomó la barbilla para verla a los ojos—. Yo no voy a perderte, Juliana Conde.

Inicialmente Juliana la miró muy seria y, tras unos segundos de absoluto silencio, la besó y volvió a estrecharla muy fuerte. —Nos separa un mundo entero —dijo y quedó mirando al vacío.

—No me importa, ni tu mundo ni el mío; si al final es el mismo. Mira —la teniente sonrió, tomándole la palma de la mano en la suya, la besó y la llevó junto a su pecho—, estamos ahora en el mismo mundo, la misma cama, bajo los mismos riesgos... ya te lo dije; *yo no voy a perderte*.

—Nos separan muchas cosas, *agente*... yo... soy todo eso que debes combatir... y no es seguro estar a mi lado, créeme —dijo Juliana, sonriendo con los ojos aguados.

—Pues mira que... nunca he sentido lugar más seguro que este —ahora fue Karolyn quien la apretó fuerte—. Y antes que lo digas; sé de tus problemas con Yasikov y de la orden de arresto en tu contra y adivina qué; ni el ejército nacional ruso ni el de este país juntos, van a separarme de ti.

—¿Sabes lo que significa estar conmigo?

—Ser feliz —respondió la agente con una sonrisa sincera.

—Tu trabajo y...

—Y todo, todo eso es nada comparado contigo. Solo... tengo algo que pedirte, y es que... olvida esta guerra absurda y vayámonos lejos de aquí, por favor... juntas.

Juliana la besó de nuevo, la acarició y no pudo contener una lágrima que se escapó de sus ojos. —No puedo huir de Yasikov... porque no estaríamos tranquilas en ninguna parte... no podría vivir en paz con la zozobra de tenerlo respirando en mi nuca, tras mis pasos... ni sabiendo que el asesino de mi padre sigue vivo.

Pese a que una gran parte de Karolyn deseaba tanto gritarle que su padre se lo merecía por todo el mal que había hecho, otra parte, una parte pequeña pero sensata de ella la entendía; malvado o no, era siempre su padre, el hombre que la creció y, escuchando a Juliana hablar de él con tanta tristeza en los ojos, se veía claramente que le había dado bastante amor paterno.

Karolyn la besó en la boca, sintiendo el sabor salado de una lágrima en sus labios. Luego se separó un poco para verla a los ojos. —La venganza no te llevará a la gloria, ni te devolverá a tu padre... por favor...

—No se trata solo de venganza, se trata también de sobrevivencia —respondió Juliana muy seria.

—Ok —la teniente la volvió a besar y luego se puso de pie ante la mirada interrogante de la otra—. Ahora tengo que irme... tengo una importante cena con mi... familia —inició a vestirse—; pero volveré cuando termine la cena y... hablaremos de esto con calma.

Juliana la observó vestirse por unos instantes. —No creo que sea pru...

—Ah, por cierto —la interrumpió la teniente, trepando de nuevo a la cama y besándola—, me llamo Karolyn... Karolyn Scott —le sonrió.

Juliana también sonrió. —*Teniente... teniente* Scott —precisó, haciéndole entender que sabía perfectamente quien era.

—Eso es solo un pequeño detalle —la volvió a besar—. Mmmmm... —luego se saboreó los labios—. Ok... ahora sí me voy; pero volveré esta noche y hablaremos.

—¿Hablaremos? —preguntó Juliana, mordiéndose los labios y luego la haló hacia sí, besándola intensamente.

La agente correspondió al beso y sonrió luego, poniéndose de pie y mirando a todos lados en busca de su blusa; pero recordó que estaba en la

sala. De repente sintió las manos de Juliana rodearle la cintura y besarla en un hombro.

—Necesitas cambiarte la venda —Juliana la volvió a besar en el mismo lugar, viendo un poco más abajo del hombro la venda que cubría la herida un poco ensangrentada—. ¿Te duele?

Karolyn rodó entre sus brazos para verle a los ojos. —Ni siquiera la recordaba —sonrió y la besó—. No quisiera irme...

—Pero debes.

—Mj... pero regresaré lo antes posible, te lo prometo.

Se besaron y se abrazaron tan fuerte como si fuera la última vez, como si no existiera un mañana. Sentían que se pertenecían y que nada ni nadie las podría separar jamás, porque un amor así, un amor que no cree en diferencias, que no se detiene ante los obstáculos, es un amor que triunfa... es un amor para siempre. El de ellas era un amor para la historia.



Karolyn salió del edificio sonriendo. Hasta ella misma se veía tonta; pero nunca en su vida se había sentido así y estaba dispuesta a renunciar a *todo*, hasta a su propia vida por aquella mujer que se le había metido en el alma.

Cruzó la calle y se encaminó hacia donde había aparcado su auto y, mientras caminaba ensimismada, tropezó con un chico que trotaba por la acera.

—Disculpe —se disculpó con una sonrisa y se dispuso a retomar la marcha; mas un mareo repentino la hizo detener de nuevo mientras el desconocido la aferraba por un brazo—. ¿Qué diablos...? —parpadeó varias veces, sintiendo de repente algo en su cuello que dolía. Se llevó una mano hasta ahí, tocando algo muy parecido a un dardo, era bastante pequeño—. ¿Quién...? —de repente sus ojos se cerraron y perdió el equilibrio, cayendo en los brazos del desconocido.

Capítulo 21

Cuando la teniente abrió los ojos se asustó mucho al darse cuenta que se hallaba amarrada en una silla en medio de una habitación poco iluminada y pequeña, sin ventanas y bastante asquerosa. Había un hedor horrible en aquel lugar. No sabía qué diablos le había sucedido.

Dirigió la mirada hacia la única puerta frente a ella cuando escuchó unos pasos y luego se abrió de par en par, dando paso a dos tipos con muy mal aspecto.

—Bien, ya está despierta —dijo uno que llevaba un sobre entre las manos.

—¿Quiénes...? —comenzó a decir ella; mas la llegada de otro hombre la interrumpió—. ¿Yasikov? —murmuró, viéndolo a la cara.

Pero él no le prestó mucha atención, su mirada se clavó en uno de los tipos. —¿Quién es esta? Yo di la orden de traerme a Juliana Conde y —dio un par de zancadas hasta ella, tomándola bruscamente del pelo y levantándole la cabeza de modo tal que sus hombres la vieran a la cara—, esta no es Juliana Conde. ¡¿Quién cojones es esta puta?! —rugió enfurecido.

—Patrón... —uno de los tipos le entregó el sobre y luego le dijo algo en ruso que Karolyn no entendió.

Yasikov soltó la chica y tomó el sobre, abriéndolo y sonriendo al ver las fotos que se hallaban en este, fotos tomadas ese mismo día, fotos en donde se veía cuán importante podría ser esa chica para Juliana Conde.

—Podría ser este el incentivo que necesita para que la *Condesa* se entregue por voluntad propia y le de las informaciones que busca —el matón de Yasikov se acercó a la chica y la tomó de la barbilla—. No creo que la *Condesa* querrá ver esta linda carita maltratada... No las viste en la cama, patrón —se rio con malicia, seguramente recordando lo que vio en aquel apartamento; las dos chicas haciendo el amor—, las dos perras parecían muy; pero muy enamoraditas.

Karolyn escuchaba en silencio y sintió asco al saber que aquel tipo las había observado mientras hacían el amor.

Mijail dirigió la mirada hacia la chica amarrada en aquella silla. —¿Cómo te llamas, cariño?

—Si no detienes este circo ahora... me puedo convertir en tu peor pesadilla —respondió Karolyn, forcejeando en la silla.

Yasikov rio a carcajadas, luego tomó algo que le entregó uno de sus hombres; era la placa de la chica, evidentemente se la habían quitado al secuestrarla. Abrió la pequeña charretera de cuero con la estrella incrustada e hizo una mueca de sorpresa.

—¡Vaya, vaya! Qué sorpresas tenemos por aquí —la miró y sonrió—. “Scott, Karolyn, Teniente del Departamento de Operaciones Especiales de la Policía Nacional”; ¡pero qué estupendo regalo! —exclamó, golpeándose la palma de la mano con la identificación y luego la lanzó a un lado—. Y cuéntame, bizcocho, ¿qué hace una teniente de operaciones especiales con la perra Conde? ¿M?

—¡Púdrete, idiota! —respondió la chica, fulminándolo con la mirada.

—¡No son modales, perra! —gritó uno de los tipos y le dio una fuerte cachetada.

—Teniente.... teniente... teniente... —tarareó Yasikov, caminando a su alrededor y de repente se detuvo, la tomó del cabello, alzándole la cabeza para obligarla a mirarlo a los ojos—. No quieras comenzar tu calvario antes de tiempo, aún no ideo un plan perfecto para usarte... contigo mataré dos pájaros de un tiro: a la perra Conde, la cual vendrá en bandeja de plata hacia mí; y le daré una muestra a tu querido departamento de lo que hacemos con los policías.

—¡Juliana Conde no vendrá por mí! ¡Yo la traicioné, yo me infiltré en su organización y dirigí el operativo en la Villa!

—Menudas hazañas —el tipo volvió a sonreír—. Pero eso ya pasó por lo que veo... Hoy estuvieron revolcándose y dándose mucho cariñito. Ella vendrá.

—Infeliz...

—Infeliz es el destino que te espera en breve, créeme —amenazó Yasikov, arreglándose el traje y luego se dirigió a sus muchachos—. Tómenle una foto con el diario de hoy y llévenmela a mi despacho; pero no le hagan daño... aún. Luego apaguen la luz y déjenla sola, que tenga tiempo

de pensar si valió la pena enredarse con quien la ha puesto en esta situación antes de volver a verla. ¡Dense prisa!

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Cuando el timbre de la puerta de Juliana sonó, esta cerró de golpe el ordenador y caminó hacia la puerta, arma en mano.

—¿Quién? —preguntó y sonrió, esperando escuchar la voz de la mujer que no salía de su cabeza; pero al mirar al suelo y ver un sobre amarillo con un saludo escrito en ruso se le heló la sangre, presintiendo algo terrible por venir.

Tomó el sobre y colocó la mano en el llavín, respiró profundo y abrió de golpe, apuntando al frente; mas el pasillo estaba desierto.

—¡Mierda! —exclamó y entró, cerrando rápidamente mientras retiraba la USB de su ordenador y luego inició a borrar una serie de archivos en la máquina.

Rasgó el sobre en un costado y metió la mano, encontrando una foto con una nota escrita a su reverso:

«Buen gusto, Condesa; si no accedes pronto a lo que te pido habrá que ver qué opinan mis muchachos».

La foto de Karolyn atada en una silla, con el diario actual sobre sus piernas la hizo temblar. El grito que emergió de su garganta a la vez que golpeó la mesa compaginó con sus ojos y la expresión de rabia que adoptó rompiendo la foto.

«¡Voy a acabar contigo y con toda tu maldita mierda, Yasikov! Desearás jamás haber salido de Rusia, asqueroso infeliz...»

Sintió su pulso dispararse cuando sonó su teléfono, era de origen desconocido aquella llamada; sin embargo, ella sabía que eran ellos.

—Maldito perro —dijo casi moliendo cada palabra entre dientes—, ¿qué quieres?

—*Veo que estabas esperando mi llamada rápida* —Mijail sonrió—. *Mejor, así terminamos pronto todo esto. Tu novia querrá ya irse a casa, o tal vez sus colegas se preocupen e inicien a buscar; a nadie le conviene...*

—¡Ya no des más vueltas y ponte los pantalones de una vez! Dime qué quieres, rata, cómo y dónde y terminemos con esto.

Aquella forma de sonreír que tenía Mijail era lo que más desesperaba a Juliana hasta por teléfono. Era como si lo estuviera viendo frente a ella, y el deseo que recorría su piel era retorcerle el cuello hasta que una mueca de dolor tomara el lugar de aquella sonrisa.

—Por más que disimules no puedes negar que tengo cómo joderte, perra... Esta zorrita es tu punto débil; ahora que no está más el viejo Conde. ¿Sabes? Hubiera preferido terminar con él de otra manera, más lenta... poder enviarte fotos... más a mi estilo...

—¡Cállate, imbécil!

—Pero las circunstancias jugaron a su favor y tuvo una muerte rápida... Me pregunto cuál habrá sido su último pensamiento, sus últimos instantes, de seguro fue tan rápido que tal vez no pensó en su cachorra...

—Te juro... ¡te juro que te vas a tragar cada palabra! Vas a desear que termine de una vez contigo... voy a encargarme de que sufras como un perro.

—Ah, querida, no estás en posición de amenazar; mejor vayamos al grano... entrégame la información con que tu padre nos tenía de los cojones, y tráela tú... sola... Estaré en mis oficinas del muelle, ya sabes dónde es.

—¿Y Karolyn, dónde estará? Sin que la sueltes no hay trato.

—La dejaré ir en cuanto aparezcas, te toca confiar... Y tienes exactamente... cuatro horas; o empezaré a enviarte... pedacitos —soltó una carcajada—. “Tic tac, tic tac.”

Cuando la llamada se cortó, Juliana maldijo en ruso y revisó de inmediato un programa en su ordenador conectado a su móvil, sonrió y golpeó la mesa.

—¡Te tengo, maldito perro!

Había logrado rastrear la llamada y reconoció las coordenadas; una construcción a medias en un sitio bastante desolado, ahí estaba Karolyn... lo intuía. Si Yasikov la había citado en uno de los muelles que él usaba para sus sucios negocios era porque solo pretendía conducirla a una trampa, y obviamente no le entregaría a la teniente y las mataría a ambas... Tenía muy poco tiempo y mucho en juego; el amor de su vida. Debía pensar bien y

rápido si quería salir bien librada; pero estaba preparada para tales situaciones, puesto que pasó toda su vida viviendo al límite.

Caminó hacia el armario y tomó una valija mediana que había en el fondo, la acarició y sonrió.

—Las extrañaba, chicas —eran armas.

Luego se cambió de ropa y se sentó frente al ordenador. Tenía un plan y poco tiempo para ponerlo en marcha.

OceanofPDF.com

Capítulo 22

A las once de la noche Yasikov prendió un puro y miró al reloj.

—Atentos, está por aparecer la perra; la quiero viva... es un gusto que siempre he deseado darme, verla rogar ante mí —dijo a sus hombres en una de las viejas oficinas abandonadas en uno de los muelles en donde solía hacer negocios.

—Menuda sorpresa se llevará, patrón.

—Esa perra siempre se las ha dado de lista. Ella y su padre osaron humillarnos en más de una ocasión; así que llegó el día... en cuanto llegue, da la orden de ejecutar su zorrita, y nosotros nos encargamos de ella.

Justo en ese instante, las sirenas de unas patrullas inundaron el sitio formando gran revuelo; la policía los cercaba de repente.

—¡Maldita perra! ¡Jugó sucio como siempre, nos entregó!

—¿Que hacemos, patrón? —preguntó uno de sus hombres en medio de la loca carrera hacia los autos mientras ya se escuchaban algunos disparos.

—¡Comunícame con Oleg! ¡Que le meta una bala entre las cejas a la teniente!



En la construcción abandonada a algunos kilómetros de donde su gente llevaba a cabo un operativo, para atrapar al tan buscado Mijail Yasikov gracias a una llamada anónima vía internet, Karolyn Scott comenzaba a sentir cómo se le adormecían los brazos atados por horas tras su espalda.

—¿Ya habrá comenzado la fiesta en el puerto para atrapar la Condesa? —preguntó Oleg, la mano derecha de los Yasikov.

—De seguro que sí... el intercambio era a las once —respondió otro de los cinco tipos que habían quedado a cargo de Karolyn.

La teniente escuchaba en silencio, preocupada por lo que podría estar sucediendo; pero firme en no darles el gusto de verla sufrir. Estaba entrenada para resistir, y eso estaba dispuesta a hacer.

—Voy a mear, y de paso checaré a los chicos que hacen la guardia fuera. Ojo con esta perra, no olviden quién es —pero en ese momento el teléfono del tal Oleg sonó, deteniéndolo antes de salir—. ¿Sí, patrón? —sus ojos se desorbitaron en dirección a Karolyn y llevó una mano a su arma de inmediato.

No le dio tiempo a contestar nada, una bala hizo blanco en su mano volándole los dedos y haciendo añicos el celular.

—¡Maldición, cúbranse! —gritó otro de los tipos mientras socorría al tal Oleg casi arrastrándolo tras un viejo armario de metal.

—¡La chica, maten a la chica... ha ordenado el patrón! —gritó Oleg; mas cuando otro de sus hombres apuntó hacia el objetivo en la silla al centro del local, una bala se alojó en su cráneo, salpicando sangre a la pared violentamente.

—¡Al techo! ¡Está en las vigas del techo! —gritó Oleg, señalando la silueta posesionada en lo alto con un rifle de gran calibre.

Karolyn cayó al suelo instintivamente, en medio de aquel fuego cruzado a la vez que irrumpían en el local los otros dos hombres que quedaban fuera. Ella no lograba ver absolutamente nada dada la posición incómoda en se hallaba en esos momentos; pero sus labios dibujaron una sonrisa cuando escuchó caer los otros dos tipos que entraron, y luego vio acercarse una silueta que reconocería entre miles. Era Juliana Conde vestida enteramente de negro y armada hasta los dientes, ante la vista de la teniente era una visión celestial.

—Ey... —se agachó, haciéndole ver su rostro a la teniente—. ¿Contenta de verme, chiquita?

La teniente sonrió. —¡Oh, sí! —exclamó y correspondió con ardor al beso que se adueñó instantes después de sus labios—. Ahora corta estas cuerdas y vayámonos de aquí.

Juliana sacó una navaja de su cinturón e inició a cortar las cuerdas que le ataban las manos a la chica cuando un proyectil inesperado silbó muy cerca de su cabeza.

—Mierda —exclamó, terminando de cortar las cuerdas a la vez que entregaba la navaja a la chica y aferraba el rifle, iniciando a disparar contra los tipos que entraron.

Karolyn cortó rápido las cuerdas que le ataban los pies a la silla y corrió tras Juliana que se escondió detrás de un muro. —Estamos cercadas, no lograremos salir jamás de aquí. ¡Maldición! —dijo, tomando la pistola que la otra tenía en el cinturón bien surtido de armas.

La Condesa la miró a los ojos y le robó un beso corto pero intenso mientras los disparos del enemigo impactaban contra el muro que las protegía.

—No seas pesimista, mi amor —le dijo sonriéndole y miró el reloj que llevaba en la muñeca—. Ahora, ¡corre! —la aferró de una mano y la haló fuerte, iniciando una loca carrera al mismo tiempo que pequeñas bombas comenzaron a explotar una tras otra, derrumbando gran parte del techo del lugar y creando bastante confusión y desastre.

—¡Tú estás completamente loca! —gritó la teniente, mirando hacia atrás y viendo el entero establecimiento envuelto en llamas y humo; pero ya ellas estaban fuera y bastante lejos, al seguro. Se volvió hacia Juliana—. ¡Y cuanto te amo, mujer! —se le lanzó al cuello y la besó como si no existiera un mañana.

Pero otros disparos no muy lejanos interrumpieron aquel beso que parecía interminable.

Juliana se colocó un casco y trepó a la moto que había escondido. Lanzó el otro casco a la teniente. —¡Monta! —ordenó, haciendo rugir el motor.

Karolyn obedeció de inmediato sin dejar de disparar contra los tipos que se acercaban corriendo...



Media hora después, la moto donde viajaban las chicas se detuvo ante un garaje que se abrió cuando Juliana presionó un botón del pequeño control remoto que sacó de su bolsillo. La puerta se cerró en cuanto ellas entraron.

—¿Qué lugar es este? —preguntó Karolyn, quitándose el casco y viendo todo a su alrededor.

—Un lugar seguro —respondió Juliana, dejando los cascos encima la moto. La tomó por una mano—. Ven... seguramente estás necesitando un

baño caliente y una cama —le guiñó un ojo y sonrió.

Karolyn sonrió a su vez y la siguió hacia unas escaleras en el fondo del grande garaje que alojaba unos cuantos vehículos costosos. Encima de estas había una puerta que daba a un pequeño apartamento de la misma grandeza del garaje. Era un ambiente único. En una esquina se hallaba la cocina, en el centro un hermoso diván de piel blanco frente a un televisor colgado en la pared, y en el otro extremo se hallaba el lecho. Era bastante acogedor no obstante fuera pequeño.

—Aquí está el baño por si... —empezó a decir Juliana, abriendo una puerta cerca de donde se hallaba la cama; pero se interrumpió cuando vio la chica avanzar hacia ella.

—¿Y tú? —Karolyn le rodeó la cintura con los brazos—. ¿Me acompañarás? ¿M? —le rozó los labios con los suyos—. También necesitas un baño caliente.

—Mj —asintió la heredera Conde, sintiéndola muy cerca de sí y sonriendo al ver con cuanta facilidad aquella chica lograba hacerle olvidar todo lo demás.

La teniente sonrió y la volvió a besar. —Gracias —murmuró.

—Más bien... perdóname tú, ha sido mi culpa que te vieras metida en este rollo —dijo y le tomó el rostro entre las manos para darle un beso muy suave, tomándose unos cuantos segundos para saborear aquellos labios—. Si te hubiera sucedido algo peor yo...

—Shshsh... ya pasó; estoy aquí, contigo —respondió Karolyn, acariciándole la espalda mientras la veía a los ojos.

—Sí; pero... Yasikov no se estará tranquilo, yo... lo entregué a la policía. Me tendió una trampa y yo le puse otra, y entregué lo que tanto desea como pruebas en su contra... Si logra escapar no nos dejará en paz, ya se ha vuelto esto personal y ahora también te perseguirá a ti, no quiero que vuelva a...

—Shsh... no pienses en eso ahora, además no soy una mansa paloma, sé cuidarme; y además... —respondió la teniente, jugando a zafar el cinturón de Juliana—. ¡También cuidaré de ti!

Aquella mujer lograba dominar su corazón que siempre pareció indomable. Con ella no había barrera infalible, con solo mirarla el frío de la

hija del Conde se volvía fuego y un torrente de ternura le inundaba hasta el alma.

—¿Ah sí, teniente?! —preguntó Juliana, sonriendo e inició a sacarle la blusa lentamente.

—Mj... De todo y de todos...

—Ah... mi princesa valiente. Te amo —dijo muy junto a sus labios Juliana e inició a besarla muy suave, mientras sus manos continuaban a desvestirla.

—Yo te amo más... mucho más...

Poco a poco las prendas cayeron y quedaron completamente desnudas. No dejaban de besarse, de acariciarse con aquella necesidad de sentir la una a la otra. En esos momentos ni recordaron que minutos antes se le escaparon a la muerte, solo existían las dos en aquel lugar seguro y el deseo irrefrenable de fundirse en una. Sin desprenderse una de otra entraron a la ducha, en donde el agua de la regadera cayó sobre ellas, mojándoles el cabello en segundos mientras sus lenguas jugaban a acariciarse entre sus labios.

—Yo... ya no me quiero; no puedo... separarme de ti —confesó Juliana junto a su oído, rodando los labios a través de su cuello y tirando de sus caderas hasta sentir el calor de su pelvis junto a la suya.

—Y no lo hagas nunca, mi amor... ni yo jamás te dejaré hacerlo... Mmmmm... —gimió al contacto de aquella lengua alrededor de unos de sus senos, sintiendo una descarga eléctrica desde su pecho hasta su sexo.

Juliana la apesó con su cuerpo contra las frías losas blancas de la pared mientras sus labios continuaban a jugar en sus senos, y sus manos traviesas la aferraban fuerte de las caderas como si temiera que Karolyn se le escapara en algún modo. La necesidad de poseerla de la manera más intensa que existiera se hacía cada vez más incontrolable, sus manos, su boca, su piel... toda ella sentía la urgente necesidad del calor de aquella mujer.

Karolyn sintió las manos de Juliana agarrarla más fuerte y voltearla con cierta brusquedad que la hizo jadear. Apoyó las palmas de las manos contra las losas como si quisiera aferrarse a ellas, y cerró los párpados al recibir las caricias de aquellos labios cálidos y ávidos en la piel de su cuello, haciéndole erizar cada vello del cuerpo. Su respiración se ralentizó cuando

recibió aquellos deliciosos y pequeños besos que fueron recorriéndole los hombros mientras una mano resbalaba despacio por su vientre y la otra acariciaba uno de sus senos.

—Te deseo, teniente —murmuró Juliana muy cerca de su oído, arrancándole un gemido que las hizo temblar a ambas, mientras aquella mano que recorría el vientre de la teniente se deslizó suavemente hacia su pelvis y sus dedos resbalaron entre los pliegues húmedos.

Juliana le mordió el lóbulo de la oreja mientras le acariciaba el clítoris hinchado y lo sentía palpar de ganas bajo la punta de sus dedos. La chica se estremecía presa de sus caricias que se hacían cada vez más intensas, fuertes y rápidas. La escuchó jadear de placer y abrir un poco las piernas cuando llevó su dedo medio hasta su abertura y dibujó pequeños círculos alrededor de esta mientras le presionaba la pelvis con la palma de la mano.

La teniente estaba a punto de explotar, sintiendo aquel dedo resbalar suavemente en su interior y aquellos labios recorrerle la piel con besos ardientes, con besos hambrientos...

La heredera Conde retiró ambas manos de donde las tenía y volvió a aferrarla fuerte de las caderas mientras iniciaba a arrodillarse sin dejar de besarle la espalda mojada... las nalgas... La volvió a girar con la misma brusquedad de antes, con urgencia, sentía urgencia de disfrutar y saborear con su boca el néctar de aquel sexo empapado de deseos; *deseos de ella*. Posó un beso suave en su pelvis mientras le separaba los muslos, quedando extasiada ante la maravillosa vista de aquel sexo abierto que parecía tener algún poder hipnótico. Se humedeció los labios y se entregó por completo a sus propias ganas; ganas de quemarse los labios con su placer, de saciar aquella sed que la estaba matando, ganas de beber de ella hasta la última gota. Deslizó la punta de la lengua entre los pliegues, acariciándole el clítoris, lo succionó suavemente, sintiéndola estremecerse, gimiendo de gusto y tomarla del cabello exasperada. Lo volvió a lamer más fuerte, con más ímpetu mientras su saliva se mezclaba con el jugo delicioso de aquella mujer que la tenía totalmente loca de amor, y no se detuvo, continuó, acercándola cada vez más a la cumbre del orgasmo... y sonrió satisfecha solo cuando la sintió convulsionar y explotar de placer...

Con pasos torpes, entre besos y caricias famélicas, empapadas de agua y sudor cayeron sobre de la cama. Karolyn trepó a horcajadas sobre Juliana, hallando la posición en que sus sexos encontraron ese beso ardiente que

tanto ansiaban. No dejaban de besarse, de apretarse, de susurrarse cuanto se deseaban... hasta que sus cuerpos se tensaron y los gemidos de ambas se volvieron más fuertes, experimentando extasiadas la belleza de un largo e intenso orgasmo mutuo, un orgasmo sin igual.

—Te amo, Juliana Conde —susurró la teniente, acurrucándose luego en su pecho y sintiendo los latidos acelerados de su corazón.

—Y yo te amo más, *cosita mía* —respondió la otra, acariciándole el cabello mojado y tratando de controlar la respiración.

Permanecieron allí, quietecitas, una en brazos de la otra, disfrutando de la calma después de la tormenta. Entre caricias suaves y suspiros silenciosos se durmieron, envueltas en la intensa fragancia de aquel amor que las hacía esclava la una de la otra.

Capítulo 23

Karolyn despertó a media mañana con una sonrisa en los labios y el olor de la mujer con la cual pretendía transcurrir el resto de su vida en todo su cuerpo. Tocó a su lado y exorbitó los ojos al hallarse sola en aquella cama; pero suspiró aliviada cuando sus ojos encontraron a la otra chica.

—Ey... buenos días, preciosa —se sentó, sonriendo y cubriendo su desnudez con la sábana, viendo a Juliana que estaba al otro extremo de la habitación, bebiendo un café y observándola con aquella mirada que parecía devorarla.

Se mordió los labios instintivamente. Aquella mujer se le había metido en las entrañas...

—Buenos días a ti —Juliana también se mordió los labios mientras dejó la taza encima de la meseta e inició a caminar hacia ella—. ¿Cómo dormiste? —preguntó, trepando en la cama para besarla.

—Mmmmm... estupendamente —suspiró sonriendo; pero su sonrisa desapareció al ver la repentina seriedad en el rostro de la otra—. ¿Qué sucede?

Juliana se puso de pie. —Como pensaba Mijail logró escapar y...

—¿Qué?

—En las noticias hablan de la presunta muerte de la teniente Scott... Encontraron tu placa entre los escombros del almacén.

—¿Creen que estoy muerta? —Karolyn se puso de pie de inmediato—. ¡Dios! Tengo que llamar a mis padres... mi mamá... n-no puedo dejar que sufran pensando que estoy muerta... yo...

—Amor... —Juliana fue tras ella que buscaba sus ropas por el suelo—. No creo que sea una buena idea.

Karolyn se detuvo a mirarla. —¿De qué hablas? Mis padres tienen que saber que estoy viva.

—Karolyn... —era la primera vez que aquellos labios dibujaban su nombre, y lo hicieron justo al aferrarla de un brazo, hallando sus ojos y toda su atención—. Es que también... hallaron unas... unas fotos. La policía...

—¿Fotos? —preguntó la teniente, presintiendo por donde venía el asunto.

—Mj, fotos de ayer cuando me encontraste en el otro apartamento y... las tiene tu padre.

—¿Mi padre? —preguntó la chica mientras sus ojos se humedecieron, pensando en la reacción de su padre.

—Esas fotos también se filtraron en la prensa, imagino cómo...

—¡Ese enfermo ruso!

—Sí, con toda certeza... el hecho es que el capitán Scott, el jefe del departamento de operaciones especiales; *tu* padre... dio una conferencia de prensa hace un rato y salió por todos los medios. Yo creo que... antes de hacer cualquier cosa, deberías verla —dijo Juliana y le besó la mejilla mientras le soltó el brazo y le indicó con la mano hacia el ordenador abierto sobre el diván—. Yo bajaré a alistar un auto, luego de todo esto tendré que buscar un sitio más seguro, para mí... o para las dos; es tu elección.

Cuando Juliana salió hacia las escaleras, Karolyn se vistió a medias y fue hasta el portátil, había un video pausado donde estaba congelada la imagen de su padre frente a varios micrófonos. Respiró profundo, puso el ordenador sobre sus piernas y, con cierto temor interno, presionó sobre el *play*.

—¿*Qué hay de cierto en la información que rueda en todos los medios, sobre el operativo efectuado la reciente noche en contra de la mafia rusa que opera en nuestra ciudad, capitán? ¿Cierto que la cabeza Mijaíl Yasikov logró evadir las autoridades y escapar?* —preguntó una de las reporteras.

La mirada del capitán Scott vagaba entre los rostros de aquellos reporteros. Karolyn lo conocía bien, sabía que hubiera preferido que se lo tragara la tierra antes que afrontar una rueda de prensa; y que si lo había hecho, era porque algo muy importante amenazaba sus principios y le urgía aclararlo en público.

—*Así es... y en efecto, Yasikov logró escapar, pero ya está cerrado el paso para él en los aeropuertos y cualquier tipo de vía que pueda utilizar para escapar. Todo el cuerpo de policía está comprometido con su aprensión y no descansaremos hasta atraparlo.*

—*También tenemos en nuestro poder, capitán, reveladoras fotos en las que aparece uno de sus agentes... su hija, la teniente Scott, involucrada...*

íntimamente y es evidente su inmersión sentimental también con otro de los rostros más buscados por su propio departamento; Juliana Conde... la heredera del imperio que fundara su padre, enmascarando negocios sucios que recientemente salieron a la luz pública. ¿Qué tiene que decir respecto a esto, capitán?

Solo quien lo conociera bien, hubiera comprendido la sombra que nubló aún más su rostro.

—Como también debe conocer la prensa, estamos hablando de... mi única hija... de quien presumimos su muerte en las innumerables explosiones sucedidas paralelamente a nuestro operativo en unas viejas construcciones; prefiero no abordar el tema.

—Capitán; disculpe que insista, pero la cuestión presume oscuridad alrededor de la incorruptibilidad de su equipo de agentes, poniendo en tela de juicio la honestidad de nuestro cuerpo policial completo... incluso la suya al ser el padre de...

—¡Deténgase, reportera! ¡¿Qué cree?! ¡Soy un oficial condecorado y llevo años al frente del departamento que, mientras usted y la mayoría duerme, sale a jugarse la vida para garantizarle un sueño tranquilo! ¡No ponga en tela de juicio mi nombre y mi prestigio! —ante tales insinuaciones el capitán Scott perdió la calma.

—Solo intento aclarar la situación, para que quede firme en la palestra pública que nuestros agentes no son todos...

—Al respecto solo le diré algo... —respiró profundo y miró a la cámara—. Como hemos informado, la teniente Scott perdió la vida en esas explosiones, lo cual tal vez fue... cosa del destino; pues yo... prefiero eso mil veces, a verla al lado de una figura criminal como lo es probadamente Juliana Conde, esa no es la hija que crie... con permiso —y sin decir más, se escabulló, rehuyéndole a los micrófono y cámaras hacia el interior del departamento.

Karolyn se cubrió el rostro con ambas manos y sofocó el llanto que iniciaba a apoderarse de ella. El dolor que sentía por lo que su padre pensara de ella era intenso, y sus últimas palabras llenas de decepción aún hacían eco en su mente.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Juliana terminó de hacer unas llamadas y de guardar algunas cosas en el maletero de uno de los autos en el garaje. La angustia la estaba quemando por dentro. Siempre fue una mujer desapegada sentimentalmente; siempre antes de que apareciera aquella mujer que tiraba por tierra todas sus barreras y le robaba el corazón tal como lo había hecho. Ahora sentía que ya no podría vivir sin ella; pero estaba lista para aceptar perderla para siempre si su decisión era no seguirla.

Dio un salto de susto cuando cerró la puerta del maletero y la vio parada junto al coche.

—Entonces... ¿a qué hora nos vamos? —preguntó la teniente y una sonrisa casi imperceptible se dibujó en sus labios.

—¿Estás segura? ¿Es esto lo que quieres? —Juliana la miró a los ojos con cierta seriedad.

Karolyn se le acercó y la tomó de la cintura. —Yo quiero estar contigo, Juliana. Nunca en mi vida he estado tan segura de algo como lo estoy ahora; quiero estar *contigo*... pase lo que pase —y la besó en los labios, un beso corto pero intenso.

—Karolyn... es muy peligroso, estar conmigo...

—Estar contigo es lo único que deseo... porque yo siento que mi lugar es aquí, junto a ti. A tu lado es donde pertenezco, Juliana —y la volvió a besar, esta vez un beso más largo y hambriento, un beso que le dejó bien claro que iría con ella hasta al mismísimo infierno.

Juliana se perdió en aquellos labios que tenían el poder de hacerle olvidar todo, *absolutamente todo*. Esas eran las palabras que necesitaba escuchar, porque era lo mismo que ella deseaba; estar con esa mujer... para siempre.

—Te amo, Karolyn —susurró, separándose un poco para verla a los ojos.

Karolyn sonrió, sintiendo una descarga eléctrica cada vez que aquella mujer pronunciaba su nombre. —Y puedes estar segura, Juliana Conde, que yo te amo *más*.

Esta vez fue Juliana quien se lanzó en busca de sus labios y la apretó fuerte contra sí, sintiendo el irrefrenable deseo de no soltarla jamás. Nunca en la vida sintió tanta necesidad de alguien, nunca en su vida siquiera imaginó que alguien sería capaz de robarle el corazón en tan poco tiempo como lo hizo esa chica.

—Entonces... ¿cuál es el plan? —preguntó Karolyn determinada, viéndola a los ojos.

—Ok, teniente —respondió la otra chica y sonrió—. Lo primero es hallar un sitio seguro en donde nadie pueda encontrarnos... lo segundo es fregar de una buena vez a ese hijo de perra ruso, y por último y más importante... desaparecer *juntas*; ¿estás conmigo en el plan o no?

—Hasta la muerte.

—¡Ven aquí, muchacha loca! —exclamó y la llevó contra el auto—. ¿Lo sabes que me enloquece tu coraje?... desde que te conocí —dijo mientras le besaba el cuello y la sujetaba de la faja del pantalón.

—Ah, pues sí estoy loca... loca por ti, desde el mismo momento que nos vimos.

Capítulo 24

Luego de conducir por un par de horas, la camioneta en que viajaban las chicas se adentró en lo que parecían unos viejos muelles. Juliana detuvo la marcha a varios metros y descendió del auto.

—Vamos, cariño, llegamos a “casa” —dijo sonriendo mientras rodeaba el vehículo para tomar la enorme bolsa que había guardado antes de dejar el apartamento.

—¿Casa? ¿Aquí? —preguntó Karolyn mientras se bajaba, inspeccionando el lugar con la vista.

—Te gustará... ven, te muestro —le extendió una mano que la otra se apresuró en tomar y caminaron por el muelle de madera hasta llegar frente a unos barcos viejos, justo entre estos; uno más moderno encendió algunas luces.

—¡Bienvenida, patrona!

—¡Will! —exclamó Juliana y fue a saludar al hombre que saltó del barco al muelle—. ¿Cómo estás? ¿Tu esposa ya dio a luz?

—Sí, señorita... Muchas gracias por ayudarnos con las consultas, hubiera sido imposible sin usted.

—No debes agradecer, eres leal y sabes que te tengo aprecio... y este “niño”, ¿cómo está? —preguntó, refiriéndose al barco.

—Oh, listo para lo que usted mande, doña... Instalé todo lo que me pidió, hay comida y agua para una semana y ya terminaron los arreglos en el camarote... Usted dirá adónde la llevo o...

—No... —Juliana sonrió y señaló hacia donde estaba Karolyn que los observa en silencio—. Nos quedaremos solas, no te preocupes; ve a casa y disfruta de tu familia, te llamaré muy pronto y entonces sí... haremos un largo viaje.

—Como ordene usted, nos vemos entonces.

—Hasta pronto, Will.

Ambas lo vieron tomar una pequeña lancha muy cercana al barco y alejarse de prisa.

—Wow... ¿Qué es todo esto? —preguntó Karolyn mientras se acercaba a Juliana.

—Es... nuestro lugar seguro, mi amor, no hay cómo asociarnos con este sitio ni con este barco... Estamos seguras aquí... ¿Subimos?

—Te sigo —dijo Karolyn y la siguió hasta el interior del yate—. Es... wow... —no encontró palabras para describirlo; mas sus ojos evidenciaban su emoción.

Juliana dejó la grande bolsa en el suelo y fue hasta ella, tomándola de la cintura. —¿Estás cansada? —preguntó y la besó suavemente en los labios—. Puedes ir a ducharte y cambiarte mientras yo emprendo la marcha.

—¿Adónde iremos? Pensé que nos quedaríamos... aquí.

Juliana sonrió. —El viaje dura algunas horas, dos o tres al máximo —la volvió a besar—. Es mejor estar lejos de la civilización por el momento.

Mientras Karolyn fue a acomodarse en el camarote que era más grande de lo que imaginaba y bastante lujoso, Juliana tomó el control del yate y lo condujo por algunas millas, lejos de la tierra firme...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

La teniente tomó una ducha y encontró en el armario unos cuantos nuevos juegos de bikinis, pareos, y shorts de su talla. Al parecer Juliana había pensado en todo. Sonrió y se vistió muy cómoda, quedando a pies desnudos. Salió del camarote y decidió explorar el lugar, hallado un cuarto con algunos equipos informáticos y una buena cantidad de armamento. Sus ojos se clavaron en el teléfono satelital junto a los demás equipos... La idea de llamar a su madre le pasó por la cabeza; pero no podía, sabía que era demasiado arriesgado y que lo mejor era que sus padres pensarán que estaba muerta... Tan inmiscuida estaba en sus pensamientos que no escuchó el motor detenerse.

—Ey, ven, quiero mostrarte algo —dijo Juliana asomándose a la puerta del cuarto de los equipos, mientras sus ojos se clavaron en el teléfono satelital y luego nuevamente en Karolyn.

—Tesoro, te juro que yo no...

—Imaginé que podrías llegar hasta este lugar, y aquí está este teléfono; muy a la vista... —la heredera Conde sonrió—. Está ahí precisamente

porque no pienso impedirte usarlo; es un teléfono irrastreable, solo... piensa bien si estás lista para hablar con alguien... si no, ahí estará; para cuando lo necesites.

Karolyn comprendió que ciertamente no estaba lista para enfrentar a su padre. Quizás lo mejor era dejar las cosas así de momento, y por más que le doliera que tanto él como su madre la creyeran muerta, no era el momento de hablarles.

—¿Qué es eso que me quieres mostrar? —preguntó acercándose a la puerta.

—Ven rápido; te va a encantar —respondió la otra y le sonrió mientras le extendía una mano.

Juliana la hizo ir hasta la popa y una vez allí la abrazó por detrás, señalando el oscuro horizonte, iluminado apenas por un leve resplandor naranja pálido que se reflejaba en el mar.

—¡Oh! ¿Es...?

—Mj... es la cosa más bonita que había visto antes que aparecieras tú —respondió Juliana y la estrechó más fuerte mientras le besaba la mejilla—. Es la luna llena que está por salir, es todo un espectáculo verla estando en alta mar.

Permanecieron unos segundos más en silencio, viéndola “emerger” poco a poco, como si saliera del fondo del mar.

—Cielos... es... hermosa... —murmuró Karolyn, sonriendo.

—Mj... pero yo ya tengo mi luna y está justo aquí frente de mí... en mis brazos.

—Mujer... —dijo Karolyn, volteándose para verla a los ojos con la misma emoción como si aún estuviera mirando a la luna—. No sé en verdad cómo pude vivir tanto sin conocerte. ¡Te amo! —exclamó y la besó en los labios mientras la abrazaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó Juliana luego de aquel beso, conteniéndose para no hacerle el amor en aquel mismo instante.

—Oh, muero de hambre... tengo mucha, *mucha* hambre —respondió la teniente, mordiendo el labio inferior; pero Juliana la soltó sonriendo y comenzó a alejarse.

—¡Entonces ven! —se rio—. Cenemos algo que ya Will dejó listo y luego...

—¿Luego? ¡Oh sí, sí, luego, sí!

—Ven a cenar, muchacha —dijo, dirigiéndose al interior por la cena, soltando una risa cómplice.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Un rato después, las dos contemplaban el cielo acostadas sobre una manta en la cubierta. Juliana apoyaba la cabeza sobre un hombro de la teniente y jugaba a dibujar círculos sobre su vientre con un dedo.

—Quiero vivir por siempre así, contigo... solas... es tan... perfecto —suspiró Carolyn y le besó sobre el cabello.

—Yo también... y tú eres quien lo hace perfecto, eres tú la magia de esta historia... mi final feliz, solo contigo; para siempre —respondió Juliana y se apoyó sobre un codo para verla a los ojos, le apartó el cabello del rostro y la acarició delicadamente—. Te amo, cielo... te amo más que a mi vida.

—Yo más... te amo... ¡y si no me besas ahora voy a formar un lío!

Juliana sonrió y fue por sus labios, mientras le sujetaba de la barbilla e iba encima de ella. Aquellos labios tenían el poder de atarla a ellos y hacerla sentir adicta una vez que los tenía. Sintió las manos de Carolyn sacándole la ropa y alzó las manos para ayudarla, sin perder su boca más que un par de segundos hasta que la otra logró sacarle la camiseta.

—Me encanta tu olor —susurró Juliana junto al oído de Carolyn mientras una de sus manos la sujetaba del cuello y la otra le apartaba el pelo para besarla en el cuello.

—Te deseo. Por Dios; ¡cuánto te deseo! —casi gimió la teniente, sintiendo arder aquella hoguera dentro de ella como cada vez que estaban así de cerca.

—Y yo te deseo a ti, mi amor —contestó Juliana y la besó una vez más antes de sacarse de inmediato lo que le quedaba de ropa. Luego regresó sobre ella y metió una mano entre su espalda y el suelo para tirar de la cinta de la parte posterior de su traje de baño, dejándole el pecho al desnudo en apenas segundos—. Dios... —murmuró, deslizando la lengua entre sus labios ante la mirada suplicante de su amante, llevó una mano a aquellos senos y los acarició despacio mientras volvió a besarla en los labios.

—Te necesito, tesoro... Mmmmmmmmm... ven... —gimió la teniente al sentir la lengua de Juliana rodar sobre sus pezones y luego atrapar uno entre sus labios y succionarlo deliciosamente—. Me encantas... ¡Oh!... —sintió una pequeña descarga eléctrica entre sus piernas cuando percibió una mano de la chica acariciándole la entrada de su sexo, y arqueó las caderas hacia arriba en busca de más.

—Yo también te necesito, mujer... necesito de ti... en mi *boca*...

Aquellas palabras bastaron para que la ya espesa humedad de Karolyn, se convirtiera en lava hirviendo entre sus piernas. Abrió los muslos de golpe cuando sintió aquella lengua y aquellos besos deslizándose de prisa a través de su vientre, y se mordió los labios para ahogar el grito que casi se le escapa al sentir un dedo jugando en su interior, resbalando dentro de ella como quien busca un tesoro en el fondo del mar. No pudo controlarse más y gimió, tomando a Juliana del cabello, quien ya la besaba por los bordes de su abertura, rozando la entrada con la lengua de vez en cuando.

Los labios de Juliana se apoderaron de aquellos más gruesos en un beso intenso en cuanto retiró su dedo, y sus manos aferraron sus piernas abriéndola más para ella... Sentía fluir sus ganas desde su propio sexo embarrando sus muslos, cada embate de su lengua contra el clítoris de Karolyn le propinaba más adrenalina ante la respuesta de la chica. Aferró el pequeño botón de aquella rosa abierta para ella entre sus labios y lo golpeó fuerte con la lengua, una y otra vez, hundiéndole las uñas en el trasero para poder controlarla mientras ella se contorsionaba, dejando escapar un grito y mojándole el rostro con el elixir mágico que le sabía a gloria, luego la sintió tirar fuerte de sus hombros y la besó en la boca.

—Te amo —murmuró la teniente y justo antes de que ella pudiera siquiera responder, la empujó, haciéndola caer de espaldas y trepó sobre ella.

Juliana la aferró de las caderas y la acomodó entre sus piernas, justo ahí donde la deseaba en aquel momento que las volvía esclavas de aquel intenso amor. Deseaba fundirse con ella y jadeó cuando sus clítoris hinchados y empapados se encontraron en una caricia ardiente. Sus cuerpos desnudos y sudados ondeaban como las olas del mar que las circundaba. Sus labios se devoraban, fundiéndose en un beso que parecía no tener fin. Poco a poco, los gemidos de ambas se fueron intensificando al compás del ritmo de sus cuerpos. Ya lo podían sentir... estaba cerca, *muy* cerca... y

Juliana gritó el nombre de aquella mujer al entregarse por completo a aquel orgasmo que llegó como un maremoto, dejándole solo las fuerzas para otro beso, uno pequeño pero repleto de significado...

Karolyn cayó de espaldas con el cabello revuelto y una sonrisa muy auténtica en los labios. —Te dejaré descansar unos minutos —murmuró, volteando la cabeza para ver a su amante que se rio.

—Ven aquí, muchacha —ordenó Juliana, haciéndola acomodar encima de su hombro—. Te amo... *yo te amo*, Karolyn —dijo, posando luego un beso en su frente, un beso dulce y tierno.

—*Yo te amo* más, mi amor —respondió, sintiendo sus propios ojos humedecerse y por más que quiso no pudo controlar el par de lágrimas que brotaron de estos.

—Ey... —Juliana se volteó para verla, apoyándose sobre un codo—. ¿Qué sucede, chiquita? ¿Acaso no...?

—No es nada... es solo que... *yo soy feliz* —otro par de lágrimas abandonaron su prisión—. Tú me haces *feliz*.

Juliana sonrió y rápido enjugó aquellas lágrimas, besándola luego en la boca. —Tú también me haces feliz, hermosa.

—No quisiera que este momento terminara jamás —murmuró, entregándose por completo a aquellos labios—. Yo ya no puedo vivir sin ti.

Esta vez las lágrimas aparecieron en los ojos de Juliana. —Ni yo sin ti, mi amor... *te amo* —y se fundieron en otro beso, más largo, más intenso.

Capítulo 25

La teniente despertó en el camarote, sintiendo un buen olor y, cuando abrió los ojos, halló a Juliana frente a sí con una bandeja donde le traía un delicioso desayuno que había personalmente preparado y al lado había una rosa roja.

—Buenos días, preciosa —colocó la bandeja encima de la cama y tomó la rosa, entregándola a Karolyn, quien no hacía más que sonreír como una tonta.

—Buenos días a ti, mi amor y... gracias —las mejillas de la teniente tomaron el mismo color de aquella rosa.

—Ah... yo nunca... nunca había sentido la enorme necesidad de regalar una rosa; gracias a ti... por hacerme desear hacerlo contigo —respondió y le dio un beso corto junto a una sutil caricia en el rostro. Luego se sentó a los pies de la cama, con una leve pero notoria sombra en la mirada.

—Ey, ¿qué sucede? —preguntó Karolyn, tomándole una mano.

—Me he comunicado con la persona que tengo en la ciudad, siguiendo los pasos de Mijail Yasikov.

—Mj...

—Se ha apoderado de todo... de los clientes de mi padre, de sus rutas, sus contactos; de todo.

—Juliana... —dijo Karolyn muy seria y echó a un lado el desayuno—. Yo te amo más que a nada en esta vida, estoy y estaré a tu lado por siempre; pero para que podamos ser felices tienes que renunciar tú también... a esos negocios oscuros, esa vida al margen de la ley que nunca termina bien y yo... no podría seguirte en eso.

Juliana la miró a los ojos y luego fue por otro beso de sus labios, le tomó el rostro entre sus manos y la miró muy seria a los ojos. —Lo sé y créeme; yo tampoco quiero tener más que ver con eso... pero me molesta que ese idiota se aproveche de todo para sacar ventaja cuando toda la vida vivió a nuestra sombra, hasta que no termine con él no voy a poder estar quieta.

—Y yo te dije antes de venirme contigo que nos encargaremos de él; pero luego... nunca más en problemas, Juliana... nunca más.

—Luego nunca más, bebé —respondió la heredera Conde y sonrió, la abrazó fuerte y la besó otra vez antes de ponerse de pie—. Termínate el desayuno, preciosa; yo estaré en el cuatro de los equipos. Te espero ahí, quiero mostrarte algo.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

En cuanto la teniente terminó de desayunar y se alistó, apareció en donde Juliana la esperaba y sonrió, volviendo a sonrojarse ante la mirada para nada discreta de la otra, recorriéndola de pies a cabeza.

—Por Dios... ¿Está pasando algo en el cielo que se están cayendo las estrellas?

Karolyn sonrió como una chiquilla. —Te encanta enamorarme siempre un poquito más, ¿eh?

—Oh, perdón, *teniente*; pero es que está usted hermosísima —respondió y la haló por una mano para apretarla contra sí y besarla con necesidad.

Al cabo de unos segundos se despegaron.

Karolyn sacudió la cabeza. —Wow... o... o me muestras eso que querías mostrarme o sea lo que sea tendrá que esperar.

Juliana soltó una risa y la soltó. —Claro, claro que sí. Ven.

Caminó hasta la mesa donde había un ordenador portátil abierto y un sistema GPS funcionando en pantalla.

—¿Qué es? —preguntó Karolyn, mostrándose interesada.

—Ese punto rojo, es el que nos llevará hacia nuestro futuro feliz, tranquilas y lejos del mundo, mi amor.

—Oh... suena fenomenal; pero explícate, cielo —sonrió y tomó asiento, prestando atención a la pantalla.

—Es un dispositivo de rastreo que mandé a colocar en el furgón blindado, donde Yasikov hace las recogidas de todo su dinero en cada uno de sus negocios una vez por semana.

Karolyn la miró a los ojos y notó el brillo en ellos. —Oh... ¿Quieres robar ese furgón? ¡Es una locura, Juliana!

—Claro que no, amor, cierto que sería más que una locura; una estupidez robar ese vehículo...

—Ah...

—Robaremos el premio mayor.

Karolyn exorbitó los ojos. —¿Qué?!

—O sea; el sitio adonde este furgón hace la parada final para la entrega.

La teniente la miró y no sabía si reírse o no. —Si es un vehículo blindado, imagina ya cómo será la caleta donde Yasikov guarda sus millones.

—Millones que le quitaremos, lo suficiente para destruirlo y vivir tranquilas lejos de todo esto para siempre... Yo quiero una vida contigo, tranquilas, quiero no tener que estar al pendiente de que algo o alguien amenace nuestra paz; y para poder tener eso... necesitamos ese dinero, destruyendo de paso a Yasikov.

—No necesitamos tanto dinero así para eso, amor, solo te necesito a ti...

—Y yo a ti, mi vida; los millones son para... —dijo Juliana mientras abría otra página en el ordenador, mostrándole una playa paradisíaca—. Para nuestro *hogar*; una isla virgen —sonrió—. Nuestra... viviremos en paz y haremos construir nuestro hogar en ese lugar.

—Oh, cielo...

—Adivina cómo se llama —Juliana volvió a sonreír—. “*Carolina’s island*”...

—¿Carol...? ¡Oh, es hermosa, tesoro! —exclamó Karolyn, pasando las fotos del catálogo de venta.

—Entonces... ¿compraremos esa isla o no?

—¡Claro que sí, mujer! —la teniente la besó, sintiendo una extraña sensación que no había sentido antes; tal vez porque estaba a punto de participar a un robo y esta vez sería ella la ladrona, o sea, se encontraría del lado opuesto al que había jurado servir, y seguramente también sentía aquella rara sensación porque cuando terminaría todo eso se refugiaría en

una isla con la mujer que la tenía tan enamorada que no le importaba trasgredir la ley.

—Bien entonces —los ojos de Juliana tenían ese brillo de cuando estaba por llevar a cabo un buen negocio; aunque esta vez se trataba de un robo bastante arriesgado y peligros, pero por algún desconocido motivo el brillo en aquellos ojos hacía excitar a la teniente.

—Le quitaremos todo a ese malnacido —dijo la teniente, colocándose entre la mesa y Juliana, rodeándole el cuello con los brazos.

—Mj... Acabaremos con esa rata —Juliana percibió como la temperatura del ambiente inició a subir poco a poco—, y entonces podremos vivir en paz tú y yo... yo y tú...

—En una isla, lejos del mundo... completamente solas —se mordió el labio inferior mientras hundía sus dedos en el cabello suelto de la otra.

—Completamente solas, mi amor... solas *tú y yo* —Juliana deslizó sus manos por las curvas de la chica hasta detenerse en sus caderas.

—Para siempre... *tú y yo para siempre* —la besó, un beso corto pero ardiente—. Te amo, Juliana... y te deseo... *aquí... ahora...*

—Por dios, muchacha —bastaron aquellas palabras para hacerla responder al llamado que ella también sentía en su interior.

—Tómame, mujer... *hazme tuya* —las palabras salieron de la boca de la teniente como si fueran una orden.

Juliana obedeció de inmediato, la aferró fuerte de la cintura y la alzó, sentándola en el borde de la mesa, ignorando lo que fuera que cayó al suelo en ese momento. No le importaba nada más que hacerle el amor a aquella mujer que le hacía perder la cabeza. Se apoderó de su boca con extrema avidez. Le mordió los labios, arrancándole un gemido que la estremeció.

La teniente echó la cabeza hacia atrás mientras sentía los labios de la otra acariciarle desesperadamente la piel. Juliana metió las manos bajo su vestido y se lo sacó de un tirón, y luego hundió la cara en su pecho y la mordió suavemente...

—Por dios... Mmmmmmmmm —Karolyn sentía como su cuerpo respondía a cada contacto de aquella boca en su piel—. Te amo —susurró, sintiendo como le sacaba el sostén y luego aquella lengua húmeda y deliciosa recorrió sus senos.

—Yo te amo más —afirmó Juliana abriéndole los muslos, llevó su mano hasta aquel sexo empapado de placer—. Mmmmm... ¡Me vuelves loca, Karolyn! —jadeó salvajemente, sintiendo sus dedos mojarse, no aguantó más y le arrancó las bragas con urgencia.

Karolyn se abrió más para ella mientras sus manos recorrían aquella espalda. La apretó con fuerza, hundiendo sus uñas en la carne de la otra cuando recibió en su interior la sutil caricia de aquel dedo hábil y experto que comenzó a moverse dentro y fuera, suave, lento, mientras con la palma de la mano le presionaba la pelvis haciéndola enloquecer...

Juliana la miró a los ojos, intensificando el ritmo de las caricias. —Dime de quién eres... ¿mh?

—Oh... —Karolyn se sentía volar en una dulce y a la vez intensa ascensión y faltaba poco para alcanzar la cúspide—. Tuya... soy tuya... ¡soy de ti, Juliana Conde!... ¡Ahhhh! —y gritó, entregándose por completo a un orgasmo caudaloso y sublime.

—Te amo —murmuró la otra, abrazándola con fuerza.

Karolyn se separó un poco para verla a los ojos. —Y yo te amo a ti... más... *mucho más* de lo que puedas imaginar —la besó suavemente.

En ese momento se separaron al escuchar el ruido del motor de una lancha.

—¿Qué es? —preguntó la teniente alarmada.

Juliana le sonrió. —Había olvidado decirte que tendríamos visitas —la besó rápidamente y se separó por completo.

—Oh... no podían esperar en llegar —Karolyn la tomó por una mano y la haló de nuevo hacia sí—. Quería un poco más de ti —se humedeció los labios e hizo luego una mirada triste.

La otra se rio y sacudió la cabeza. —Eres insaciable, mujer —la besó—. Esta noche te prometo que te daré todo y cuanto quieras... pero ahora —se separó de nuevo y recogió del suelo el vestido, el sostén y las bragas de la teniente—, vístete que ya están por subir al yate.

—Ok —sonrió, tomando las ropas—. Pero antes dame otro beso, por favor.

Capítulo 26

Juliana fue a recibir a los recién llegados. Eran Will junto a un chico con espejuelos de nombre Rubén; pero todos lo llamaban “el mago”, porque era el mejor hacker que existiera en el planeta, o al menos así él mismo se definía. Juliana lo necesitaba para que entrara en el sistema de seguridad de la “caja fuerte” de Mijail y así poder llevar a cabo con suceso el descabellado plan que tenía en la cabeza.

—Buenos días —saludó la chica, extendiéndoles la mano consecutivamente y observó de pies a cabeza al desconocido, dirigiéndose luego a él—. Entonces... ¿eres tú un maldito *genio*?

El joven sonrió y se acomodó los anteojos en la nariz. —No hay sistema que se me resista —dijo con aire de suficiencia.

—Eso espero —respondió ella muy seria, adoptando aquella postura autoritaria e imperante que mantenía siempre, sobre todo con desconocidos, luego se dirigió a Will—. ¿Te aseguraste de que no te siguieran de ningún modo?

—Tranquila, patrona, no nos siguió nadie; así como nadie sabe que trabajo para usted.

—Es muy importante que continúes sin revelarlo. Ahora síganme... vayamos al cuarto de los equipos a ver qué tan bueno resulta el *genio*... y si vale todo el dinero que voy a pagar.

Rubén sonrió e hizo un gesto de autosuficiencia, luego tanto él como Will la siguieron hasta el sitio en donde ya Karolyn estaba lista esperándolos, había escuchado todo desde la llegada.

—Buen día, señores —dijo la teniente, aclarándose la voz.

—Buenos días, señorita —respondió Will respetuosamente; sin embargo, para el joven era como si hubiera visto salir el sol.

—Buenos días... —dijo Rubén y se quedó anonadado, viendo a Karolyn—. Es... un placer conocerte; yo soy...

—Este —dijo Juliana, poniendo una mano pesadamente en el hombro del chico—, es el maldito genio que va a hackear la seguridad de Yasikov, bueno... eso es de momento —le entregó un papelito con algunos datos.

Will le lanzó una mirada indiscreta al chico y este rápido agachó la cabeza.

—B-bueno, ¿puedo usar un ordenador? —dijo, cambiando el tema.

—Por supuesto —respondió Karolyn de inmediato y le señaló la silla junto a la mesa en donde estaba listo un portátil.

—Gracias, *bonita* —respondió el chico y se sentó luego de lanzarle una sonrisa idiota que seguramente consideraba muy seductora.

La teniente miró por un momento hacia Juliana y la vio seria como nunca. —Esperemos todo salga bien, cielo —le dijo y le sonrió mientras se cruzaba de brazos... en su interior intuía la sombra de los celos en su amante y eso la divertía un poco.

—Así será, si no con este... con otro; no será tan difícil hallar un maldito genio capaz —Juliana lanzó una mirada fulminante al chico.

Los minutos iniciaron a transcurrir y Rubén se adentró en la red, usando códigos raros y con esa intensidad que lo hacía parecer demente; tan característico en quienes se dedicaban a lo que él, y casi al cabo de un par de horas golpeó la mesa.

—¡Lo tengo! —exclamó.

—¿Seguro? Explícanos —dijo Juliana, acercándose con los demás.

—He logrado desbloquear los códigos de acceso a los sistemas operativos del lugar al que pertenece la dirección electrónica que me dio, ahora tengo acceso a sus cámaras, sus sensores, o sea; todo equipo electrónico... desde aquí.

—Interesante... —dijo Juliana, fijándose en la pantalla—. Quiero que me conectes a sus cámaras... quiero ver todo el movimiento de ese sitio.

—Crearé el vínculo de acceso y lo minimizaré en su monitor, así podrá checarlo cuando quiera —dijo el chico y comenzó a mover los dedos sobre el teclado.

—Muy bien, Rubén... muy bien... —Juliana le colocó la mano en el hombro pesadamente, una vez más—. Al parecer saldrás de aquí con tu pago inicial —sonrió—. Ven un momento conmigo... te entregaré la primera parte del dinero.

Karolyn se sentó frente a la laptop mientras el chico obedeció la orden y Will esperaba en silencio sentado en una silla.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

—Espera aquí —dijo Juliana y entró al camarote, saliendo enseguida con un sobre abultado que entregó al chico—. Irás a tu casa y no hablarás con nadie sobre lo que hiciste aquí, es más... ni siquiera estuviste aquí, ¿entendido?

—Sí, descuide.

—Te mandaré a buscar siempre con Will, la próxima vez para terminar la operación.

En ese momento ambos observaron a Karolyn abandonar el cuarto de los equipos y dirigirse a la proa, tal vez en busca de un poco de aire.

—Otra cosa, Rubén...

—¿Ah? Sí, diga —respondió el joven, volviendo su atención nuevamente hacia ella.

Juliana sonrió, luego se le acercó un poco, ya seria. —La próxima vez que subas a este barco, si quieres hacerlo y regresar a tierra; deja tus babas en el muelle, muchacho.

—No entiendo por...

—La chica a la que le ves como si fueras idiota; es mi compañera en esta operación, por lo cual, es tu patrona también; y por encima de eso, es *mi* chica.

—Oh... —el chico se puso colorado—. P-perdón, no sabía... yo...

—Tranquilo, puedo comprender tu reacción; pero ahora que sabes cómo son las cosas aquí, no quiero volver a verte mirándola con esa cara de hoy... o créeme; tendré que desmembrarte y alimentar los tiburones por todo un día con todos tus pedazos —el tono frío y aquella mirada de hielo sobre el chico lo hicieron tragar en seco.

Fue entonces que la voz de Karolyn que se acercaba cortó la tensión. —¿Todo bien, cariño?

—Sí, cielo —respondió Juliana y sonrió—. Aquí... ultimábamos detalles.

—Yo deseo tomar un baño, el agua se ve divina y hace calor... —la mirada de Karolyn fue a parar al agua del mar que se veía tranquila y muy

cristalina—. Luego me ducho y preparo un almuerzo delicioso para ambas —se le acercó y besó a Juliana en los labios, haciendo que el chico bajara la mirada—. Tú termina de ultimar los detalles.

Juliana sonrió mientras la vio de nuevo alejarse; pero exorbitó los ojos al verla sacarse el vestido y quedar en ropa de baño ante la mirada extasiada del muchacho.

—Ey... —ella llamó rápido la atención del chico que se puso más rojo que un tomate mientras sintieron a Karolyn lanzarse al mar.

—P-perdón —el chico se arregló los espejuelos; pero volvió a mirar hacia donde estaba Karolyn—. ¿No decía usted que había... tiburones?

—A los tiburones les atrae el olor a sangre... por eso hablé también de desmembramiento —contestó ella, fulminándolo con la mirada y luego sonrió al verlo bastante asustado.

—Patrona —Will se acercó—, ya he guardado en la nevera los víveres que le traje —era una frase en código, con eso le quiso decir que había guardado en uno de los cuartos la bolsa llena de armas que ella le había pedido, y sí, también había traído algo de comida.

—Gracias, Will —ella le sonrió con aprecio.

—Ahora nosotros nos marcharemos, patrona, y nos veremos dentro de dos días como acordado —dijo Will, haciéndole señas al chico para que lo siguiera.

—Salúdame a tu esposa. Nos vemos —ella los vio dirigirse hacia la lancha amarrada al barco.

Capítulo 27

Juliana salió del cuarto de los equipos, había pasado un par de horas encerrada ahí, pensando. Se dirigió hacia la cocina, siguiendo el delicioso olor que provenía de allí. Se detuvo en la puerta a contemplar la chica que vestía solamente un pullover ancho y bastante transparente, y tarareaba bajito una canción mientras muy concentrada preparaba un exquisito almuerzo como le había prometido.

Karolyn dio un saltico cuando sintió las manos de la otra rodearle la cintura.

—Perdón, no quise asustarte —Juliana sonrió mientras Karolyn se volteaba.

—Estaba entretenida —dijo y la besó—. Ya casi está listo el almuerzo...

—Mmmmm... huele divino...

—Ve a sentarte —la teniente la volvió a besar y luego se giró de nuevo para terminar de preparar los platos—. Me encargo yo de todo.

—Ok —Juliana sonrió y se humedeció los labios, mirándole los muslos descubiertos mientras se alejaba lentamente hacia la mesa que estaba fuera.

Cuando Karolyn llegó con los platos y se sentó, la miró a los ojos. —Entonces... ¿Cuándo es el día? —preguntó y después se vertió un poco de agua.

—Pasado mañana —respondió, acercándole su vaso para que le vertiera agua también—. Estaba pensando que tal vez es mejor si tú...

Karolyn la miró. —Ni lo digas... no me quedaré aquí mientras entras sola en la cueva del lobo... Te dije que lo haríamos juntas... *juntas* —repitió esa palabra muy seria—. Además —su expresión se tornó algo divertida—, no creo que te gustaría dejarme sola aquí con el chico ese... ¿cómo es que se llama?

Juliana se puso muy pero muy seria, recordando un detalle en particular. —¿Era necesario desnudarte delante de él?

Karolyn no pudo contener la risa. —No me “desnudé”, mujer... y, además, es un chiquillo, tendrá poco más de 20 años... y, además —la miró

muy intenso—, yo te pertenezco *a ti*.

Juliana sonrió casi imperceptiblemente mientras la otra se inclinó por encima de la mesa para besarla.

—¿Sabes? Celosa te ves irresistible —sonrió y volvió a acomodarse en su puesto—. Pero no debes estar celosa, mujer... yo te amo más que a mi vida.

Y la verdad era que Juliana así lo sentía; pero estaba en su naturaleza aquel deseo excesivo de mantener el mundo a raya de las cosas que amaba; y Karolyn se había convertido en lo más importante en su vida. Sonrió y le tomó la mano por encima de la mesa.

—Mejor olvidémoslo ya, no quiero hablar de nada que nos perturbe durante el almuerzo, se ve... estupendo.

—Tú te ves estupenda, mi amor —respondió la teniente y se inclinó más para darle otro beso, que poco a poco se fue haciendo más y más intenso.

Cuando sus labios se despegaron, la mano de Juliana abandonó en una sutil caricia el rostro de la mujer que lograba hacerla olvidar el resto del mundo. —Wow... ya sé que preparaste de comer con mucho esmero y todo; pero... si vuelves a besarme así terminaré haciéndote el amor sobre esta mesa y se me olvidará todo —dijo con la respiración muy lenta, viéndola a los ojos con aquel brillo que delataba lo que traía en la mente cada vez que estaban juntas.

La teniente sintió un escalofrío recorrerle desde el cuello a través de su espalda y luego detenerse entre sus piernas. —Tesoro... si me hablas de ese modo...

Fue entonces que Juliana sonrió, abandonando su postura seria y probó con el tenedor parte de las delicias que veía en su plato. —Comamos, amor, esta tarde quiero mostrarte un lugar y... tal vez durmamos en tierra firme esta noche.

—¿Un lugar? ¿Dónde es? ¿No vamos a planear lo de pasado mañana?

—Mj... —asintió Juliana y bebió un sorbo de agua—. Pero no hoy, hoy solo quiero... perderme en ti.

**CON EL ENEMIGO
ADENTRO**

En la tarde, Karolyn despertó y percibió que estaban en marcha. Miró a su lado y halló la cama vacía. Sonrió recordando el encuentro intenso que habían presenciado aquellas paredes algunas horas antes, se mordió el labio inferior y se estrujó la cabeza, alborotando su cabello mientras localizaba visualmente su ropa para salir al exterior.

—¿Cómo haces para despertar cada vez más hermosa? —preguntó Juliana y sonrió, llevaba el cabello suelto y el viento jugaba con él; vestía un short muy corto y el sostén negro de un traje de baño.

—Oh, mujer... créeme, desperté porque en mi subconsciente ya te extrañaba —respondió la otra chica recorriéndola con la mirada y luego se apresuró en llegar a ella para darle un beso en los labios—. Oye... ¿adónde vamos, ah? Espero que no haya personas porque es que te ves... *deliciosa*, mujer.

Juliana sonrió y se subió los lentes oscuros sobre la cabeza. —Estarán solo dos personas... son los encargados de cuidar el sitio al que vamos; pero viven en otra casita, pasaremos la noche solas en la casa grande —sonrió con picardía—. Te encantará, tesoro.

—¡Oh, no lo dudo! Basta que estamos solas y... —en ese momento señaló hacia el horizonte—. Es tierra, ¿es ahí?

—Mj... —respondió Juliana, soltando los controles para abrazarla—. Vamos a conocer de una vez lo que pronto llamaremos “hogar”... es *Carolina's Island* —dijo y la abrazó de la cintura mientras ambas quedaron contemplando la vegetación que bordeaba la playa.

—¿Por cuánto tiempo dormí? —preguntó Karolyn sonriendo, ya iniciaba a atardecer y estaban en aguas internacionales, muy cerca de aquella isla en la que pretendían construir sus vidas juntas luego de cerrar el capítulo que no las dejaba vivir en paz.

—Estabas exhausta, mi amor... —Juliana se rio—. Dormiste por casi cuatro horas.

—Oh... ciertamente me dejaste... *exhausta* —la besó; pero luego volvió a mirar hacia la tierra firme y se puso seria de repente—. Aún no es seguro que este hermoso sitio será nuestro... hogar.

—Lo será dentro de pocos días... ya he pagado una anticipación... la mitad...

Karolyn se volvió hacia ella para verla a los ojos. —¡¿Qué?!

—Tenía unos... ahorros...

—Dios... estás dando por hecho que lograremos tomar ese... dinero...

—Todo saldrá bien, amor —la heredera Conde sonrió despreocupada.

—¿Cómo puedes estar así tan tranquila? Es... peligroso y...

—Y saldrá bien... ¿qué puede ir mal?

—Oh... —la teniente frunció el ceño—. Muchas cosas pueden ir mal, Juliana Conde... uno de los veinte guardias bien armados y bien entrenados que vigilan el lugar nos pueden capturar y mat...

—Todo saldrá bien, mi amor —volvió a repetir Juliana, luego la miró a los ojos muy seria también—. ¿Qué sucede, Karolyn? ¿Acaso te estás arre...?

—¡No! —se apresuró en responder la teniente sin dejarla terminar de pronunciar aquella palabra—. No... No es eso, mi amor... es solo que... —respiró hondo y la tomó de la cintura, viéndola directamente a los ojos—. Estoy preocupada... no sé lo que haría si algo te sucediera...

Juliana la besó en la frente con ternura al escuchar la respuesta. —No me sucederá nada, mi amor... no *nos* sucederá nada porque estaremos juntas... Todo saldrá bien.

Karolyn asintió levemente y esbozó una media sonrisa. —Todo saldrá bien —repitió y la abrazó fuertemente.

Capítulo 28

Anclaron la embarcación en un muelle que sobresalía unos metros mar adentro de la playa. Descendieron del yate, llevando solo una mochila y sonrieron al tomarse de la mano.

—Te amo, teniente —dijo Juliana, apretándole por un momento los dedos y viéndola a los ojos.

—Yo te amo más... amor de la vida mía —respondió Karolyn y justo iba a besarla cuando la voz de un hombre maduro llamó la atención de ambas.

—¿Señora Julia Candy? —preguntó el encargado de recibirlas.

—S-sí, hola... ¿cómo está? —respondió Juliana y le extendió una mano que él se apresuró a estrechar.

—Como supuse viene usted acompañada, oh; mi esposa ha preparado unas habitaciones con vistas al mar que son una belleza, y la cena, ¡oh, les encantará la cena, ha preparado unas delicias que les fascinará!

—Oh, no lo dudo, señor...

—Paul, para servirles; permítanme sus equipajes para llevarlos a las habitaciones.

—Solo una bolsa, no se preocupe; yo misma la puedo llevar a *nuestra* habitación —respondió Juliana y sonrió, dejando al tipo un tanto consternado; pero de inmediato sonrió—. Ella es Karolyn; la nueva dueña de este paraíso muy pronto —sonrió debido al apretón de mano que recibió—, y es mi novia.

—Oh, casi como la isla —bromeó el viejo y le extendió una mano a Karolyn que ella estrechó mientras le sonreía.

—B-bueno, señoritas, adelante... están en su casa.

—Literalmente sí, Paul... muy pronto —contestó Juliana y apretó nuevamente la mano de la otra chica mientras avanzaban detrás del cuidador.

El camino hacia la casona, eran varios metros de una acera empedrada con hermosas y pequeñas palmeras a los lados de la misma clase que las

muchas esparcidas por el amplio jardín que rodeaba el inmueble. La casa era un tanto al estilo colonial, no se veía muy extensa; pero poseía dos plantas con un hermoso tejado rojizo y aleros en los cuales colgaban plantas exóticas de algunos diferentes colores. Estaba rodeada en ambos niveles por corredores techados, amplios ventanales y puertas de madera y cristal. Ciertamente parecía un paraíso.

—Adelante —dijo Paul, abriendo la puerta y haciéndose a un lado—. No sé si deseen conocer sus, perdón —sonrió—, la habitación en que dormirán o quieren pasar a la cocina por un jugo o cualquier cosa que deseen beber, ahí está mi esposa presta a prepararles lo que gusten.

—Oh, gracias, Paul —dijo Karolyn y le sonrió, ciertamente apreciaba la hospitalidad con que las estaban recibiendo—. Pero creo que subiremos... me gustaría darme una ducha y cambiarme, luego sí; beberemos algo antes de dar un paseo por los alrededores.

—Perfecto... hemos preparado las habitaciones al fondo del pasillo en el segundo piso; son las más extensas y como dan a un lateral, tienen unos hermosos balcones que dan a la playa, ya verán en cual deciden instalarse.

—Gracias por tu amabilidad, Paul —dijo Juliana—. Por cierto... me estuvo comentando el dueño que vives aquí con tu esposa hace más de diez años... me gustaría que continuaran trabajando aquí... si les parece.

—¡Oh, señoritas! ¡¿De veras?! Nos preocupaba mucho dejar la isla, aquí está nuestra vida, le agradezco inmensamente, mi mujer estará feliz.

—Me alegro entonces —dijo Juliana y sonrió—. Bueno... subiremos a instalarnos y bajaremos dentro de un rato por unas bebidas refrescantes, entonces conoceremos a su esposa.

—Como gusten las patronas.

—Gracias por todo.



Ya en la habitación del final del pasillo, Juliana soltó la mochila sobre una butaca de mimbre y abrió de par en par las puertas del balcón.

—Por dios... tanta belleza solo he visto cuando miro tus ojos —dijo, contemplando el horizonte y luego se giró para ver a Karolyn despojándose de su ropa.

Karolyn sonrió con aquella tontez que la hacía parecer una chiquilla. El amor tenía ese efecto, y ciertamente Juliana era muy halagadora y la enamoraba siempre más, hasta con una simple mirada lograba hacer que el corazón de la chica se disparara a mil.

—Me encanta este lugar —dijo la teniente mientras se le acercaba—. Lo adoro.

—Y yo te adoro a ti, mi amor —Juliana la tomó de la cintura cuando la tuvo enfrente, y sonrió cuando vio las mejillas de la otra sonrojarse.

—Seremos felices aquí —se mordió el labio y luego la besó.

—Oh... yo te prometo que viviré para hacerte feliz por toda mi vida —Juliana la estrechó más fuerte en un dulce abrazo.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Media hora después, ambas descendieron y fueron hasta la cocina para saludar a Irma; la esposa de Paul. Una mujer bastante simpática y agradable. Decidieron dar un paseo por los alrededores mientras la señora Irma terminaba de prepararles la cena, y el olor que inundaba el ambiente de esa cocina era delicioso.

Salieron al exterior del inmueble, atravesando todo el inmenso y hermoso jardín con plantas exóticas y una piscina maravillosa en uno de los lados, hasta finalmente llegar a la playa con arena muy blanca y fina. Ciertamente era un lugar paradisíaco...

Permanecieron por unos segundos contemplando el sol que ya se escondía para darle paso a la noche, a una noche que prometía ser inolvidable, y sería la primera de muchas en aquel maravilloso lugar.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó Juliana que la abrazaba por detrás.

Karolyn se giró entre sus brazos. —En que estoy perdidamente enamorada de ti... y muero por un beso —sonrió cuando Juliana se precipitó a besarla intensamente, con sentimiento, un sentimiento que crecía a cada segundo.

—Te amo —murmuró la chica con los labios rosando aún los de la otra.

—Prométeme una cosa, Juliana —llamó toda su atención, viéndola a los ojos—. Prométeme que estaremos juntas para siempre.

—Para siempre, mi amor —la volvió a besar con más intensidad y la estrechó fuerte entre sus brazos—. Muy pronto todo lo pendiente será resuelto y viviremos aquí... en nuestro nuevo mundo.

—Aún estoy esperando... promete, prométeme que por nada de este mundo nos vamos a separar jamás.

Aquellos ojos de mirada limpia le parecieron a Juliana la cosa más hermosa que había visto en la vida, y aun comparados con aquella puesta de sol el astro rey quedaría debiendo. La petición de Karolyn sonaba a súplica y ella no halló cómo controlar el remolino de emociones que se formó en su pecho; si es que moría por aquella mujer, si es que prefería morirse que perderla.

—Lo prometo —respondió y la besó en los labios con una ternura que estaba recién descubriendo dentro de sí, desde que se dio cuenta al conocerla que ella tenía en el corazón todo el fuego necesario para derretir la escarcha de su alma—. Por Dios... —la estrechó muy fuerte luego para que no la viera enjugar un par de lágrimas y sus manos se deslizaron ávidas de su piel por su espalda—. Puedo jurar ante quien sea que soy la mujer más feliz de la tierra, solo por ti.

—Yo soy la mujer más feliz —respondió Karolyn y sonrió, luego se hizo atrás para verla a los ojos un momento y comenzó a besarla, en los labios, en todo el rostro después, hasta que sus manos zafaron el nudo del sostén en su espalda y luego cubrió aquella desnudez con su propio cuerpo.

—¿Sabes que haremos el amor aquí mismo?... Te necesito —dijo Juliana entre un beso y otro mientras la obligaba a agacharse con ella, halándola del pareo hasta caer de rodillas en la arena, una frente a otra.

—Eso es... justo lo que pretendo —Karolyn fue al encuentro de aquellos labios que sabían a amor mezclado con deseos.

Una cayó encima de la otra, ahí en la arena, a orillas del mar, perdiéndose una en la otra... sintiendo la misma necesidad de poseerse. Sus labios se devoraban lentamente mientras, poco a poco, entre caricias y susurros en los cuales confesaban una y otra vez sus sentimientos, se despojaban de las pocas prendas que llevaban.

Se abrazaron con tanta fuerza y pasión que sus cuerpos desnudos parecían fundirse en uno solo. Las caricias se volvieron más intensas y los besos más ávidos al delicioso roce de los labios de sus sexos empapados de amor, un amor que las hacía esclava la una de la otra... un amor que devoraba en un incendio de hermosos y a la vez ardientes sentimientos no solo sus cuerpos, sino también sus almas...

—Eres el amor de mi vida —jadeó Juliana, apretándola con fuerza, sintiendo los primeros y deliciosos espasmos sacudiéndola de placer.

Karolyn la siguió en aquel maravilloso viaje, tocando el cielo juntas. —Te amo —dijo, tratando de controlar su respiración. Sonrió y la besó en los labios suavemente—. Te amo, Juliana —repitió, viéndola a los ojos.

—Eres todo lo que siempre soñé, hermosa... tú te has convertido en mi *mundo* —Juliana le tomó el rostro entre las manos y la besó con ternura—. Ya ni siquiera logro imaginar una vida sin ti... *te amo... te amo... te amo...* —repitió una y otra vez, posando en sus labios besos cortos y delicados; pero a la vez muy intensos.

Capítulo 29

Karolyn terminó de ducharse por segunda vez. Se vistió y descendió al plano inferior con una estupenda sonrisa en los labios. Estaba feliz y había olvidado por completo todo aquello que atormentaba sus pensamientos. Era esa la vida que deseaba, una vida junto a la mujer que amaba más que a su propia vida, con ella a su lado no necesitaba nada más. Se sentía completa. Había finalmente encontrado su lugar, y su lugar era junto a Juliana, a su lado...

Sonrió cuando salió al exterior y halló al amor de su vida, quien cerca de la piscina iluminada, terminaba de preparar la mesa para la cena. Era maravillosa, llevaba un vestido blanco y el pelo largo y negro le caía sobre los hombros. Karolyn se detuvo varios segundos a contemplarla, era simplemente hermosa.

Juliana encendió la última vela y se volvió hacia la recién llegada. —Te ves...

—Hermosa... —Karolyn sonrió como tonta, interrumpiéndola y caminando hacia ella—. Estás... *hermosa*.

El beso que las unió de inmediato fue intenso, profundo, tan lleno de necesidad que tardaron un par de minutos en desprenderse una de la otra.

—Wow... es lindo aquí —dijo la teniente y sonrió, observando a su alrededor y luego hacia la mesa muy cercana—. ¿Preparaste todo esto tú sola? —preguntó mientras tomaba la mano de su amante y juntas se dirigieron a la mesa.

Juliana sonrió y se encogió de hombros. —Qué más hubiera deseado; pero necesariamente tuve que obtener un poco de ayuda... Paul e Irma son adorables, me colaboraron en todo cuanto solicité de ellos y... ya se han ido.

—¿Se han ido?

—Mj, a descansar, no sé si has visto la cabaña que está aquí detrás; es parte de la propiedad; pero es para el personal de servicio y... estaremos completamente solas.

—Hum... solas —el brillo en los ojos de Karolyn opacó la luna esa noche. Justo iba a comentar algo más cuando se percató de la mirada

extasiada de la otra sobre ella—. ¡Amor! ¿Qué me miras así? —preguntó con aquella actitud infantil de una mujer enamorada y se sonrojó un poco.

—Es que eres... oh, es que estás tan hermosa, cielo. Me encantaría que no terminara esta noche —respondió Juliana, besándole una mano por encima de la mesa.

—Tendremos muchas, innumerables noches como esta, tesoro; todo el resto de nuestras vidas; juntas.

—Claro, bonita... claro —respondió la heredera Conde y le sonrió—. ¡Ah, pongamos un poco de música!

—¡Sería estupendo! Pero... ¿cómo?

Juliana sonrió, tomando un pequeño control que estaba sobre la mesa y las pequeñas luces alrededor de la piscina descendieron la intensidad y cambiaron de color. —Cierto que estamos aisladas en medio del mar; pero te prometo que no nos falta nada para ser feliz; no me faltará nunca cómo hacerte feliz —la miró a los ojos y sonrió, justo en ese momento sonó un teléfono celular en el carrito junto a la mesa donde estaba aún la comida—. Oh, debió quedársele ese teléfono a Irma cuando montó todo esto para nosotras.

—Tal vez deberíamos llevárselo, puede ser importante para ella.

—No, ¿por qué mejor no respondes tú y si es importante se lo pasamos?... Si no, colgamos y seguimos en nuestra velada.

Karolyn la miró y negó con la cabeza. —Oh, no, amor, es mucho atrevimiento.

—Responde, cielo... responde, tal vez, se olvidaron aquí el celular por alguna razón —insistió Juliana.

—Oh... ok, veremos —dijo Karolyn y aceptó la llamada mientras Juliana llenaba sus copas de vino y sonreía sin mirarla—. ¿Sí? ¿Con quién desea? —preguntó.

—Sí, ¿es la señorita Scott?

—Oh... —asustada tapó el micrófono del teléfono y se giró hacia Juliana que le sonrió y le hizo un gesto de que continuara la llamada—. Mj... s-sí, con ella, ¿con quién tengo el gusto?

—*Alguien nos dijo que no necesitábamos presentarnos; que usted nos iba a reconocer de inmediato...*

—Mire, no sé cómo obtuvo este número ni cómo sabe de mí; pero...

—*¡Solo escucha, chiquitica!* —exclamó el tipo del otro lado de la línea y comenzaron los primeros acordes de una canción que Karolyn conocía muy bien y se la pasaba cantando fuera en la ducha o las pocas veces que preparó de cenar en el barco.

—¡Oh! —exclamó y quedó muda, escuchando la canción mientras veía frente a sí la mujer que amaba más que a su vida viéndola como si ella fuera el centro de su universo.

*«...Mi meta contigo es ser mejor persona,
reírnos de todo,
hacernos mil bromas.
Mi meta contigo es comprarte un anillo,
para nuestra boda....»*

Los ojos de Karolyn no pudieron retener el par de lágrimas que rodaron por sus mejillas y murieron en sus labios, y el nudo en su garganta creció cuando Juliana tomó del suelo junto a ella una hermosa rosa roja y se la entregó a la vez que sus labios simulaban un *te amo* en silencio...

*«...Mi meta contigo es viajar y viajar,
conocer los lugares que te gustan más.
Mi meta contigo es huir del peligro,
de todo lo que nos pueda separar...»*

Cuando Juliana se puso de pie y le extendió una mano, ya ella no se esforzó por ocultar todas las emociones que le robaban aquellas lágrimas que no dejaban de escapar de sus ojos; y cuando sintió su abrazo y sus labios en su mejilla se sintió la mujer más dichosa del mundo. Se mantuvieron así, abrazadas, hasta que terminó la canción “*Mi Meta Contigo*” de “*Banda Los Sebastianes*” y la llamada se cortó.

—Te amo, mi amor... te amo —murmuró Juliana, sintiendo en sus labios el sabor salado de la felicidad mientras la cubría lentamente de besos y la abrazaba, acariciando su espalda.

—Yo... yo no puedo vivir sin ti.

—Nunca... nunca lo harás, mi amor.

—¡Te amo, Juliana Conde!

Juliana la volvió a besar con esa ternura que solo ella le provocaba. Luego se separó y le sonrió. —Ahora cenemos, mi amor —la condujo de la mano hasta la mesa y se sentaron una frente a otra.

—¿Cómo lograste...? —Karolyn señaló el teléfono, sonriendo de nuevo como tonta.

—Bastó hacer un par de llamadas —respondió y le tomó la mano por encima de la mesa, viéndola a los ojos—. Ya te dije que viviré para hacerte feliz, para ver esa hermosa sonrisa en tus labios... No existe nada en este mundo que yo no haría por ti, Karolyn.

Las mejillas de la teniente parecieron incendiarse. —Te amo —fueron las únicas palabras que pronunció antes de inclinarse sobre la mesa y besarla.

Mientras cenaban se contaron algunas anécdotas de cuando eran pequeñas. Hablaron de las cosas que les gustaban, descubriendo que tenían más cosas en común de lo que pensaban. Por vez primera ambas se sentían *normales*, dos chicas normales que tenían una cita romántica, y era lindo sentirse “normal” al menos por una vez en sus vidas. Era eso lo que hacían las personas normales; cenaban, conversaban de cosas normales como las anécdotas de la niñez... planeaban el futuro...

—Es una noche calurosa, ¿no crees? —Karolyn terminó de beber el vino que quedaba en su copa, la colocó sobre la mesa y, viendo a los ojos de la mujer que tenía en frente, se sacó la blusa de tirantes, mostrándole el hermoso sostén rojo de su traje de baño.

—Oh... —Juliana también terminó de beber de un sorbo su vino, viendo luego a su chica alzarse e iniciar a zafarse el cierre de la saya corta de mezclilla—. Ciertamente hay mucha... muchísima calor... sí...

Karolyn sonrió mientras se deslizaba la falda por los muslos hasta dejarla caer al suelo y quedar en traje de baño. —Aún siento... calor...

—Oh sí —Juliana se aclaró la voz, sintiendo la temperatura de su cuerpo aumentar desmesuradamente—. Deberías... oh —se humedeció los labios cuando vio caer al suelo el sostén de la otra—. Por Dios —murmuró sin poder quitarle los ojos de encima mientras se sacaba también la otra parte del traje de baño y se lo lanzó, sonriendo pícara—. No sé cómo este corazón mío aguanta estos golpes de calor —dijo para sí misma mientras se llevó a los labios aquel pedazo de tela para besarlo y su mirada seguía a la dueña de la prenda dirigirse deprisa hacia la alberca y meterse al agua.

Cuando Karolyn emergió a la superficie, se pasó las manos por la cabeza acomodándose el cabello empapado mientras buscaba con la vista a su amante; pero solo halló lo que reconoció como el vestido blanco que esta llevaba sobre una silla. Luego sonrió al sentirla abrazada a su espalda.

—Haces todo por enloquecerme siempre más —dijo Juliana y la giró, tomándola por la cintura.

—Estamos a mano entonces, porque yo también estoy muy —respondió y la besó, bastante intenso a pesar de la brevedad—, muy loca.

—¿Dónde estabas, muchacha? —preguntó Juliana, acariciándole el cabello mientras se sentía imanada a su mirada—. ¿Por qué no te encontré antes? Ya te necesitaba... desde siempre —la besó de nuevo.

—Y yo te necesitaba a ti, mi vida.

—Ven —dijo Juliana y, sin darle tiempo a más, la haló por una mano hasta llegar a los peldaños de uno de los extremos, en donde la luz llegaba más leve y justo desde donde podían ver hacia el mar al otro lado de la hermosa cerca de plantas que dividía el área de la piscina y jardín—. Te necesito —murmuró mientras se sentaba en uno de los quicios bajo el agua y la haló hasta traerla rápidamente sobre sí.

—Y yo te necesito a ti —respondió Karolyn, acariciándole las manos que apretaban sus caderas y fue por sus labios.

Una de las manos de Juliana fue hasta su nuca y la sujetó mientras aquel beso iniciaba a aumentar de intensidad. Su otra mano se rodó un par de veces a lo largo del muslo de la chica a horcajadas sobre ella y luego se deslizó hasta uno de sus senos... abandonó su boca y con la lengua recorrió lentamente el camino de sus labios a su pecho.

Karolyn gimió al sentir aquella boca atrapar uno de sus pezones y de inmediato respondió a la caricia con un gemido, hundiendo sus dedos entre el pelo de Juliana.

—Me encantas —murmuró, hundiéndole las uñas involuntariamente en la espalda al sentir una mano acariciarle ávidamente entre los muslos, rozándole un poco más a cada desliz su sexo palpitante.

—Te amo... yo te amo... —repitió Juliana entre un beso y otro mientras inició a jugar con un dedo a lo largo de su abertura, lentamente. Su respiración se tornó brusca cuando entró en ella percibió el calor húmedo en su interior.

Karolyn gimió y se mordió los labios, cerrando los ojos a la vez que buscaba desesperadamente destruir cada milímetro de espacio entre sus cuerpos. Cuando su pelvis golpeó contra la palma de la mano de Juliana se quedó inmóvil unos segundos, deleitándose con cada movimiento en su interior de aquel dedo que se movía como si buscara la gloria en ella... Apretó los muslos y casi lloriqueó como una chiquilla cuando la otra retiró aquella mano de entre sus piernas.

—Sube —ordenó Juliana, golpeando el último peldaño justo al nivel del agua, humedeciéndose los labios mientras subía hasta donde indicó—. Necesito tu boca, mi amor... *aquí* —dijo de rodillas, jugueteando con un dedo sobre su propia pelvis.

—Por Dios —contestó la teniente y rápidamente fue por su boca mientras presionaba su cuerpo, obligándola a acostarse.

—Voltéate, cielo... quiero lo mismo de ti.

A partir de ese momento perdieron la noción del tiempo y de la realidad, una sumergida en la otra y sintiendo en sí mismas la cercana erupción entre sus piernas a cada beso, a cada invasión a sus intimidades provocadas por sus lenguas. Karolyn aferró los muslos abiertos debajo de ella y los apretó con fuerza cuando inició a sentir las primeras señales de que muy pronto se abandonaría a un intenso orgasmo; y ya no pudo resistirse más cuando sintió las uñas de Juliana hundirse en su trasero indicándole que ella estaba igual... Sonrió, levemente suspendida en el aire, y deslizó su lengua un par de veces por el sexo satisfecho de su amante mientras sentía los húmedos besos sobre su clítoris complacido; luego se retiró de encima y fue por un beso de su boca.

—Te amo, mi amor.

Juliana sonrió. —Yo muchísimo más.

Luego las unió un abrazo mientras sus respiraciones se calmaban al unísono. No tenían ni idea de cuántas veces hicieron el amor al aire libre, y aún en la habitación continuaron amándose, como si por más que lo hicieran no saciaran aquella necesidad de una por la otra; o como si inconscientemente temieran que fuera esa la última vez, conociendo el arriesgado plan de las próximas horas.



OceanofPDF.com

Capítulo 30

Karolyn despertó en el lecho con la piel erizada por la brisa fresca que entraba por la puerta abierta del balcón. Aún no amanecía del todo; pero fuera estaba comenzando a aclarar. Encontró la cama a su lado vacía y se rascó la cabeza mientras sonreía recordando la reciente, mágica e inolvidable noche hacía apenas un par de horas antes.

—¿Amor?! —llamó, mirando hacia la puerta semiabierta del baño—. Regresa aquí, cielo. Es muy temprano —remoloneó un poco y luego se preocupó de no escuchar nada.

«¡Mierda!», una alerta en su subconsciente la hizo de inmediato salir de la cama y se llevó ambas manos a la cabeza cuando constató que Juliana Conde no estaba en la habitación. De inmediato, salió corriendo al balcón mientras se cubría con una sábana y se esforzó por ver el muelle en donde recordaba que habían anclado el barco, su corazón inició a golpear fuerte en su pecho cuando vio que se encendieron algunas luces en él; luego fue rápido a vestirse...



Juliana se despidió de Paul en el muelle y le agradeció por la hospitalidad y sus buenos servicios. Estaba lista para subir al yate y partir cuando su atención fue atraída por la chica que se acercaba corriendo con pies descalzos.

—Oh, mierda —murmuró, bajando la mirada.

Karolyn se detuvo y llenó sus pulmones de aire luego de aquella loca carrera para llegar antes que la otra encendiera el motor y la dejara en aquella isla.

—Karolyn... no...

La teniente alzó una mano, interrumpiéndola. —¿Cuál era tu plan, Juliana?

—Yo...

—¿Marcharte y abandonarme aquí? —la voz de la chica sonó bastante molesta.

—No, no te estoy abandonando... yo solo...

—¿Qué? —la volvió a interrumpir, alzando la voz y hablando muy rápido sin darle tiempo a decir nada—. ¿Pensaste que era una buena idea? ¿Qué era lo mejor para mí? ¿Qué despertar sola en una maldita cama, en una maldita isla, lejos de todo, sabiendo que la mujer que amo se lanza sola en una misión suicida me pondría contenta? ¿Creíste de verdad que eso era lo mejor? ¿Cómo rayos pudiste...?

Juliana tuvo que alzar también la voz para poder ser escuchada. —Yo no quiero que tú vengas conmigo —dijo, haciendo finalmente callar a la otra—. No es tu guerra, Karolyn... no me perdo...

—¿No es mi guerra? ¿En serio? —Karolyn se rio histérica y sacudió la cabeza incrédula—. ¡Dios, Juliana! ¡Estoy metida en esto hasta el cuello como tú! ¡Y si aún no te está claro; yo combatiré todas y cada una de tus guerras *a tu lado* y no me lo puedes impedir! ¡Me lo habías prometido, maldición! ¡Me prometiste que no nos separaríamos jamás!

—¡Yo solo quiero protegerte! —gritó Juliana, usando el mismo tono de voz que la otra estaba usando con ella—. Si algo llegara a sucederte por mi causa no me lo perdonaría jamás, ni me alcanzaría la vida para recriminarme el haberte puesto en esa situación de peligro. ¡Debes comprender que tu seguridad para mí es lo más importante y no pienso ponerla en riesgo!... Haré lo que me toque hacer para mantenerte al seguro.

La teniente volvió a reír histérica y un tanto infantil. —¿Y de qué modo? ¿Abandonándome?

—¡Cristo, no te estaba abandonando, no seas dramática! —Juliana tomó un profundo respiro y bajó el tono de voz—. Regresaría una vez terminado todo y viviríamos en paz, aquí... en nuestro paraíso.

—No debes protegerme, Juliana —Karolyn abordó la nave, muy seria—. Sabes perfectamente que no soy una mansa paloma y mucho menos débil —la miró directamente a los ojos—. No necesito alguien que me proteja, lo que necesito es alguien con quien caminar de la mano toda la vida... en las buenas y en las malas, que tome en cuenta mis decisiones y no las pase por alto como si no fuera yo capaz de decidir por mí misma —se dirigió hacia la puerta que conducía a las escaleras que llevaban al camarote; pero antes de atravesar el umbral se volteó una última vez—, y

sobre todo; alguien que cumpla sus promesas —y tras estas palabras desapareció.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

El tiempo transcurría muy lentamente para Juliana, le parecía como si se hubiera detenido por completo. No dejaba de pensar en la discusión con Karolyn esa misma mañana, fue una discusión bastante estúpida, por decir lo menos, ella solo quería protegerla porque la amaba más que a todo en la vida y no se perdonaría jamás que algo le sucediera por su culpa. Karolyn no podía castigarla con aquel insoportable silencio solo porque había tomado la decisión de partir sin ella por su seguridad. Sí, lo había hecho por su seguridad, porque era lo más importante para ella y la quería lejos de cualquier peligro...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Para Karolyn el tiempo también pasaba muy lento. Caminaba de un lado al otro en aquel camarote y ya le iniciaba a faltar el aire estando ahí encerrada, así que decidió finalmente salir de allí; pero no quería hablar con Juliana, odiaba la situación que se había creado por la pequeña discusión de esa mañana, ciertamente seguía molesta con ella dado que había tomado una decisión bastante estúpida; pero una parte de ella sabía que Juliana lo había hecho con buenas intenciones y tal vez su reacción había sido un poquito exagerada ya que sabía que Juliana la amaba más que a todo.

Sonrió involuntariamente al recordar la reciente noche y deseaba muchas noches como aquella, en los brazos de la mujer que amaba con todo su ser. Tomó un profundo respiro y decidió ir a hablarle, y tal vez podrían resolver por fin el pequeño problema que las había distanciado... pero sabía que Juliana volvería a intentarlo en cuanto tuviera la oportunidad y no estaba dispuesta a permitirselo. La seguiría tanto en aquel como en cualquier otro plan que se le ocurriera, por muy descabellado que fuera, porque sencillamente; su vida estaba unida a la de ella para siempre nada más y nada menos que por amor. Entró decidida al cuarto de los equipos y abrió una maleta enorme en donde sabía que estaban las armas. Comenzó a alistarse desde ya...

OceanofPDF.com

Capítulo 31

Luego de navegar por un par de horas, Juliana apagó el motor y tomó los pequeños binoculares que llevaba colgando de su cuello, observando hacia el horizonte. Ya estaba en las coordenadas señaladas por Will y ahí debía esperarlos; a él y a Rubén, para abordar la lancha rápida que los llevaría hasta el viejo muelle cercano a los almacenes de Yasikov al caer la noche. Tenían todo el día para ultimar los detalles, y al caer el sol pondrían en marcha el más descabellado plan de toda su vida. Miró la hora en su reloj y luego dirigió la mirada hacia el camarote, la puerta estaba cerrada, eso solo significaba una cosa; Karolyn continuaba resentida con ella y para nada le gustaba la situación. Aquellas podrían ser las últimas horas que pasara con ella si algo por cualquier motivo no salía bien y, aunque se negara a contemplar esa posibilidad, en el fondo sabía que existía.

Sacudió la cabeza y respiró profundo, decidida a ir por su chica y arreglar lo que hubiera de ser arreglado para volver a tenerla abrazada; pero antes de que diera los primeros pasos, la puerta se abrió y apareció Karolyn en cubierta.

—Amor...

—¿A qué hora llegan los demás? Necesito que ya hagamos esto —respondió la teniente muy seria, llevándose las manos a la cintura.

Juliana reparó rápidamente en las armas y reconoció en su tono de voz que aún estaba molesta. —Deben estar por llegar.

—Bien —murmuró Karolyn y caminó hacia el borde mientras su mirada se perdió en la lejanía.

—Karolyn... —Juliana se le acercó con pasos lentos.

La teniente suspiró sin dejar de contemplar el océano que se extendía ante ella.

Juliana, algo cansada de ser ignorada y de toda aquella situación entre ambas, intentó tomarla por una mano; pero la chica la esquivó sin apartar la

mirada del mar.

—Te estás comportando como una chiquilla, Karolyn.

La agente no hizo caso al efecto que le causaba cada vez que aquella mujer pronunciaba su nombre y soltó una risita algo histérica. —¿Yo? —se volvió finalmente a mirarla—. Que yo sepa no fui yo quien quería irse escurridiza para llevar a cabo el plan más descabellado del mundo *sola*. Ese sí que es el comportamiento de una chiquilla, que, además, se cree invencible —quiso alejarse; pero esta vez Juliana sí logró aferrarla por una mano, deteniéndola.

—No podemos simplemente hacer las... —pero la heredera fue interrumpida por el ruido de una lancha que se acercaba.

—Deben ser Will y el genio —dijo Karolyn, zafándose del agarre en su mano para voltearse a mirar.

—¿“Genio”? —preguntó Juliana con recelo.

—¿Qué? Así le dijiste tú —respondió la otra, encogiéndose de hombros como una adolescente y se alejó hasta la popa del barco.

Juliana quedó con la palabra en la boca y sacudió la cabeza, frustrada; en verdad aquella mujer lograba sacudirla toda con su comportamiento. Tomó los binoculares para asegurarse de que no fuera alguna visita desagradable y, al reconocer a Will al volante de la lancha, caminó hasta una de las barandas, deseosa de ultimar detalles y terminar de una vez con todo aquello.

En unos minutos los dos hombres atracaron la lancha junto al barco y les alcanzaron a las chicas unas enormes bolsas.

—¿Todo bien, chicas? —preguntó Will al subir a bordo.

—Perfecto —respondió la teniente y sonrió—. No veo la hora de que todo esto termine.

—Terminará esta noche y luego... ¡seremos millonarios! —exclamó Rubén, quien sujetaba con cuidado una maleta donde seguramente traería algunos equipos.

—¿Trajiste lo que te pedí? —preguntó Juliana, dirigiéndose directamente a Will.

—Tal como me indicaste; completamente impermeables —contestó él entregándole las bolsas que al parecer venían vacías.

—Los equipos del yate están listos como los preparaste antes de irte, revisa bien el oxígeno —ordenó la heredera Conde y se colocó las gafas antes de caminar hacia el cuarto de equipos—. Ahora vamos adentro... y tracemos un plan *perfecto*.

Karolyn la vio alejarse y no pudo dejar de pensar en el día que la conoció, autoritaria y tajante. Amaba a aquella mujer con toda su alma y estaba convencida que la seguiría hasta el mismo infierno...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Ya iniciaba a caer la noche. El momento del “gran golpe” estaba muy cerca. Karolyn necesitaba un poco de aire fresco, así que salió. Llevaban toda la tarde encerrados en aquel cuarto de los equipos, trazando y estudiado cada detalle de aquel descabellado plan que no era para nada simple, ya que el lugar donde Yasikov escondía sus millones estaba bien custodiado con enormes sujetos armados hasta los dientes y prestos a morir por su patrón. La chica inició a caminar de un lado al otro. Le sudaban las manos y el corazón le latía aceleradamente como si quisiera abandonar su pecho.

—¿Estás nerviosa? —Juliana apareció a sus espaldas haciéndola sobresaltar, lo cual la hizo sonreír.

Karolyn se volvió a mirarla. —¿Tú no?

Si Juliana estaba nerviosa no lo daba a ver. En realidad, estaba serena, relajada, inmutable como siempre... tal parecía que a aquella mujer nada lograra perturbarla en lo absoluto.

La teniente sacudió la cabeza y se llevó las manos sudadas a la cintura. —Prácticamente estamos por asaltar un *banco*... No, ¡peor!

La heredera Conde se humedeció los labios, viéndola. —¿Sabes?... Te ves muy *bonita* nerviosa —sonrió al verla sonrojar.

—Yo creo que no te das cuenta de la peligrosidad del asunto, Juliana —suspiró, desviando la mirada y caminó un poco hacia la baranda.

Juliana llenó sus pulmones de aire y fue tras ella. —Karolyn, no es tarde para que de...

—¡Ni lo digas! —la agente la interrumpió de inmediato y se volvió a mirarla—. Esto, aun sabiendo que es una tremenda locura, lo haremos juntas y nada de lo que digas me hará desistir... porque yo...

—Ey, chicas... es hora —anunció Will, interrumpiéndolas.

La heredera Conde volvió a llenar sus pulmones de aire y miró a Karolyn a los ojos. —Todo saldrá bien.

Karolyn asintió levemente no muy convencida y se dispuso a seguir a Will hacia la lancha que las acercaría al muelle; pero Juliana la aferró de un brazo, deteniéndola con un poco de brusquedad.

—Tienes que decirme que todo saldrá bien, necesito que estés convencida de eso, porque de lo contrario no subiremos a esa lancha, Karolyn. No pienso hacer esto si tú crees que se irá todo a la mierda.

Karolyn la miró por unos instantes, se perdía en sus ojos con una facilidad inexplicable y en ellos encontraba todo cuanto necesitaba para continuar hacia lo que fuera; hacia donde fuera. Sus labios se curvaron por un segundo en una sutil sonrisa y luego se zafó del agarre en su brazo sin hallar resistencia.

—Vámonos, ya escuchaste a Will; es hora —dijo y sin más le dio la espalda para saltar hacia la lancha.

Juliana rodó los ojos en señal de frustración y la observó detenidamente, quién sabe lo que pasaba por su mente. Luego volteó a mirar atrás y levantó una mano hacia Rubén, que se quedaba en el barco.

—Todo el tiempo en contacto, ¿ok? Ya puedes soltar el juguetito.

—Estoy listo, no se preocupe —respondió el chico y, mientras ella saltaba a la lancha, él regresó al camarote en donde estaba su ordenador.

El sitio en donde estaba el dinero de los Yasikov se hallaba a unas cincuenta millas apenas de aquel punto en que se encontraban; con buena marcha llegarían en breve.

—Bien, ¿estamos listos? —preguntó Juliana mirando a Will, que asintió de inmediato; y luego más detenidamente a Karolyn, quien se colocaba un dispositivo de escucha al oído al igual que los demás.

—Lista —respondió la teniente muy seria, revisando las armas que llevaba encima.

—Ok, en marcha, Will... Sigue al juguetito.

Justo en ese momento un pequeño dron partió desde el yate, monitoreado por Rubén y ellos lo siguieron. A través de una cámara instalada en el sofisticado “juguete”, el chico podría espiar de cerca el objetivo y guiarlos sorteando la mayor cantidad de peligro posible.

OceanofPDF.com

Capítulo 32

—*Deténganse, ya es la distancia acordada; desde ahí continúan solas chicas* —indicó Rubén a través de los pequeños radiotransmisores.

Will apagó el motor y las luces de la lancha, debían evitar a toda costa que la embarcación fuera descubierta. Si no hacían ruido, no tendrían problema porque desde donde estaban y con la pequeña pendiente que sobresalía desde una de las orillas de tierra, no era visible desde el viejo muelle de la guarida rusa.

—Aquí está la cuerda —dijo Will mientras las chicas se colocaban el oxígeno y el resto del equipo de buceo—. Recuerden atarla segura antes de salir a tierra, no la pueden perder a la hora más importante.

—No te preocupes, lo tendremos bajo control —respondió Karolyn, acomodándose luego la careta de buceo.

Juliana tomó las bolsas impermeabilizadas y las ató a la cuerda, luego asintió hacia Will. —Es hora.

—Tengan mucho cuidado, Rubén permanecerá guiándolas desde arriba, ¿ok?

—Ok.

Ambas se lanzaron al agua y nadaron hacia tierra firme, trajinando consigo la cuerda bien atada a la lancha donde Will las esperaría...



Al cabo de un rato iniciaron a entrever finalmente los gigantescos pilotes del viejo muelle. Juliana iba delante y se volvió un momento hacia Karolyn, alumbrándola con la linterna de buceo que llevaba colocada en la frente, checando que todo estuviera bien con ella. La teniente le hizo un gesto positivo para que prosiguiera.

Continuaron nadando entre los pilotes hasta entrar en una parte del muelle que estaba techada y pudieron ver un par de lanchas flotando encima

de ellas. Juliana desató las bolsas y las entregó a Karolyn, luego ató fuerte la cuerda a uno de los gruesos pilotes. Ambas se deshicieron de los pesados tanques de oxígeno y también los amarraron muy bien a la cuerda, después emergieron de inmediato a la superficie...

Quedaron por un momento escondidas entre las dos lanchas cuando escucharon un par de voces de extraño acento que retumbaban en el lugar; pero al cabo de unos minutos se fueron alejando hasta desaparecer por completo. Juliana nadó hasta las tablas del pavimento y, cuando se aseguró que el lugar estuviera desierto, le hizo señas a la otra chica para que la siguiera.

Una vez en la superficie, se quitaron las máscaras de buceo, logrando finalmente respirar por la nariz. Abrieron las bolsas, descubriendo el armamento que traían en su interior...

—¡Ey...! —un sujeto de muy mal aspecto apareció prácticamente de la nada y las sorprendió; pero ambas reaccionaron de inmediato y, antes que lograra proferir otra palabra, lo silenciaron disparándole certeramente con sus pistolas equipadas con silenciador.

La bala de Juliana le perforó el cráneo mientras la de Karolyn le atravesó el pecho de lado a lado. Ambas se miraron por unos instantes y en sus labios se dibujó una sonrisa cómplice.

—Buena puntería, *teniente* —comentó la heredera Conde mientras se abrochaba el cinturón repleto de armas y municiones.

Karolyn sonrió mientras también se armaba, colocándose un chaleco antibalas al igual que la otra. —En realidad había mirado a su cabeza —bromeó, haciendo reír a la otra.

—Me ocupo yo de esconder el cuerpo, tú informa al “genio” que ya estamos dentro.

Se deslizaron silenciosas entre autos viejos en desuso y contenedores oxidados, como dos sombras más aquella noche, y a su paso colocaban pequeñas cargas de explosivos que, pese a su pequeño tamaño, al activarse al mismo tiempo con solo presionar un botón, harían volar gran parte del sitio. Había una construcción bastante moderna a varios metros; contrastaba con el lugar, y parecía una fortaleza.

—Ahí está el nido de la gallina de los huevos de oro —dijo Juliana mientras contaba unos cuatro hombres que se movían delante de la entrada—. Cuento cuatro...

—Ey, genio... confirma si son cuatro a la entrada —dijo Karolyn, llevándose una mano al dispositivo en su oído, luego asintió mirando hacia Juliana y le hizo una seña para avanzar por las sombras.

Dos de los sujetos no supieron qué sucedía, para cuando tuvieron noción de que no estaban solos, lo único que sintieron fue el dolor momentáneo de sus cuellos rotos; y para cuando los otros dos los vieron caer e intentaron llevar las manos a sus armas, una bala en la cabeza de cada uno los hizo caer.

Las chicas se deslizaron con sigilo y arrastraron los cuerpos a la oscuridad, debían ganar el mayor tiempo posible sin ser descubiertas. Sabían que la mayor concentración de hombres estaba en el interior del pequeño búnker; y contaban con Rubén que había hackeado las cámaras del sistema de seguridad, evitando así que notaran la ausencia de los guardias del patio.

A un par de metros de la entrada se detuvieron y colocaron otro par de cargas.

—¿Lista? —preguntó Juliana con los ojos apuntados en dirección a Karolyn.

—Siempre, ¿y tú? —respondió la teniente y preguntó de regreso.

—Casi, solo me falta algo —contestó Juliana y la jaloneó del cinturón, atrayéndola bruscamente a sí, yendo por su boca en busca de un beso muy intenso.

Luego se miraron a los ojos y permanecieron serias, con la respiración igual de agitadas.

—¿Lista ahora?

—Ahora sí —Juliana sonrió y se mordió los labios—. Necesitaba saber que entre las dos todo está bien.

—Entre las dos todo siempre estará bien, a pesar de las tonterías que haces. Ahora vamos adentro.

Juliana asintió y echó a correr, atravesando la puerta de entrada mientras Karolyn la seguía y ambas se colocaban las gafas de visión nocturna que traían.

—¡Ahora! —exclamó Karolyn, advirtiéndole a Rubén que era el momento y al instante el lugar quedó envuelto en las tinieblas.

Las chicas irrumpieron en el sitio con un arma en cada mano, formando un gran caos en la oscuridad. Juliana disparó contra los tres sujetos que jugaban a cartas alrededor de una mesita en una esquina sin darles el tiempo siquiera de entender que rayos estaba pasando, mientras Karolyn sacó del juego a los dos gorilas que bajaban las escaleras que conducían a un segundo piso...

En pocos segundos iniciaron a escuchar las voces y gritos de los demás guardias que se hallaban en el lugar, desesperados por hallarse a oscuras y sin saber cuántos eran los que estaban atacándolos. Corrían como locos arma en mano mientras las chicas se paseaban escurridizas por aquella pequeña fortaleza en busca de la puerta que conducía al sótano, donde sabían que Yasikov guardaba su fortuna.

De repente dos hombres le cortaron el camino, apareciendo por una puerta lateral del pasillo que recorrían; pero para cuando se dieron cuenta de la presencia de ambas, un par de balas se incrustaron en sus cráneos...

Una ráfaga de disparos las sorprendió en el corredor y los proyectiles impactaban contra el pavimento y las paredes muy cerca de ellas, corrieron buscando reparo y lograron ocultarse detrás de una pequeña columna al final de aquel pasillo, quedando prácticamente acorraladas, sin vía de fuga.

—Mierda —musitó Juliana mientras llevaba la mano a su cinturón.

—¿Qué diablos...? —Karolyn se llevó las manos a los oídos cuando vio a Juliana quitar el seguro de la granada y lanzarla contra los sujetos que les disparaban con ametralladoras.

Las dos se agacharon instintivamente un par de segundos antes de escuchar la fuerte detonación y los gritos de los hombres antes de explotar, embadurnando el corredor con sus restos.

—¿Estás bien?! —preguntó Juliana, gritándole mientras le tomó el rostro con una mano.

—¡Perfecta! ¡La próxima vez solo avísame, por Dios!

La heredera sonrió y le lanzó un beso en el aire mientras se ponía de pie. —¡Andando, teniente! ¡A hacer lo que vinimos a hacer y largarnos ya! —dijo y echó a correr, haciéndole señas para que la siguiera hasta el otro extremo del corredor en donde se hallaba la puerta que conducía al sótano, la cual atravesaron disparando a todo lo que se moviera ahí abajo.

Rubén las seguía guiando a través de su juguete y fue así como se enteraron de la llegada del jefe.

—¡Mierda! —exclamó Karolyn, colocando cargadores llenos en sus armas—. ¡Yasikov está aquí!

—¿Qué? —preguntó Juliana, deteniéndose frente a una gran puerta de metal en el pasillo subterráneo.

—¡Está entrando con una docena de hombres! ¡Estamos perdidas!

Juliana pegó la espalda a la pared y miró al techo mientras maldijo en voz baja, luego fue hasta la mujer que amaba y la tomó de la cintura viéndola a los ojos, apoyando su frente en la de ella.

—Saldremos con vida de aquí, no tengas la menor duda... ¿Confías en mí?

—Más que en mí misma —respondió sin pensarlo Karolyn y sus labios buscaron aquellos que, aun en medio de cualquier situación, le provocaban aquellas ganas de besarlos y adherirse a ellos como si fueran la cura de todo mal.

—¡Terminemos esto entonces y acabemos con el maldito nido y de paso con todas sus ratas rusas!

Capítulo 33

Juliana colocó otra pequeña carga en la puerta metálica y tras buscar reparo juntas al doblar del pasillo, presionó un número en el pequeño control que llevaba en su bolsillo. En segundos se escuchó una explosión estrepitosa que pareció estremecer aquellas paredes bajo tierra, y la puerta estaba en el suelo, humeante y desgarrada.

—¡Vamos dentro, no tardan en llegar!

Karolyn la siguió mientras prendía la linterna y alumbraba el interior del pequeño búnker que en realidad era más grande de lo que pensaban. En la pared frente a la puerta había una buena variedad de armas; pero no fue a eso a lo que las chicas prestaron atención... La atención de ambas fue capturada por la cantidad de fajos de billetes perfectamente colocados uno encima del otro, decorando la estantería que cubría toda la pared a su derecha...

De repente escucharon un par de disparos en el exterior y un segundo después a Rubén maldecir repetidamente, y luego un extraño ruido en los auriculares que ambas llevaban.

—Rubén, ¿qué diablos sucede? —preguntó Juliana, abriendo las bolsas y junto a Karolyn iniciaron a llenarlas apresuradamente—. ¿Rubén? —repitió al no recibir respuesta.

—¡Mierda! —rugió Karolyn, viendo por un segundo a la mujer frente a ella—. Al parecer estamos solas —esbozó una media sonrisa, mascarando la preocupación.

Juliana asintió levemente, devolviéndole esa media sonrisa.

—Salgamos de aquí —dijo la teniente, cerrando la bolsa repleta de billetes. Se la colocó en la espalda como si fuera una mochila y empuñó sus armas, una en cada mano.

Juliana también cerró la bolsa y al igual que la otra se la colocó en la espalda. Luego miró hacia la pared equipada de armas y una extraña sonrisa

se apoderó de sus labios cuando sus ojos cayeron encima de una de aquellas armas...

—Me llevo esta lindura —dijo Juliana, echando mano a una ametralladora corta, de apariencia impecable y reluciente. Se cercioró de que estuviera cargada y un brillo extraño se apoderó de sus ojos—. Yo subiré primero con este juguetito, en cuanto tengas camino libre corre al muelle, y no te detengas.

—Mientras corras conmigo no me detendré —respondió la teniente, tomando un fusil de asalto del magnífico arsenal de colección de Yasikov.

—Sabes que yo te seguiré hasta el fin del mundo, mi amor —sonrió y la tomó del chaleco, halándola hacia sí.

Se besaron de una manera muy intensa, luego se separaron y, en efecto, Juliana fue la primera en dirigirse a las escaleras luego de colocar una de las cargas explosivas en el borde del primer peldaño. Inicio el ascenso con rapidez; pero con mucha precaución y atenta a todo. Dio un paso torpe hacia atrás al sentir el silbido de una bala a pocos centímetros de su cabeza impactar en el concreto de la pared junto a la salida.

—¡Mierda! ¡Al suelo! —exclamó y ambas se agacharon casi al mismo tiempo.

—¡Ey! —aquella voz era inconfundible—. ¡Conde... ríndanse y prometo que les daré una muerte rápida! —gritó Yasikov seguido de una risa desagradable—. ¡Tiren las armas al pasillo y salgan con las manos en alto!

Pero la respuesta que halló le dejó muy claro que no servía el diálogo entre ellos. Una fuerte ráfaga de fuego a ciegas agujereó las paredes del pasillo; rendirse no estuvo nunca en los planes de las chicas.

—¡Si tanto nos quieres, ven por nosotras, maldito infeliz! —gritó Juliana y soltó otra lluvia de plomo.

—Estamos atrapadas, maldita sea —murmuró Karolyn, cerrando los ojos con fuerza mientras apoyaba la cabeza a la pared.

—¡Jamás! No fue a morir que vinimos aquí, así que saldremos de este sitio e iremos por la vida que hemos planeado; te lo prometo —le respondió

Juliana en voz baja viéndola a los ojos y le tomó una mano que apretó con fuerza.

Karolyn asintió mientras tomaba un profundo respiro. —Acabemos con esos malditos pendejos de una vez por todas —dijo decidida, llevando ambas manos a su cinturón equipado y tomando un par de bombas lacrimógenas que activó y lanzó sin previo aviso hacia donde estaba el enemigo.

Las dos pequeñas granadas no mortales rebotaron y rodaron por el suelo, envolviendo la habitación en una nube de humo tóxico y creando el pánico entre los presentes. Escucharon a Yasikov gritar y dar órdenes a los suyos en su lengua madre mientras corrían a ciegas, buscando la salida desesperados, cubriéndose los ojos y las vías respiratorias con las manos.

Las chicas se volvieron a colocar las gafas nocturnas y, luego de llenar sus pulmones de aire, salieron de su escondite e iniciaron a disparar contra todo lo que se movía en aquel lugar, logrando llegar hasta la puerta y salir al exterior. La pequeña nube de humo que emergió junto con ellas de aquel lugar fue una bendición para amabas, ya que los sujetos que aguardaban fuera del sitio lo pensaron dos veces antes de presionar el gatillo de sus armas dado que no sabían si los recién salidos eran sus colegas o “el enemigo”. Igual no tardaron en comprender quienes eran, pues Juliana Conde abrió el fuego como endemoniada, obligándolos a buscar reparo a la vez que ella misma junto a su chica se escondían detrás de una camioneta vieja y oxidada, que en segundos se volvió el blanco en aquel juego mortal. Todos los rusos miraban al viejo cacharro, disparando sin cesar. Los proyectiles impactaban contra el vehículo, abriendo hoyos y rompiendo los cristales...

—¡Mierda! —rugió Karolyn agachada detrás de aquel cacharro viejo, sintiendo el peso de la bolsa en su espalda. Se deshizo de las gafas de visión nocturna—. Son muchos... me temo que será...

Un beso en sus labios la interrumpió. Juliana abrió la boca para decirle algo, seguramente para darle ánimo y decirle que todo saldría perfectamente bien... pero de repente se creó un inquietante silencio y las palabras se le bloquearon en la garganta.

Los rusos dejaron de disparar.

Las chicas se miraron por un momento, muy serias... presintiendo lo peor. Juliana se alzó un poco, asomando la cabeza por las ventanillas rotas de la camioneta y exorbitó los ojos cuando vio uno de los enormes rubios ojiazules empuñando una bazuca a unos veinte metros de distancia. Era el mismísimo Mijail Yasikov y aquel momento parecía la encarnación del Diablo.

—¡Mierda, bazuca! ¡Separemos y al agua ya!

Karolyn exorbitó los ojos y, sin tener tiempo a pensar, corrió a la izquierda mientras Juliana lo hizo hacia la derecha, justo un par de segundos antes de que el malnacido ruso presionara el gatillo. Una explosión enorme a sus espaldas creó una onda expansiva caliente que las golpeó con fuerza, haciéndolas saltar varios metros...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Karolyn subió a la lancha, sofocada, había nadado muy de prisa. Ayudó a Will a tirar de la cuerda en donde habían amarrado el botín robado y en un minuto lo estaban ya subiendo a bordo; pero su corazón presentía que algo no estaba bien... Juliana no llegaba, tenía tiempo suficiente de estar ahí y aún no emergía. La última vez que la vio fue cuando ataron el dinero a la cuerda y la heredera Conde le hizo la señal de que todo estaba “ok”, que solo restaba retirarse...

Fuertes explosiones comenzaron a sucederse desde el muelle, una tras otra, iluminando los ojos de la teniente y Will.

—Mierda —una fuerte opresión en su pecho le hizo sentir la humedad en sus ojos—. ¡Juliana me mintió y no regresó nunca tras de mí! ¡No debí hacerle caso! ¡Maldita sea! —exclamó, tomando la careta y algunas cosas de las que ya se había despojado.

—¿Adónde vas? —preguntó Will.

—¡Voy a regresar! ¡Obvio voy a regresar! —respondió ella y sin esperar más respuesta saltó nuevamente al agua, dispuesta a todo por encontrarla y con la certeza de que lo haría.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

La heredera Conde, en efecto, no había regresado a la lancha según el plan, en lugar de eso regresó... a la superficie. Sentía que no podría empezar una nueva vida sin cerrar por completo un capítulo doloroso para ella; y para eso su mayor enemigo debía morir, el hombre que mató a su padre.

—Rayos —se quejó Juliana en voz baja, recostando la espalda tras una vieja carcacha mientras se presionaba una herida en el hombro izquierdo.

Cerca de ella había muchas llamas. Había explotado todas las cargas que colocaron al entrar por el botín; pero antes de marcharse de ahí, quería cerciorarse de que Yasikov hubiera muerto.

El ruido inconfundible de unas sirenas policiales llegó hasta sus oídos...

—¡Mierda!

Estaban lejos aún; pero sabía que en pocos minutos el sitio estaría lleno de agentes.

—¡Perra!... ¡Sé que estás aquí!

Ella escuchó al ruso que buscaba y, agachándose con cuidado, lo vio avanzar hacia ella, tambaleante, traía la mitad del cuerpo ensangrentado y cubierto de polvo, y en el brazo que tenía sano; una pistola.

—¡Aquí estoy, Condesa! ¿Todo este lío por mí, perra? ¡Aquí me tienes, sal y acabemos con esto!

Juliana revisó la única arma que traía consigo y engurruñó las cejas al darse cuenta que le quedaba una sola bala en el cargador... No más cargas explosivas... Ni granadas... Solo una bala y un brazo inutilizable; esas eran sus condiciones, pero estaba dispuesta a cumplir su venganza a como diera lugar.

Yasikov continuaba avanzando y la policía también. Al parecer se estaba acercando su final. Sonrió cuando el rostro de Karolyn se materializó en su mente; ¡la amaba tanto! Por eso no la inmiscuyó en aquella venganza que podía no acabar bien; tal como parecía que sería. Unas lágrimas se

escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas, sintiendo la posibilidad de que jamás volvería a verla, de que tal vez no tendrían ese futuro que juntas habían planeado en aquel paraíso maravilloso.

Tomó un respiro y volvió a comprobar la posición del ruso, avanzaba lento, arrastrando una pierna; pero ya estaba cerca, lo necesitaba cerca... No podía fallar.

—¡Sal de una vez, perra! ¡Acabemos con esto!

—¡Conste que lo has pedido, infeliz! —respondió Juliana y se dejó caer de un costado al suelo, asestando un disparo perfecto entre las cejas del tipo.

Una sonrisa se fue dibujando en ella cuando lo vio desplomarse poco a poco, con los ojos exorbitados y una mueca de sorpresa en su rostro. Con mucho trabajo se puso de pie; mas no consiguió dar un paso, un leve mareo la hizo tambalearse. Había perdido ya mucha sangre.

—¡Alto, Policía Nacional! ¡Suelte el arma! —exclamó de repente el oficial al frente del operativo.

Pero justo antes de que ella pudiera siquiera voltearse a mirarlo, su mente se oscureció y se desplomó en el suelo.

—¡Es Juliana Conde, capitán Scott! —exclamó otro de los efectivos que corrió de inmediato hacia ella.

Capítulo 34

Cuando Karolyn arribó al muelle ya era demasiado tarde. El lugar estaba repleto de policías, bomberos y paramédicos que corrían de un lugar a otro. Las sirenas de las ambulancias y de las patrullas irrumpieron dolorosamente en sus oídos. Sintió que le faltaba el aire, sintió que todo su mundo se le derrumbaba en mil pedazos. Las lágrimas le nublaron la vista y sentía rabia; tanta rabia. Si tan solo Juliana hubiera seguido el plan a la letra todo sería diferente, en esos momentos ambas estarían bien lejos de ahí, festejando la victoria, felices de comenzar ese futuro que habían pronosticado... *juntas*. Pero no; al parecer la sed venganza fue más grande que el amor. Sí, sentía mucha rabia. No sabía que hacer, ni siquiera sabía si Juliana aún estaba viva, desde ahí no podía ver casi nada; pero tenía que estar viva. Le era más fácil sentir rabia, porque la rabia apaciguaba en algún modo ese dolor que le estaba oprimiendo el pecho.

Se volvió a sumergir en las aguas oscuras del mar, dejando todo aquel caos y ruido fastidioso tras de sí. No podía hacer nada en aquel momento. Juliana había mandado todo a la mierda. ¿Por qué demonios tuvo que regresar? ¡Lo habían logrado, maldición! Habían salido ilesas, se habían lanzado al agua con el entero botín como previsto. Nadie las había seguido...



Faltaban apenas un par de horas para el amanecer cuando la lancha en donde viajaban Karolyn y Will llegó a donde estaba el yate, en medio del océano, lejos de alguna civilización. Ella fue la primera en abordar la embarcación más grande, seguida por Will, quien se ocupó de subir las bolsas con los millones mientras ella fue directo al cuarto de los equipos, donde se hallaba Rubén. El chico se puso de pie cuando la escuchó entrar.

—Pon la radio —ordenó la chica muy seria—. Necesito escuchar las noticias.

El joven miró hacia la puerta y se preocupó al no ver entrar a nadie más. —¿Los demás...?

—Will está fuera —contestó, cruzándose de brazos y desviando la mirada.

—¿Dónde está la... patrona? —preguntó el chico con un hilillo de voz, viendo de nuevo hacia la puerta.

—Pon la maldita radio —volvió a ordenar la exteniente, conteniendo el llanto que la estaba ahogando.

—¿Ella está bien? ¿Qué sucedió? —el chico la observaba preocupado.

—No te lo voy a repetir más, ¡pon la maldita radio, carajo! —Karolyn perdió la paciencia por un segundo; pero se controló. Tenía que mantener la calma y permanecer lúcida. Tomó un profundo respiro y miró al joven—. Hubo un cambio de planes al último minuto y... y Juliana no logró escapar... la policía llegó al lugar... —se aclaró la garganta, continuando a luchar contra el llanto—. Pon las noticias, necesito saber lo que está sucediendo.

El chico no se lo hizo repetir una vez más y rápido fue a cumplir la orden.

«Aún no tenemos mucha información de la explosión que se produjo en uno de los muelles de la bahía de Santa Rita algunas horas atrás; pero se dice que el sitio fue el epicentro de un enfrentamiento entre las cabezas de dos grupos criminales. Una de estas era la tan buscada Juliana Conde, hija de Lucio Conde...»

Karolyn se enjugó algunas lágrimas y prestó más atención al escuchar aquel nombre.

«Sabemos que Juliana Conde ha sido trasladada a un hospital; aunque no sabemos con exactitud cuál sea su estado de salud tras el enfrentamiento... Al parecer la chica ha sido la única sobreviviente...»

Aquellas palabras fueron suficientes para que le regresara el alma al cuerpo. Estaba viva. Eso era lo único que le importaba. Juliana Conde estaba viva... Se volvió de espaldas, se cubrió el rostro con ambas manos y entonces sí dejó emerger aquel llanto desconsolado que había contenido con admirable coraje hasta ese momento.

—¿Ahora hacia dónde? —preguntó Will, apareciendo en la puerta del camarote—. Usted dirá.

Karolyn se enjugó las lágrimas con torpeza, miró la hora en la pantalla del ordenador y respondió acomodándose el cabello muy en alto: —A la isla, guardaremos el dinero en un lugar seguro y les pagaré lo acordado.

—¿Y la... patrona Conde? ¿No irá por ella?

—La pregunta está de más, Will —respondió ella y salió apartándolo de la puerta—. Cuando les des sus partes y meta el resto del dinero en un lugar seguro, volveremos a embarcar; y me llevarás de nuevo a tierra firme... Al puerto de la ciudad.

—Pero... regresar ahí como están las cosas es...

—Es lo que tengo que hacer para sacar a Juliana de dónde está.

Estaba decidida y dispuesta a llegar a ella como fuera. Sabía que con todo lo sucedido y la vida al margen de la ley que había llevado la hija de Lucio Conde, era un preciado trofeo para la policía; y la refundirían en la cárcel de por vida si llegaba a ser juzgada. Tenía que sacarla mientras continuara en el hospital. Seguramente estaría muy custodiada; y lo más probable era que por sus excompañeros, su equipo era el encargado del caso Conde. Ahora le restaba averiguar en qué hospital estaba y ese dato, ya tenía idea de cómo lo conseguiría...



Juliana parpadeó un par de veces cuando sus ojos entraron en contacto directo con la luz del día. Le dolía terriblemente la cabeza, en realidad le dolía todo el cuerpo y su hombro. Deslizó de inmediato la mirada hacia su hombro vendado. Quiso mover su mano derecha; pero algo metálico alrededor de su muñeca se lo impidió. Estaba esposada a la camilla. Reaccionó de súbito, rememorando todo lo sucedido y dándose cuenta que estaba en un maldito hospital bajo la custodia de la policía. Cerró con fuerza los ojos y maldijo para sus adentros. Se había metido en un gran lío... y ahora sí que no tenía idea de cómo salir. Y si no había muerto en el enfrentamiento, estaba más que segura de que Karolyn la mataría por haber mandado a la mierda el plan.

Se quedó con los ojos cerrados, visualizando en su mente la imagen de la chica. Un par de lágrimas corrieron por sus sienes. Sí que había mandado todo a la mierda y Karolyn no se lo perdonaría jamás. Lo único que la tranquilizaba era que sabía por cierto que la chica había logrado escapar con el botín, la última vez que la vio nadaba delante de ella veloz como un pez...

—Al fin despierta la “bella durmiente” —el mismísimo capitán Scott había estado impaciente, esperando que despertara después de la intervención quirúrgica para extraer el proyectil que se había incrustado en su hombro izquierdo.

Ella abrió los ojos, viéndolo acercársele con pasos lentos y una sonrisa complacida en los labios. Se quedó observándolo con atención, dándose cuenta que su hija tenía sus mismos ojos. Inevitablemente volvió a pensar en ella; en Karolyn, cuestionándose como estaría la chica en aquellos momentos, tal vez desesperada, preocupada, adolorida... y seguramente muy enfadada con ella; pero lo único que deseaba saber era que se hallaba bien y lejos de todo aquello. El enfado y todas aquellas emociones que seguramente estaría sintiendo la chica se le pasarían con el tiempo, y hasta tal vez lograría olvidarla y recomenzar una vida sin ella... Sabía que ella ya estaba condenada y pasaría todo el resto de su vida en la cárcel.

—¿Dónde está mi hija? —la pregunta salió de la garganta del capitán casi como un susurro y sus ojos se pusieron vidriosos, haciendo desaparecer aquella sonrisa arrogante con la cual se presentó.

Juliana esperaba vivamente que Karolyn estuviera bien lejos. —No sé de quién me habla —respondió, desviando la mirada, centrándola en la ventana semiabierta a su derecha, escuchando el insoportable tráfico de la ciudad.

El capitán Scott se le acercó aún más. —Sé que estaban juntas, sé por cierto que mi hija no murió en aquella explosión... sé que tú, maldita hija de... —se silenció y respiró profundo—. Te pudrirás en la cárcel, Juliana Conde... y yo me ocuparé de que tu estancia en ese lugar sea un verdadero martirio. Cargarás con todas las culpas de tu difunto padre; tráfico de drogas, blanqueo de activos y dinero... asesinato... *trata de blanca...*

Juliana lo miró y quería de verdad negar eso último porque de eso no sabía nada... pero de nada serviría, en el fondo sabía que dijera lo dijera, la culpabilizarían de eso también, y en parte hasta ella misma se sentía culpable por no haberse dado cuenta de que su padre era un... Igual ya no tenía importancia. Ella terminaría encerrada en una cárcel de máxima seguridad y, a juzgar del desprecio con que la miraba aquel hombre, la amenaza que le había hecho poco antes era ya un hecho. Algunas lágrimas luchaban por abandonar sus ojos; pero las contuvo. ¿Por qué diablos tuvo que regresar por Yasikov? Fue muy estúpido de su parte querer vengar a su padre cuando en realidad, y por vez primera lo pensó de verdad, su padre no merecía ser vengado.

Lo fulminó una vez más con la mirada y continuó intentando contener las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos; lágrimas de rabia contra sí misma, contra la policía... contra el mundo.

—¿Qué?... ¿No dirás nada? —preguntó el capitán y volvió a sonreír, autosuficiente.

—Aproveche su golpe de suerte, capitán Scott; haga lo que tenga que hacer —respondió y le volteó la cara una vez más; y luego sí, aquel par de lágrimas rodaron por su rostro como si le quemaran la piel.

Lo escuchó reír y luego sus pasos lentos hacia la puerta, hasta que desapareció finalmente y ella pudo abandonarse por completo al llanto.

Capítulo 35

Karolyn hacía de todo por hallar la clínica en donde tenían en custodia a la mujer que amaba. Sabía que no estaba en el hospital naval de la policía; gracias a algunos buenos amigos que aún conservaba pudo descartar esa opción, así como también sabía que con su padre a cargo de aquel caso, él de seguro habría ya supuesto que ella la buscaría y había tomado precauciones para que no la hallase.

Cada minuto que pasaba le dolía porque sabía que Juliana la estaría pasando mal; y por mucho que estuviera molesta con ella por haberse puesto a sí misma en aquella situación, la amaba más que a su vida e iría por ella adonde la tuvieran.

Rubén continuaba a su servicio y, gracias a ello, pudo acceder al sistema de datos del departamento de operaciones especiales luego de que el chico trabajara varias horas sin descanso.

—¡Lo tengo! —exclamó el joven, llevándose ambas manos a la cabeza.

—¿Lo has logrado?! ¡Increíble, genio! —respondió la chica y apagó el cigarrillo que fumaba para correr al computador.

—Es el expediente digital del caso Conde... y, afortunadamente, ¡acaban de actualizarlo! —dijo y tecleó algo mientras aparecían los scanners de toda la documentación que existía desde que la policía puso al viejo Conde en su mira, hasta los últimos acontecimientos con su heredera—. Aquí está... Esta es la dirección del sitio en donde está siendo atendida la patrona.

La exagente Scott observó la pantalla por unos largos segundos mientras su cabeza maquinaba un veloz plan de rescate, cosa bastante difícil. De solito, la chica, siendo una policía – expolicía, para ser precisos – se tomaba tiempo para idear sus planes; pero desgraciadamente no tenía tiempo para idear el *plan perfecto* y su mente tenía que trabajar lo más rápido posible, ya que su chica se hallaba en grave peligro y sabía que

apenas se recuperara un poco la trasladarían a una cárcel de máxima seguridad, y entonces sí que no podría hacer nada por ella.

—Bien —murmuró, asintiendo con la cabeza, tal vez se estaba dando ánimos a sí misma. La cruda verdad era que no tenía idea de qué hacer; mas no le importaba, algo se le ocurriría—. Cuando regrese Will me llaman, estaré en el camarote, ¿ok?

El chico asintió sin apartar la vista del ordenador.

Ella abandonó el cuarto de los equipos y se dirigió hacia el camarote como le había dicho al chico. Una vez que se encerró en aquel pequeño cuarto, el llanto la venció de nuevo y pues se entregó a este sin poner resistencia.

★ CON EL ENEMIGO ADENTRO ★

Unos toques insistentes en la puerta del camarote arrancaron a la exteniente de un profundo sueño. Se sentó de golpe, ni sabía en qué momento el sueño la había vencido. Se frotó los ojos irritados por el llanto y el cansancio, luego se acomodó un poco el cabello despeinado antes de abrir. Halló a Will frente a la puerta.

—¿Estás listo? —preguntó ella, ahogando un bostezo.

—Vamos —el tipo inició a caminar y le hizo una seña para que lo siguiera—. Sigo pensando que...

—¿Me has conseguido todo lo que te pedí? —lo interrumpió muy seria.

Él se volvió hacia ella por unos instantes. —Está todo en el auto que la espera en tierra firme.

—Bien —murmuró y, al llegar ante la puerta del cuarto de los equipos, se detuvo y miró el chico con espejuelos que estaba muy entretenido en su videojuego—. Nos estamos marchando —habló en voz alta para capturar su atención.

Él dio un salto en la silla y de inmediato se quitó los auriculares y se volvió a mirarla, asintiendo luego con la cabeza.

CON EL ENEMIGO ADENTRO

Luego de casi una hora de travesía, al anochecer, Karolyn tocó tierra finalmente. Se despidió de Will con un toque en el hombro y le sonrió levemente.

—Gracias... no sabes cuánto aprecio lo que están haciendo Rubén y tú; totalmente fuera del plan que teníamos.

El hombre se quitó la gorra y le sonrió de vuelta. —Jamás le negaría ayuda a la señorita Conde; y yo sé que ayudándola a usted, le ayudo a ella... Sé que es lo que ella me hubiera ordenado, así que... somos un equipo; no lo dude.

—Anda ve, descansa. Yo iré al lugar seguro que me mostró Juliana y desde ahí estaré en contacto con Rubén y contigo. El plan sigue tal cual lo hablamos, esperaré tu llamada. Buena suerte.

—Trate de descansar usted también —respondió Will y arrancó el motor de la lancha nuevamente, tomando un rumbo diferente al que habían tomado para llegar ahí.

En efecto, Karolyn regresaría al apartamento donde estuvo con la heredera Conde la última vez antes de hacerse a la mar. Tenía las llaves porque las tomó de las cosas de Juliana en el camarote del yate y sabía que ahí habría cosas que le pudrían servir. Mientras conducía el auto que Will había dejado listo para ella, pensaba en la mujer que amaba, cómo estaría, no solo de salud, sino también de ánimo; no se la imaginaba prisionera. Juliana era un alma libre y le estremecía imaginar el sufrimiento que le causaría estar cautiva.

Debía averiguar cuanto antes por su estado de salud. No tenía idea de sus condiciones y tampoco podía aventurarse a hacerla escapar si no estaba bien; y por otra parte estaba segura que en cuanto fuera posible para la policía la sacarían de la hospitalización para encerrarla en una cárcel. La atormentaba la sola idea de esa posibilidad; no estaba dispuesta a permitirlo... eso sería perderla para siempre.

Sumida en sus pensamientos llegó al apartamento. El lugar era discreto y práctico, confortable; pero desde que llegó la atacó la nostalgia y tuvo que luchar contra las lágrimas que la amenazaban constantemente. Soltó la bolsa que traía sobre el diván y se despojó de la ropa para tomar una ducha... Y ahí sí, no lo pudo contener más, el llanto hizo presa de ella una vez más, reviviendo cada caricia y cada recuerdo de las cosas vividas el tiempo que estuvo ahí con la mujer de su vida...

CON EL ENEMIGO ADENTRO

—¿Qué hace usted aquí? Este cubículo está custodiado. ¿Cómo le dejaron pasar? —preguntó muy molesto el capitán Scott cerrándole el paso al hombre con Biblia y rosario en mano, justo apenas entró en la habitación donde estaba internada Juliana.

—Dios le bendiga, hijo mío, y cure las heridas presentes o futuras del cuerpo y del alma —respondió el cristiano y le entregó uno de los folletos que traía.

—Lo siento; pero no debe estar aquí, no sé por qué le han dejado entrar, esta paciente está detenida y bajo custodia policial, no recibe visitas —la voz del capitán continuaba sonando molesta y su rostro denotaba desconfianza.

—No se enoje con los chicos de la entrada, solo me han dejado entrar luego de revisarme. Rezo todos los días por los pacientes de este hospital... Por la sanación de sus males y en este caso; a esta paciente le vendrían bien unas oraciones por la salvación de su alma.

—¡Con un demonio, maldición! —maldijo el capitán y dio un paso hacia el hombre que ya estaba junto a la cama; pero en ese momento sonó su celular y al ver la pantalla resopló y salió de la habitación, no sin antes señalar al sujeto con un dedo—. ¡Cinco minutos; cinco minutos solamente para su cháchara cristiana!

Cuando Juliana escuchó la puerta cerrarse abrió los ojos de golpe y se giró de inmediato, hallando ante sí el rostro familiar de Will.

—Se ve muy bien, patrona —murmuró el fiel compañero, lleno de satisfacción.

—¡Will! ¡Estás muy loco! —respondió ella y sonrió, contenta de ver un rostro conocido.

—He venido a checar la situación; pero pronto la sacaremos de aquí.

Ella lo tomó de la solapa de su indumentaria eclesiástica y lo acercó más. —¿Cómo está ella? ¿Demasiado furiosa conmigo? —la última pregunta denotaba cierto temor en su voz.

—Yo creo que sí... Pero nada más grande que su determinación por sacarla de aquí, estamos en eso.

—Sé que no podré hacerla desistir; pero es demasiado arriesgado, la policía no es tonta, ya viste como...

—Este tipo que recién salió, parece el jefe del resto, puedo eliminarlo, solo tengo que...

Juliana exorbitó los ojos y sacudió la cabeza. —¡No! Él es intocable; el capitán Scott es... su padre.

Will también exorbitó los ojos, no esperaba tal revelación. —¿Ella sabrá que es él quien está aquí?

—Debe saber, Karolyn conoce la obsesión de su padre con mi apellido; y el empeño de él por “cerrar” de una maldita vez el caso Conde.

—Como sea, ella vendrá por usted, muy pronto, solo queríamos saber cómo estaba...

Juliana suspiró y desvió la mirada por unos instantes. —Estoy bien; pero bajo ningún concepto quiero que se arriesguen —lo volvió a mirar.

—Desistir no es una opción, jefa —respondió el sujeto y sonrió, luego adoptó una postura relajada un segundo antes de que se abriera nuevamente la puerta.

—Fuera, cómo le dije antes, no puede estar aquí —dijo el capitán, llevándose las manos a la cintura.

—Ya me marchó, oficial —Will sonrió y los bendijo a ambos—. Dios esté con ustedes... Con permiso —luego se retiró con la Biblia entre las

manos y lanzándole una última mirada a la encamada.

—¡No veo la hora de sacarte de este sitio para llevarte adonde realmente debes estar! Lejos de la sociedad... entre los de tu clase. Gente como tú no merece la luz del sol.

—Capitán —lo interrumpió Juliana e hizo una mueca de desdén—, para chácharas insoportables ya tuve bastante con su amiguito clérigo hace unos minutos; por favor... estoy segura que tendrá cosas mejor para hacer que “intentar” amedrentarme, con su discursito de superioridad social donde usted es el bueno que limpia lacras de las calles y yo la hija de puta que quebranta el orden y la seguridad.

—¡Eres tan insolente! —dijo Scott, dando un par de pasos rápidos hacia ella y aferrando con fuerza la baranda de la cama.

Juliana sonrió y arqueó una ceja. —¿Se muere por hacerme callar de una cachetada, capitán?... Adelante —lo retó.

—Ganas no me faltan y mucho menos motivos... pero no olvidaré quien soy ni cuál es mi papel en esta historia. Mejor cállate... Iré por la enfermera para que venga a curarte. ¡Me urge que te den de alta!

Luego abandonó la habitación lleno de rabia. Tanta prepotencia en aquella mujer que acostumbraba a tener el mundo a sus pies lo irritaba demasiado... y pensar que aquella misma mujer era la causante de que hubiera *perdido* a su hija, solo acrecentaba el odio dentro de sí mismo.

Capítulo 36

Karolyn despertó cuando ya el sol estaba fuerte, con algunos toques agitados en la puerta. No respondió, tomó la pistola que reposaba bajo la almohada y caminó con los pies descalzos para no hacer ruido hasta la puerta.

—¿Quién? —preguntó con voz tranquila mientras sujetaba con firmeza el arma.

—Will...

—¡Cielos! —exclamó y le abrió de inmediato—. ¡Entra de una vez! —casi lo haló al interior y cerró nuevamente—. ¿Entonces? ¿Pudiste averiguar algo? —preguntó impaciente, colocando la pistola sobre la mesita junto al diván.

—Más que eso; la he visto —respondió Will y sonrió mientras le entregaba una bolsa con algo de desayunar—. Está bien, tiene un brazo vendado y el otro atado a la cama con unas esposas; pero está bien.

Karolyn exhaló un poco de aire. —¡Gracias a Dios!

—Pues sí; pero eso también quiere decir una cosa... no muy buena precisamente.

—Mj; que le queda poco tiempo en el hospital... Que nos queda poco tiempo para sacarla de ahí —respondió Karolyn y tomó un poco del jugo que le había traído Will.

—Me ha dicho que por ningún motivo debe arriesgarse, tal vez usted no deba entrar, yo puedo...

—¡Ni lo sueñes! Ese trabajo es mío; yo iré por Juliana —dijo ella con mucha firmeza en su tono de voz y en su expresión.

—Pero es que... la policía... la reconocerán de inmediato si la ven cerca, y su padre es...

La chica lo miro muy seria. —Él está ahí, ¿cierto?

Will asintió. —Él custodia su habitación al parecer permanentemente...

—Tendrá que alejarse en algún momento, y como sea; no será eso a detenerme.

Estaba determinada, movida por *amor*. No estaba lista para encarar a su padre; pero mucho menos para perder a Juliana y si no la sacaba de ahí pronto, sería un hecho que la perdería para siempre.

Abrió la laptop que estaba sobre la mesa, una de las pocas cosas que había empacado del yate y que venía con instrucciones de Rubén. Mediante ella se comunicó con el chico y escuchó bien atenta cada una de sus instrucciones. Rubén había logrado hackear el sistema informático del hospital y tenía acceso a las cámaras de las áreas comunes principales.

—La guardia debe cambiar a las seis de la tarde, y otro equipo releva a los oficiales que están de turno... incluido mi... el capitán Scott —dijo Karolyn, cerrando la laptop luego de unos minutos de chat con Rubén—. Y justo luego será mi momento.

—Yo voy contigo —contestó Will.

—No adentro, esperarás fuera en una ambulancia que tenemos que conseguir en tiempo récord; es más fácil desenvolverme si voy sola, no levantaré sospechas... Y en cuanto la tenga nos reunimos contigo.

—Aunque no esté el capitán pudieran reconocerte tus antiguos compañeros, es arriesgado...

—Lo he pensado todo, no te preocupes, ahora démonos prisa; tenemos que conseguir algunas cosas, incluidos documentos.



El cambio de guardia se efectuó una hora más tarde de lo que pensaban, por lo que Karolyn aguardaba para entrar en la instalación el momento preciso en que Rubén le avisara que su padre se había marchado. Finalmente recibió luz verde; el capitán Scott ya había bajado al estacionamiento subterráneo por su camioneta mientras los demás chicos se habían marchado en el mismo vehículo que había traído a los demás guardias.

—Atento, cuando se marche mi padre da la vuelta y espéranos en el estacionamiento interno; es más fácil llegar ahí que salir hasta aquí afuera —dijo la exteniente mientras miraba inquieta a todos lados y se colocaba una mascarilla clínica y unos lentes enormes.

—No te preocupes, todo saldrá bien, “Señorita Duarte” —Will sonrió y la apretó levemente un brazo.

Su celular vibró en el bolsillo de su bata verde y cuando Karolyn vio el nombre de Rubén lo rechazó, guardándolo nuevamente. —Ok, es el momento.

—Suerte.

A nadie le llamó la atención la intensivista desabordando una ambulancia de urgencias médicas y adentrándose en el hospital. Su corazón latía de prisa a cada paso que daba, y al atravesar la recepción y cruzar frente a dos policías y no ser reconocida en absoluto respiró más aliviada. Buscó el ascensor más próximo y entró, sintiéndose desahogada de que no había nadie más a abordarlo; pero su corazón dio un salto cuando otra pareja de uniformados apareció y lo detuvieron para abordar junto a ella. Estaba nerviosa; pero aun así hizo un esfuerzo por ocultar cualquier signo inestable que pudiera despertar la más mínima sospecha.

Ella iba al fondo del ascensor, con las manos a la espalda y apoyada en la pared, miraba al suelo. Percibía la vista de uno de los agentes sobre ella de vez en cuando durante el minuto que llevaban de viaje, y tan corto tiempo le pareció enorme... Las manos en su espalda rosaban la pistola ceñida a su cintura debajo de aquel atuendo y rezaba porque no tuviera que usarla. Le regresó el alma al cuerpo cuando se detuvieron en el piso siete y ambos guardias salieron del elevador.

—Ey, bonita... ¿haces guardia esta noche? —preguntó el último de ellos en salir, deteniendo la puerta por unos instantes.

—Mj...

—¡Yo también! —exclamó él con mucho entusiasmo cuando la vio presionando los controles para proseguir el ascenso hasta el octavo y último piso—. Puedo buscarte más tarde esta noche y...

—Mj —asintió ella por última vez antes de que la puerta se cerrara finalmente. «*Idiota*» .

Finalmente su viaje terminó en el octavo piso. Miró a lo largo del extenso corredor al salir del ascensor y divisó la pareja de guardias que se hallaba a mitad del pasillo, sabía que aquella era la habitación de Juliana. Avanzó, haciendo acopio a toda su tranquilidad porque la necesitaba, un solo paso en falso que la delatara y sería el fin para ambas. Llegó frente a la puerta y, a pesar de llevar el cubrebocas, esbozó su mejor sonrisa y se aclaró la voz.

—Buenas noches, chicos, Anna Duarte; intensivista de la clínica central estatal —mostró su credencial, alzando la tarjeta que llevaba colgando de un cordón alrededor del cuello—. Vengo por la paciente —buscó entre el file que traía bajo el brazo en una lista y luego leyó deslizando el dedo índice sobre las letras—. Juliana Conde... tengo órdenes de traslado.

Ambos agentes se miraron y luego nuevamente a ella.

—No tenemos conocimiento de ningún traslado, y sí órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie, esta paciente está detenida —dijo uno de los uniformados.

—Lo siento, solo hago mi trabajo, pueden leer la orden de traslado si quieren —les extendió el documento debidamente firmado y rematado con un cuño clínico.

—Entiendo, señorita; pero eso es imposible, no nos han informado nuestros superiores y hasta que lo hagan no pasará nadie... mucho menos la sacarán de aquí.

Estaba resultando más difícil de cuanto pensaba; pero había venido por algo y no iba a rendirse.

—Muy bien —asintió ella en tono molesto—. ¿Tendré que llamar al capitán Scott para informarle que sus hombres no me permiten hacer mi trabajo? Lo he visto de salida y sabe lo que está sucediendo.

—Pero él no nos... —comenzó a decir el guardia.

—¡Ok, llamémosle al grandulón malhumorado a ver qué regalo se llevan! —exclamó con desdén y tomó su celular—. Es una pena que luego

de una extensa jornada deba recibir quejas de sus subalternos... pobre hombre; pero si no me dejan de otra yo... —se llevó el celular al oído—. ¿Sí?... tío Scott, sí, soy Anna, estoy en la clínica aún; pero resulta que el documento de la dirección de salud no vale de nada para tus hombres ya que...

—¡Espere!... Espere, no queremos problemas...

—No, tío, no... —sonrió, guiñándole un ojo a los guardias—. No te enfades, son buenos tus muchachos, no querían; pero ya están entendiendo... Ok, tío, un día de estos paso a saludar por la casa... vale —y terminando su teatro improvisado, cortó la falsa llamada y guardó el papel que les había mostrado—. Ahora con permiso, chicos; pero tengo trabajo que hacer.

—Aguardaremos aquí, la reclusa está esposada, no representará algún peligro.

—Oh, descuiden... para nada lo será...

Finalmente logró zafarse de aquellos dos y entró al cubículo, cerrando la puerta tras de sí. En cuanto sus ojos cayeron sobre Juliana su corazón se aceleró. Corrió hasta ella que descansaba y le acarició un brazo.

—¡Oye! —se quejó la Condesa abriendo los ojos; mas bastó un segundo para que reconociera aquellos otros ojos aun a través de las enormes gafas.

—Shshshh... Ya habrá tiempo para todo, cariño, ahora tenemos que salir de aquí —comentó Karolyn en voz baja y le acarició el rostro.

La mirada de Juliana denotó toda la felicidad que sintió al ver aquel hermoso rostro ante ella. Quería abrazarla, quería besarla y, sobre todo, quería pedirle perdón por la enorme tontería que había cometido, poniendo en peligro la vida de amabas, casi destruyendo ese futuro que habían planificado juntas. Un par de lágrimas que no pudo contener abandonaron sus cansados ojos.

—Ey, preciosa —Karolyn se apresuró a enjugar aquellas lágrimas, conteniendo las suyas propias—, estoy aquí... Te sacaré de aquí, mi vida.

—Fui una estúpida... yo...

La exteniente la interrumpió con un beso corto pero intenso. —Lo hecho, hecho está. Ahora salgamos de aquí, ya hablaremos luego, ¿sí?

Juliana asintió con la cabeza y esbozó una leve sonrisa mientras escuchaba atentamente las rápidas instrucciones de Karolyn...

OceanofPDF.com

Capítulo 37

Los dos guardias que custodiaban la puerta del cuarto de hospital se hicieron a un lado cuando vieron a la “doctora” de lentes enormes salir, transportando la camilla con la paciente aparentemente dormida. Ambos miraron hacia la prisionera.

—Le he dado un sedante —comentó la chica, percatándose de aquellas miradas desconfiadas encima de su chica—. Estará inconsciente por un par de horas. El vehículo de traslado nos espera en el estacionamiento interno.

Los guardias la siguieron hasta el ascensor y uno de ellos se precipitó para presionar el botón. Karolyn los observaba con disimulo a través de aquellos lentes. El corazón le latía muy fuerte. Estaba muy nerviosa. Había pasado toda su vida deseando convertirse en una paladina de la justicia y defensora de los más débiles, y lo había conseguido. Era una magnífica agente de policía, una teniente, con un prometedor futuro... pero como dice el dicho: *“El amor todo lo puede”*. Y poco le importaba infringir la ley por aquella mujer que se había convertido en su único deseo. Haría de todo por ella, por ese amor...

Finalmente las puertas del ascensor se abrieron ante ellos. Karolyn entró de espaldas, trajinando la camilla consigo hasta el fondo. Los dos agentes también entraron y se quedaron frente a la puerta, de espaldas a ella. Uno de ellos presionó el botón que los llevaría hacia el plano tierra y volteó la mirada hacia la “doctora” que le asintió levemente con una sonrisa que envolvió sus ojos; pero en ese instante el intercomunicador de su colega emitió un ruido y luego se escuchó fuerte y clara la voz del capitán Scott, haciendo temblar a la chica de grandes anteojos:

«Agente Rodríguez, me acaban de comunicar que han abandonado la posición. ¿Qué rayos está sucediendo?»

Ambos agentes intercambiaron una mirada fugaz y llevaron las manos a la funda de sus armas; pero no tuvieron tiempo de desenfundarla ya que Karolyn fue más veloz que ellos y, con un movimiento bastante rápido y casi asombroso, penetró la aguja de una jeringa en el cuello del que tenía más cerca, suministrándole una grande dosis de un potente sedativo a la vez

que apuntaba con su arma al otro policía, quien vio al colega desplomarse en el suelo en pocos instantes.

—Nadie tiene que salir herido, agente —dijo la chica con voz calma, quitándose con la mano libre el cubrebocas mientras escuchaba aún la voz alterada y desesperada de su padre por el intercomunicador.

—T-teniente Scott... —tartamudeó el policía, reconociéndola y sin apartar aún la mano de la funda donde reposaba su arma.

—No cometas ninguna estupidez, agente Rodríguez... podemos salir de aquí todos vivos —ella le mostró otra jeringuilla que contenía el mismo sedativo que le había inyectado al otro.

El agente le sostenía la mirada con admirable coraje y al escuchar el sonido inconfundible del seguro quitado en otra arma, sus ojos se incrustaron en los de Juliana Conde, quien también le apuntaba, sosteniendo con firmeza la pistola con su mano esposada.

—Mejor la escuchas, muchacho... porque yo no lo pensaría dos veces en hacerte volar los sesos —lo amenazó con aquella mirada fría como hielo.

El chico tragó en seco, sabiendo que hablaba en serio, que no lo dudaría ni un segundo en teñir las paredes metálicas del ascensor con su sangre. Así que tomó la decisión más sabia y alzó las manos a la altura de su cabeza mientras la voz en su intercomunicador se dejó de escuchar, lo que alarmó aún más a Karolyn, conociendo a su padre, sabía que estaría ahí con todo el departamento de policía de la ciudad en cuestiones de minutos.

No tenían tiempo que perder. Karolyn le suministró el sedativo al policía, quien no se opuso en lo absoluto y al igual que su compañero se desplomó segundos después en una esquina.

—Las llaves —dijo Juliana, haciendo tintinear las esposas que la aprisionaban a aquella camilla.

De inmediato la exteniente buscó las llaves, encontrándolas encima del agente Rodríguez. Liberó finalmente a Juliana al mismo tiempo que el ascensor se detuvo en el estacionamiento interno donde las esperaba Will para llevarlas bien lejos de allí.

—¡Vamos, rápido! —exclamó la chica, aferrando a Juliana por su brazo sano mientras descendía de la camilla y arrastrándola fuera del elevador

deprisa.

Un disparo les impidió llegar a la ambulancia en donde esperaba Will. Otros cuatro guardias salieron de inmediato de otro elevador y comenzó una cacería en donde sabían que ya no valdrían sedantes ni medios términos; y rendirse no era jamás una opción.

—¿De dónde diablos salieron?! —exclamó Juliana mientras se agachaba detrás de uno de los autos estacionados, pistola en mano.

—¡Mierda! ¡Se suponía que debíamos llegar a la ambulancia antes de que ellos nos alcanzaran, seguramente el capitán los alertó! —respondió la exteniente, disparando hacia los uniformados que también habían hallado donde cubrirse.

Will había abandonado el vehículo cuando vio a las chicas, seguramente con la intención de ayudar a Karolyn, pensando que sacaría a la patrona en la camilla. Un grave error, ya que el fuego de la ley no le permitió volver al vehículo, así que trató de llegar hasta ellas...

—¡Si tan solo hubieras seguido el plan en el muelle, qué distinto hubiera sido! —reclamó Karolyn mientras disparaba nuevamente.

—Lo siento, ¿vale?... ¡Sé que no me alcanzará la vida para pedirte perdón!

Karolyn disparó, alzándose un sobre el auto y luego se lanzó al suelo nuevamente y la miró a los ojos. —Sabes que ya te perdoné... Aquí estoy, no podía ser diferente.

Por un momento se quedaron perdidas una en los ojos de la otra, hasta que con cierta brusquedad Juliana la empujó a un lado y alzó la pistola, disparando contra uno de los guardias que había logrado escabullirse entre los autos y apareció a espaldas de Karolyn. El tipo cayó al suelo, llevándose las manos al pecho.

—¡Rayos!

—¿Cuántos son?! —preguntó Karolyn, exorbitando los ojos.

—¡De momento creo que eran cuatro con el que cayó!

Will corrió, disparando como un loco y se lanzó al suelo hasta llegar a ellas. El fiel compañero jamás las dejaría, Juliana se había ganado su lealtad

y contaba con ella para siempre.

—¿Están bien?! —preguntó, reparando de inmediato en la mancha de sangre sobre la venda que cubría todo un hombro de Juliana y le inmovilizaba un brazo.

—Sí, es solo el movimiento, estaré bien.

—Regresaré a la ambulancia y vendré por ustedes, es nuestra única oportunidad —dijo el sujeto, buscando la aprobación de las chicas.

—¡Demasiado riesgoso! —exclamó Juliana, negando con la cabeza.

—Will tiene razón —dijo Karolyn—. El resto está por llegar y si no salimos antes, no lograremos escapar.

—¡Rayos!... ¡Ve, te cubrimos! —la Condesa terminó aceptando aquella loca idea y a la cuenta de tres tanto ella como Karolyn iniciaron a disparar contra los oficiales, mientras Will echó a correr rápidamente hacia la ambulancia.

Todo sucedió muy rápido. El fiel aliado de Juliana Conde llegó a la ambulancia; pero justo al abrir la puerta varios disparos impactaron sucesivamente en su espalda....

El tiempo pareció detenerse para Juliana cuando lo vio doblarse del dolor y aferrarse a sus últimos instantes de vida para abrir fuego contra el enemigo; logrando derribar a uno de ellos, pero los otros dos tenían blanco fácil y no se midieron para descargar una lluvia de disparos sobre él.

—¡Noooooooooooo! —gritó su patrona al verlo caer, sabiendo que era para siempre. Se puso de pie, disparando contra la pareja de oficiales con una mezcla de dolor y rabia.

—¡Juliana, cúbrete! —gritó Karolyn y se paró junto a ella uniéndose al fuego abierto sin restricciones.

La pareja de oficiales recibió una muerte rápida. No esperaban tal reacción al descubierto y el factor sorpresa los tomó desprevenidos, trayendo consigo un desenlace fatal.

Juliana corrió hacia el cuerpo sin vida de quién, más que uno de sus mejores hombres, era considerado por ella un amigo... tal vez el único.

—Oh, Will —dijo, hincándose junto a él mientras colocaba la pistola en el suelo y le levantaba la cabeza—, esto no debió suceder, es mi culpa —se lamentó sin preocuparse por esconder las lágrimas.

—Lo siento... Lo siento, cielo —Karolyn la abrazó y le besó la frente, luego miró alrededor, inquieta—. Pero Will murió por un motivo, y no puede ser en vano... Tenemos que irnos, Juliana.

—No puedo solo irme y dejarlo así.

—Ey, ¡escúchame! —exclamó la exteniente y le tomó el rostro entre sus manos, obligándola a verle a la cara—. ¡Tenemos que salir de aquí, y es ahora! Ya perdimos a Will; ¡no hagamos que su muerte haya sido en vano!

Juliana asintió y recogió su arma del suelo, luego se alzó. —¿En la ambulancia?

—¡Sí, de prisa!

Subieron de inmediato al vehículo. Las llaves estaban puestas y Karolyn tomó el volante ya que Juliana tenía un brazo inmovilizado. El motor rugió y emprendió la marcha, bordeando el cuerpo de Will en el asfalto del estacionamiento; pero justo cuando estaban a punto de llegar a la puerta una camioneta oscura les apareció de frente, obligando a Karolyn a estrellarse contra una de las columnas...

Capítulo 38

Karolyn abrió los ojos de golpe, sintiendo un leve dolor de cabeza tras impactar contra el volante.

—¡Maldición! ¿Estás bien?! —exclamó preocupada por Juliana, quien recibió un ligero golpe en la frente con el frenazo brusco y sangraba un hilillo de sangre; pero se incorporó de inmediato y empuñó su arma.

—¡Bajen del vehículo con las manos en alto y donde pueda verlas! ¡Entreguen las armas! —rugió el capitán Scott con aquel vozarrón que Karolyn conocía bien.

—Papá —murmuró la chica, viéndolo a algunos metros a través del magullado espejo lateral.

Él estaba de pie junto a su camioneta, apuntando hacia la ambulancia con el ceño fruncido y aquella actitud que dejaba muy claro que haría de todo por detenerlas.

—Amor... —dijo Karolyn, volteándose otra vez hacia Juliana.

Los ojos de aquella mujer eran lo más hermoso que la heredera Conde había visto en la vida y verlos rojos, luchando contra el llanto por la batalla que se libraba en su interior, era algo que la desarmaba por completo.

Juliana asintió y le besó los labios. Apoyó su frente en la de ella unos segundos y apretó los párpados con fuerza, luego sin mirar atrás lanzó su arma por la ventanilla y salió rápidamente, levantando el brazo sano en señal de rendición.

—¡Juliana! —exclamó Karolyn y abrió la puerta del conductor, saliendo también mientras lanzaba la pistola al suelo.

Cuando los ojos de la hija hallaron los de su padre, le sostuvieron la mirada; sintiéndolos arder inevitablemente.

—Aquí estoy, capitán Scott —dijo Juliana y dio un paso al frente.

—Aquí *están* —respondió él, frunciendo aún más el ceño, doblegado por la ira, por el dolor de ver a su única hija del otro lado y no del suyo—.

Todo esto es culpa tuya, maldita delincuente —vociferó y apuntó directamente hacia Juliana.

—¡Papá, no! —gritó Karolyn, interponiéndose delante de la mujer que amaba, con los brazos en alto.

—¡Apártate y no me llames así! —rugió el jefe de la unidad especial contra el crimen y apretó con más fuerza su arma.

No contaba el capitán con la pistola de Will... Karolyn la llevaba entre el cinturón y su espalda, y en un movimiento bastante rápido Juliana la tomó y haciéndose a un lado le apuntó al “enemigo”.

Karolyn exorbitó los ojos.

—Esto no tiene por qué salir mal, capitán —dijo Juliana, apuntándole.

—¡No saldrá mal, ustedes irán a la cárcel como debe ser! —gruñó él.

—Conmigo puede hacer lo que guste... pero Karolyn se va, ella no es como yo; ella no debe pagar por mis culpas.

—¡Juliana, basta! —exclamó la exteniente, recuperando la voz, dándose cuenta de lo que estaba sucediendo; y no quería salvarse, no quería ser libre si la perdería para siempre.

—¡Ella escogió de qué lado estar y eso deberá pagarlo! —dijo el capitán, mirando directamente a su hija con una sombra de decepción en su mirada. Volvió la vista hacia Juliana—. ¡Espero estés satisfecha, maldita escoria! ¡Me arrebataste lo más grande que tenía en la vida!

—Ella se va, capitán... ¡o de aquí no me saca viva! —insistió Juliana, quitándole el seguro a la pistola.

Él se rio furioso. —¡No sabes cuánto deseo que me das un solo motivo para meter una bala en tu cabeza, Conde!

—¡¿Qué espera, capitán?! —Juliana lo encaró con más firmeza, sujetando firmemente su arma; pero justo en ese momento escucharon un “click”... y al voltearse estaba Karolyn con el cañón de un pequeño revólver apuntando a su propia cabeza.

La hija del capitán sonrió mientras con una mano secaba sus lágrimas. —¿Recuerdas este revolver, papá? Me lo regalaste tú.

—Ey, Karolyn; qué haces, amor... baja esa arma ahora mismo... tesoro... —murmuró Juliana sin dejar de apuntar al capitán; pero notablemente aterrada por lo que la chica estaba haciendo.

El jefe de la unidad policial permanecía en silencio, sin dejar de apuntar a su objetivo pese a que sus ojos estuvieran fijos en la criatura que más amaba en la vida. El estricto capitán Scott no comprendía cómo las cosas habían llegado hasta aquel punto... No entendía cómo “la había perdido”, y ahora ella estaba ahí, del lado equivocado por una persona que estaba convencido no era digna de ella, una persona para quien la impunidad y el poder representaban todo en la vida y que no sería capaz de sacrificar nada de eso por ella... una persona que no la amaba de verdad y a quien su corazón de padre se negaba a aceptar ya que no merecía a su *princesa*.

—No veo otra salida para esto. Es evidente que entre ustedes no hay tregua posible; y yo me estoy sintiendo horrible por estar entre dos aguas.

—K-Karo... amor... suéltala... esa no es la salida... —dijo con voz de súplica la criminal que más ansiaba detener aquel hombre frente a ellas.

Pero Karolyn no escuchaba razón. —Lo siento, papá —continuó y sonrió, justo cuando escucharon el lejano sonido inconfundible de unas sirenas de patrulla—. Ya están por llegar tus muchachos; tendrás lo que quieres... Espero de verdad que eso te de paz y logres sentirte satisfecho contigo mismo.

—¡No! —exclamó Juliana ante la mirada recia y vidriosa del capitán y, soltando su arma rápidamente, le arrebató la de Karolyn lanzándola a varios metros. Se volvió a mirarlo—. Haga lo que tenga que hacer, capitán —dijo, extendiendo hacia este su brazo, esperando dispuesta ser apresada... Sin ella nada tendría sentido.

Unos instantes de silencio reinaron; pero no había mucho tiempo que perder. El condecorado jefe de la policía bajó lentamente el arma y llevó una mano a su espalda, en donde llevaba siempre las esposas; mas en lugar de esto tomó las llaves de su camioneta y las lanzó a la chica.

—Tienen menos de cinco minutos para salir de aquí —el capitán se sacudió la nariz y miró a Karolyn—. La policía está por llegar.

—Papá...

—Fingiré que me han golpeado para llevarse mi auto; pero tiene que ser ahora... No quiero verte en prisión, prefiero saber que eres... *feliz*... a tu modo; pero *feliz*... Porque yo te amo, hija.

Ambos se abrazaron mientras Juliana permanecía inmóvil, no sabía cómo reaccionar ni qué decir ante semejante prueba de amor. Se limpió el rostro cuando los vio abrazarse y sonrió levemente.

—¡Rápido, están muy cerca! —repitió el capitán, separándose de su hija y luego le dirigió una última mirada a Juliana—. Más vale que no vuelva siquiera a saber que has hecho de las tuyas, Conde.

—Estaré muy quieta, capitán, se lo aseguro.

Él asintió y luego las vio abordar el vehículo, les indicó que ruta debían seguir y luego se adentró más en el estacionamiento; se golpeó la cabeza en una de las columnas y se sentó sonriendo mientras la sangre de su herida le mojaba el rostro.



Karolyn despertó y al darse cuenta del brazo que la rodeaba sonrió. Se giró despacio, no quería despertarla; pero al voltearse se encontró con los ojos de Juliana mirándola como si fuera la luz del día.

—Buenos días, dormilona —dijo Juliana y le dio un beso en los labios mientras le apartaba el cabello a un lado delicadamente.

—Ciertamente es uno de mis mejores días —respondió Karolyn y la besó nuevamente—. ¿Cómo estás? —preguntó luego, acariciándole el hombro con un vendaje ya más ligero.

—Oh, estupenda... y con esta enfermera sexy que duerme conmigo no tengo chance ni de acordarme de una pequeña herida.

Ambas sonrieron y casi a la vez recordaron la noche anterior. La cena en la arena. La velada bajo la luna. La vida maravillosa que disfrutaban desde hacía tres días ya y que nada ni nadie podría perturbar.

—¿Ah sí? ¿Se queja, señora Conde, de los cuidados que recibe? —preguntó la exteniente en tono ligero mientras se acomodaba a horcajadas sobre ella.

—¡Oh no! No es una queja... es un incentivo para que sepas que tu amor me hace bien —hundió una mano entre su cabello y la atrajo hacia ella—. Que precisamente es todo cuanto necesito para sanar cualquier herida... Que te amo y deseo lo mejor para ti, por lo cual voy a ser la persona que mereces. Y que... si me dices que sí... —dijo mientras su mano abandonó el cabello de la mujer que amaba para tomar algo en el cajón junto a la cama.

Karolyn exorbitó los ojos. —Oh.

—Mj —asintió Juliana mientras ambas se arrodillaban sobre el lecho—. Es la promesa de que no pasaré un solo día de mi vida lejos de ti. ¿Te casas conmigo, bonita? —preguntó, mostrando un anillo precioso.

—¡¿Y cómo no, mujer?! —exclamó como una chiquilla emocionada y fue por sus labios, devorándolos con necesidad—. ¡Claro que sí!

Cuando se separaron, Juliana le colocó el anillo y la volvió a besar mientras la envolvió en sus brazos.

—Te amo —murmuró la exteniente entre pequeños e incesantes besos.

—Yo más.

—Habrá que verlo —Karolyn se rio.

—¡Mejor sentirlo! —exclamó Juliana y la empujó contra el lecho.

—Creo que sí está usted bastante recuperada, paciente —dijo Karolyn y sonrió mientras se mordía el labio inferior.

—Ya se lo había dicho, *enfermera*... Mi medicina está aquí; y voy por la primera de mis incontables dosis diarias —respondió la Condesa, perdiéndose debajo de las sábanas...

Perdieron la noción del tiempo, de todo, como sucedía cuando estaban a solas; como sucedería toda aquella vida maravillosa que estaban comenzando, luego de tantas trabas y de lo que parecía un abismo entre ambas.

Una isla lejos del resto del mundo; un paraíso personal en que vivirían la historia de amor que iniciaron a escribir desde el primer momento en que se vieron. Todo cuanto necesitaban era una a la otra... Y finalmente se tenían para siempre. El pasado era ahora un recuerdo y había mucho al horizonte como para voltear a mirar hacia atrás.

OceanofPDF.com

ALGUNOS MESES DESPUÉS...

—¿Segura que quiere hacer esto, teniente Scott?—se escuchó la voz severa del capitán a través del teléfono satelital que sostenía nerviosa Karolyn.

—Sí, capitán... Y me encantaría que usted estuviera presente.

El padre de Karolyn sonrió. —Entonces prepare el operativo, teniente... Su madre y yo no nos perderemos ese acontecimiento.

—¡¿En serio papá?! —preguntó emocionada ante la mirada enamorada de Juliana que la contemplaba a varios metros.

—Por nada del mundo, hija... Quiero ser parte de tu felicidad.

—¡Está claro, mi capitán!... Papá... te amo.

Él se aclaró la voz e intentó sonar severo nuevamente. —Correcto, envíe las coordenadas... y prepare champagne. ¡No todos los días voy a la boda de mi única hija!

Fin

OceanofPDF.com



Otras novelas de Sra. Sotto



LUNA ROJA

El acercarse de la Luna Roja representa un peligro para Aíra, quien desde su nacimiento se ha visto obligada a escapar de enemigos que pretenden usarla para sus más oscuros propósitos. En su incesante fuga se topará con la hija predilecta del supremo líder de la raza de vampiros, que con su astucia y determinación logrará capturarla para llevarla ante su adorado padre; el supremo líder de la raza de vampiros... pero sus planes se ven afectados cuando, sin darse cuenta, inicia a enamorarse de su prisionera...

Giara y Aíra están predestinadas a estar juntas, y así lo entenderán a través de las difíciles situaciones que deberán enfrentar para conseguirlo. Secretos ocultos y preguntas sin responder tejen una serie de conflictos en medio de los cuales nace el amor, ese amor que las hará ir en contra de todo y de todos por permanecer juntas.



LUNA ROJA II: EL REGRESO DEL MAL

Medio siglo sepultando un pasado tortuoso que parecía imposible que las alcanzara, cuando de repente un día, la vida maravillosa que llevaban se vio sumergida en la oscuridad nuevamente... amenazada de muerte.

Giara y Aíra deberán probarle una vez más al mundo que el sentimiento que las une es más fuerte que cualquier obstáculo, que las mantendrá unidas pese a los intentos por separarlas; y descubrirán que su fuerza radica precisamente en eso: el Amor que unió sus almas cinco décadas atrás bajo la Luna Roja.

Una enemiga muy fuerte que representa un peligro latente para ellas y el universo entero está de vuelta, camuflada en las sombras y jugando sucio en busca del momento oportuno para dar la cara. Adalhisha está de vuelta y quiere lo suyo: recuperar “su cuerpo” y destruir a su peor enemiga para saldar la vieja deuda pendiente.

¿Cómo sortearán la muerte y el regreso del mal?... Lo sabrán solo al momento justo, mientras tanto tendrán que aferrarse a la luz que habita en ellas desde que unieron sus almas por la eternidad, porque esa luz será como ha sido siempre; la única arma en el universo capaz de vencer la oscuridad.

OceanofPDF.com



¿CULPABLE?... SOLO DE AMARTE

Su único objetivo era “Aguilar”, acercarse a ella y ganarse su confianza para descubrir dónde escondía el botín del robo... o al menos eso creía; hasta que su corazón comenzó a dispararse cada vez que Érica le hablaba, o hacía uno de sus comentarios cargados de doble sentido, logrando ponerla nerviosa. Entre sus planes no estaba enamorarse de su ángel guardián en aquel infierno, pero cuando apagaban las luces... adoraba que la envolviera entre sus alas.

Ella llevaba ocho años de prisión por un crimen que no cometió y la cárcel la llenó de rabia. Era fría y amaba el silencio, hasta que descubrió que adoraba sentir su calor estando en sus brazos y escucharla decir incoherencias en tropel cuando estaba nerviosa. Diana Castro se convirtió en su protagonista en las historias de amor de cada libro que leía, y con

ella supo que para que una novela rosa tuviera final feliz; no necesitaba un príncipe azul... bastaba una princesa con el azul en el cabello.

OceanofPDF.com



POR AZARES DEL DESTINO

Michell Torino es una mujer que conduce una vida al límite y no tiene escrúpulos cuando se trata de obtener lo que desea; no pide permiso, solo lo toma a las buenas o a las malas... pero detrás de toda esa fachada de mujer fuerte, determinada y con un corazón de hierro, se esconde una chica con un trágico y oscuro pasado, siendo precisamente ese pasado lo que la llevó a convertirse en una de las personas más poderosas y temidas del país. Sin embargo, todo su mundo cambia cuando por azares del destino, se tropieza en su camino con Angie Montenegro; una chica rebelde que no calla lo que piensa, que es osada, no le teme, y es justo ese carácter muy suyo lo que va conquistando poco a poco el corazón de la doña...

OceanofPDF.com



EN LA SUITE 510

Muchas veces nos abstraemos de ver lo esencial en la vida por no tomarnos el trabajo de descubrir que más allá de convencionalismos, existen cosas hermosas. El amor... ¿existe algo que haya inspirado con más fuerza? No importa de donde venga ni hacia donde va, cuando es auténtico y correspondido, no hay nada que justifique cerrarle las puertas; sabios aquellos que logran comprenderlo.

Elizabeth y Leyla, se conocen sin máscaras, en medio de un mundo que juega a ponerle barreras que las separen; y aun envueltas en un sinfín de temores y fantasmas, aceptan que su destino es estar juntas. Por encima de prejuicios sexistas, de un pasado tormentoso y diferencias marcadas en un medio social visiblemente clasista, se separan casi a fuerza y; sin embargo, el amor permanece intacto por casi dos años, tiempo que utilizan una para sanar... y la otra para convertirse por amor en la persona que deseaba ofrecer de sí misma.

El inesperado reencuentro no deja lugar a dudas de que eran una para la otra, dos mujeres intensas que se pertenecían desde el día en que se

conocieron accidentalmente en la suite 510, y para quienes la vida ya tenía reservado su final feliz.

OceanofPDF.com



SOY DE TI

Un reinado déspota y tiránico llega a su fin precisamente el día en que una nueva historia de amor comienza. Dos caminos predestinados a cruzarse coinciden precisamente en medio de una tragedia real: el tirano rey de Zendavia ha muerto, aparentemente a manos de una desconocida cortesana que fungía como asesina a sueldo.

Para nada apreciado, ni por su pueblo ni por la realeza – incluida su propia familia –, Claudio II De Bourne contaba con la enemistad de suficientes personas capaces de ordenar su muerte; sin embargo, la identidad del autor intelectual del magnicidio supone una incógnita.

El trono cae en manos del hermano bastardo, quien pretende suceder a su antecesor también como esposo de su majestad la reina Amaia... solo que no contó con que esta resultaba ser precisamente uno de los corazones de esta historia de amor; y que el otro papel protagónico, ya

estaba ocupado por la heredera al liderazgo de la oprimida tribu de hechiceros del bosque: Galia.

Entre entuertos e intrigas se desarrolla toda una madeja de hechos que intentarán separar a las protagonistas a toda costa; mas quien por amor obra y se adhiere a la justicia, siempre encuentra redención y merece su final feliz. Conozcamos pues, las verdaderas caras de los personajes de esta historia...

OceanofPDF.com

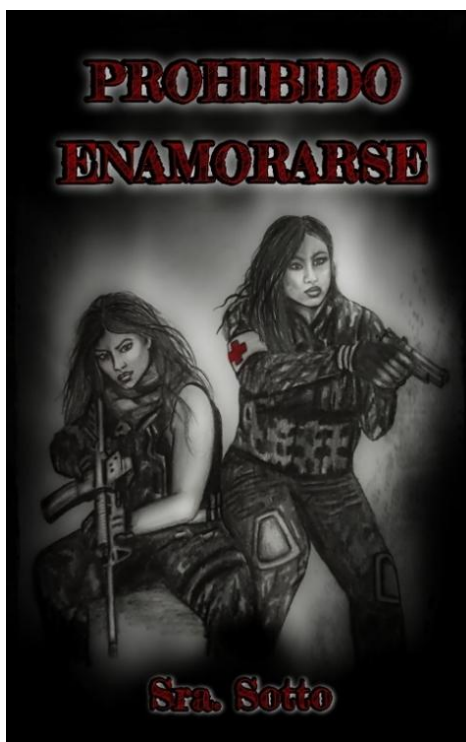


MI DULCE CONDENA

El rostro lúgubre de la guerra sonríe, tiñendo de rojo intenso las tierras de Dragorian y Atridac; dos reinos enemistados a través de los años. Una alianza entre ambos territorios promete ser el bálsamo que sanará las heridas de la contienda: un matrimonio.

Tras la turbia muerte del hijo primogénito del monarca dragoriano, no queda más alternativa que tomar en cuenta sus últimas palabras; y continuar con la deseada alianza que detendrá el sufrimiento de tantos inocentes... Una boda inusual en su tiempo: dos novias.

Secretos, intrigas, complots, corrupción y venganza. Valerie y Rubí, las princesas obligadas por las circunstancias a atarse en un matrimonio que figura ser un yugo pesado, el cual deberán cargar por el resto de sus vidas; pero el destino da un traspié a favor del amor y convierte en dulce aquella inicial amarga condena.



PROHIBIDO ENAMORARSE

«Cuando la vida te cambia en un segundo y a partir de entonces, te transforman en la villana del cuento de horror y sangre que otros han creado, cuando pasas de ser la intrépida capitán a cargo de un comando de operaciones especiales, para convertirte en fugitiva y vivir entre las sombras...cuando pierdes la única persona que te queda en la vida, a cuenta de una cacería absurda en tu contra...

Pierdes la fe en el sistema, en lo que fuiste y en todo lo que te hizo portar un uniforme con orgullo; para convertirte en una máquina despiadada que funciona solo con más sangre. Tu vida se centra en la venganza y crees que eso vale toda la pena.

Cuando creí que ya no quedaba nada por perder y solo necesitaba cobrar la deuda que tenía la vida conmigo, aparece ella, mi “Rambo-Girl” y endereza el mundo que llevaba de cabeza sobre mis espaldas, aprieta mis tornillos flojos y engrasa mi corazón con su arte de cirujana infalible. Ella, mi golpe de energía cuando ya nada me importaba; y pasó a importarme tanto... tanto como para convertirse en mi excepción de la regla. Enamorarse estuvo prohibido hasta que la conocí a ella, mi doctora

favorita; la mezcla perfecta de ternura y fuerza que necesitaba mi corazón y yo no lo sabía.»

Leia Walker.

OceanofPDF.com

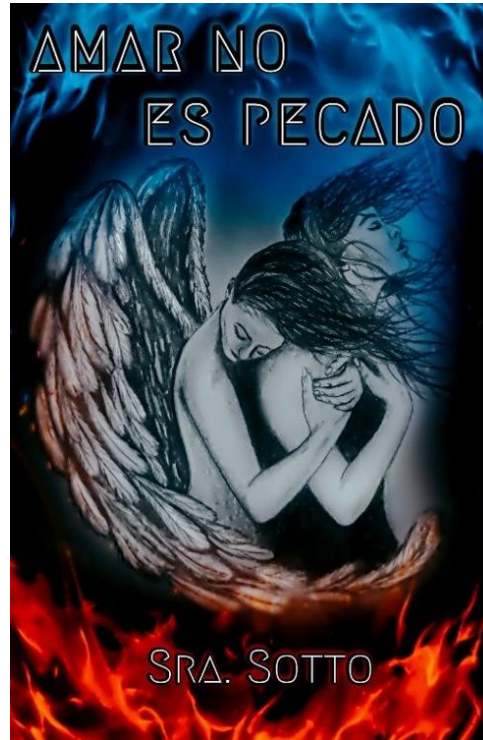


LA LUZ DE MI OSCURIDAD

¿Hasta qué punto pueden años de maltrato afectar la psiquis de una persona, al borde de llevarla a atentar contra su propia vida? O al punto de despertar dentro de sí un espíritu guerrero que se levanta indomable, dispuesto a tomar las riendas y dar un giro absoluto al futuro; alejándose por completo de tanta asfixia y ultraje que, hasta el momento del despertar, fueron su única forma conocida de existencia. Esta es la génesis de “La luz de mi oscuridad”, el momento en que coinciden en el mismo tiempo y espacio dos mujeres con similares historias de vidas, abusadas por sus esposos; pero con una perspectiva y reacción al maltrato completamente diferentes para cada una.

Ámbar y Derim, huían en el mismo tren; como si mientras más kilómetros dejara atrás la máquina, más fácil fuera no recordar. Se conocen en un momento crucial para la vida de ambas: justo en el instante en que una de ellas, presa de los demonios que martirizaban su mente en forma de recuerdos, decide ponerle fin a su existencia arrojándose a la línea férrea; siendo truncada su intención por la desconocida de lentes oscuros y aro negro al borde de los ojos que la aferró de un brazo con fuerza.

OceanofPDF.com



AMAR NO ES PECADO

No se sabe que se está enamorado, hasta que descubrimos qué cosas somos capaces de hacer, o hasta dónde somos capaces de llegar por la persona amada. No hay sacrificio más bello que el que se hace por amor y eso, hasta Dios lo entiende; porque amar no es pecado.

Amar desde el lado opuesto no es condenar el sentimiento ni resignarse a renunciar, es luchar por él hasta el final y asumir cualquier consecuencia, como lo hizo Jetzell al amar a Adiara; demostrando que cuando se ama desde el corazón, siempre hay recompensa. Las almas que se reconocen y están destinadas a permanecer juntas, vencerán cualquier obstáculo para conseguirlo, así tengan que sacrificar todo... o encontrarse en otra vida.

OceanofPDF.com